

6-2-1935 11-6

CIVIDAD

REVISTA DE MADRID PARA TODA ESPAÑA

Este número
contiene

UNA NOVELA CORTA
DE W. W. JACOBS

♦
ARTE Y VIDA,
POR MANUEL ABRIL

♦
LISBOA, POR JOSE
DIAZ FERNANDEZ

♦
DIBUJOS DE VAZQUEZ DIAZ,
SAENZ DE TEJADA, SANCHI,
ZAMORA, ARTECHE,
SANTONJA Y BILLIKEN

20 CENTIMOS



F O T O D E A N G E L A R A C I L

Ayuntamiento de Madrid

Fábrica de Mosaicos Hidráulicos.

Piedra y Mármol artificiales.

Tuberías de Cemento.

Baldosín Catalán .

Azulejos.

Cementos.

"Terrazo"

"Agipalith"

Francisco Llopis y Sala

PAVIMENTACION
DE LAS TERRAZAS
DE LOS MINISTERIOS

Calle de Granada, 31 y 33

TELEFONO núm. 74718

MADRID

Materiales y Suministros

REPRESENTACIONES:

Azulejo "REX" Fábrica en Limpas
Piedra para hormigones

Piedra para sillería en chapas y
bloques, de Mondariz, Porriño,
Salceda, Castrelos y Vigo

Yesos puros marca "LA GRAPA"
Fábrica en Vallecas

Alcalá, 163 - Teléfono 56487 - Madrid

NICASIO PEREZ, S. A.

TALLERES de MADRID



Explotación
de Canteras
Construcciones
en piedra y mármol
Magallanes, 30

Colaborador de la obra de
Cantería de los Ministerios

Teléfonos 36897 y 32132

MADRID



Director: VICTOR DE LA SERNA
Redactor-Jefe: EDUARDO BLANCO-AMOR

Dirección, Redacción y Administración:
PALACIO DE LA PRENSA.—MADRID
Teléfono núm. 20860

APARECE TODOS LOS MIERCOLES

Año II.

6 de Febrero de 1935

Núm. 7

En esta edición publicamos la primera de nuestras novelas cortas mensuales, que hemos venido anunciando en números anteriores. Se trata del gracioso relato del gran humorista inglés W. W. Jacobs, titulado **EL COMEDIANTE**, en traducción especial y directa para CIUDAD, con ilustraciones de Arteché.

Continuando la serie de ensayos breves que con el título general de **ARTE Y VIDA** viene escribiendo para nosotros Manuel Abril, insertamos en este número unas curiosas averiguaciones del gran crítico sobre lo que debe ser el arte para niños. Abril, que ha escrito magistrales relatos infantiles, trata aquí de una materia que le es profundamente conocida.

EL HADA DEL WISKEY es un cuento de Héctor Licudi, viejo frecuentador de los autores ingleses y traductor ejemplar de algunos de ellos. Está su relato impregnado de ese mismo "humour" británico y escrito en un estilo seguro y vivaz.

José Díaz Fernández nos da en su **LISBOA, CIUDAD MEZCLADA**, una versión de la capital portuguesa, donde lo descriptivo y lo interpretativo comparten la atención del escritor, quien logra en este trabajo un verdadero modelo de crónica.

PRIMERA GLOSA DEL MAR GALLEGO titula Eduardo Blanco-Amor su nota en este número. El hondo conocimiento y el gran amor que hacia las cosas de su tierra tiene nuestro compañero, traslucen en este trabajo a través de datos eruditos poco conocidos y de una comunicativa emoción.

EL MITO DEL PELIGRO AMARILLO se titula el trabajo que firma Ramón Muñiz Laval. No se trata de una fácil divagación pellizcada en textos de segunda mano o en manidas informaciones periodísticas. Muñiz Laval conoce los problemas del Extremo Oriente—con una extensión y una profundidad que es posible no alcance ningún escritor actual de habla española—mediante un contacto directo de varios años con aquellos países. Sus obras sobre estos tópicos han sido traducidas a varios idiomas y gozan de gran crédito en los propios países que las han inspirado.

La parte poética está representada por Julio Sigüenza con unos versos bellísimos, titulados **LLEVA MI SOMBRA Y VETE**. Sigüenza, autor de varios libros y orientador de movimientos literarios en los países hispanoamericanos, en cuya mejor Prensa ha colaborado, es un excelente lírico moderno, desconocido en España, como lo son—con evidente injusticia—todos los valores españoles que desarrollan su labor en América.

De nuestra redacción en París publicamos unos consejos de Madeleine Millet, quien habla a las señoras de **EL MONTAÑISMO Y LA MODA**, ilustrados con unos modelos exclusivos de Jean Patou y otros maestros de elegancia, y una brillante crónica de Avilés Ramírez sobre "París nocturno", con fotos del autor.

Completan esta entrega nuestras habituales secciones de **CINES, TEATROS, DEPORTES, TRADUCCIONES, ETCTERA**; la parte artística constituye una verdadera antología de los dibujantes actuales, puesto que en ella colaboran Vázquez Díaz, Sáenz de Tejada, Santonja Rasales, José Zamora, Arteché y Billiken.

LA SEMANA

Por
VICTOR
DE LA
SERNA



ACABAMOS de descubrir el Mediterráneo. De pronto, la cauta y reposada palabra del señor ministro de Estado nos ha dado a conocer la naturaleza peninsular de España y la existencia de dos Estados fuertes que vierten a nuestro mar común, el que nos da más largo litoral, aunque nos dé menos tradición marítima.

El Sr. Rocha, natural de Cartagena, y, por tanto, bien nutrido de ilustres rumbos imperiales (y ruego que nadie se asuste

del empleo de este término totalmente pacífico), tuvo un aprendizaje político que no es cualquier cosa. Fué embajador de España en Lisboa, grandísima metrópoli, centro de un mundo, caracola ibérica para la resonancia del templado alisio. El cauto cartagenero aprendió allí lo que vale el mar, y ahora ha resuelto explicarnos a los españoles una pequeña y elocuente lección de geografía histórica.

Se habla demasiado de las actividades atlánticas de España. Se habla poco de las mediterráneas, y con este silencio se olvida que con signo español se luchó en Lepanto y que romance ibérico fué durante un siglo la lengua diplomática del Mediterráneo. El áspero "catalanesh" del rey Don Pedro se desenvolvía en solemnes diplomas para regir la política de Sicilia, de Italia, de Atenas y Neopatria, cuando "hasta los peces del Mediterráneo llevaban sobre sus lomos las cuatro barras de Aragón".

Los señores diputados terrestres parece que quedaron muy sorprendidos al escuchar la despaciosa palabra de su excelencia. Sin embargo, la brisa salobre del mar hizo huir no poca polilla isabelina del historiado salón de sesiones. Enredados en la flora dorada del salón quedaban suntuosos períodos orales de D. Segismundo Moret, vinagres literarios de los caballeritos del siglo XIX, negaciones de la generación del 98, escepticismos de la del 14. Todo parece haber volado ante el descubrimiento del Mediterráneo, y sea para honra, gloria y vida de la española nación.

HA estallado "la guerra de las naranjas". Francia y España, en una frontera vieja en contiendas diplomáticas, a la vista de la isla de los Faianes, acumulan parque para esta guerra de tarifas que se anuncia cruenta y un poco heroica. Es bien distinto el material de una y otra nación. Francia alinea al otro lado del Bidasoa escuadrones de Citroëns, muy brillantes y charcolados por fuera, quietos los motorcitos, no bien dispuestos siempre a coronar las agrias cuestas de la ondulada España. Y potentes Renaults, finos como caballos de carreras, sin aquel signo tan gracioso de la golondrina que traían antes. Y los Hispanos, que retornan a su solar que se les cierra.

España acumula del lado de acá pirámides de proyectiles vegetales y jugosos, dulces



por dentro como el arlope, pero con su inflamable cáscara, con la que se puede fabricar pólvora.

El emperillado caballero francés y el campesino español se miran torvamente, mientras trasnochaban las cancillerías y hay un febril temblor en los hilos del teléfono oficial. Todo acabará en una fiesta de confraternidad en el Lycée Français, en un partido amistoso de fútbol y en una emisión extraordinaria de pasodobles en Radio Toulouse. Nosotros lo sabemos muy bien. Españoles y franceses, de vez en cuando cogemos unas rabietas mutuas muy graciosas. Después, entre "Don Severo", el crítico de toros de la *Petite Gironde*, y el seleccionador del equipo nacional arreglan estas cosas. Y no hay ciudadano que viva mejor en el extranjero que el español que vive en Francia o el francés que vive en España.

ESPAÑA, como potencia internacional, ha sido hasta hace poco un país de una insensatez deliciosa. De pronto, un día "se acordó" de que se había dejado olvidada una provincia en la costa occidental africana: Santa Cruz de Mar Pequeña. Mandó allí a un coronel con un bastón de paseo, a media docena de chavales con unas carpetas y unos lápices, y se reincorporó un territorio tan grande como cualquier provincia del Norte.

Ahora "cae" en la cuenta de que "se le había perdido" una isla en el Pacífico. ¡Se le habían perdido tantas cosas además de una isla en el Pacífico! Tres siglos largos, la isla huerfanita venga enviarle mensajes a lomo de los vientos a la metrópoli lejana. Y tres siglos la metrópoli sin antena venga hacerse la sorda y tirar por los caminos, provincias y reinos. ¿Qué importaba una pequeña islita perdida en un mar que era todo suyo, de orilla a orilla?

Pero hoy la isla de la Pasión, chiquita como un coral, ha perforado el océano con un grito final:

—¡Eh! ¡Que me llevan!

PARECE que en España no quedan caballos españoles. Y parece que quedan en Austria. El "noble bruto", que tanto dió que hacer y que pintar a Velázquez, fué desplazado por mezclas más adecuadas al trabajo del campo, de la guerra y de la posta. Caballotes ucranios, bretones, prusianos, para el arrastre de la mercadería y del armón; caballos ingleses y árabes para el señorío... Y alguna que otra jaca bastarda en el campo andaluz.

En Viena, en cambio, donde el culto a la belleza no ha periclitado un solo día, se conserva la escuela española de equitación—la "Spanische Reitschule"—desde el siglo XVI. He ahí un caballero perfectamente montado a la española, con su traje anacrónico y convencional, pero con la inimitable dignidad de la Caballería española. Los únicos caballos andaluces cien por cien servían hace años para la guardia del emperador. La República austriaca los ha conservado. La República española daría una prueba de buen gusto pidiéndole a Viena que nos devolviera la gracia barroca de esos caballos estatuarios, "que no sirven para nada". Las cosas bellas suelen "servir" para poca cosa. Para delicia de los ojos y del espíritu "nada más".





Arte y Vida por

Manuel Abril ARTE PARA NIÑOS

Pasaron ya los días de los niños; pasaron ya los Reyes, trayendo sus regalos; y ahora nos cumple a nosotros, mientras los chicos, terminada la vacación, están en el colegio, revisar la cosecha y regalarnos con ella, meditando.

Las gentes graves creen que los juguetes y los cuentos para chicos son cosas de chicos; también los esposos graves—¡y tan graves!—creen que las cosas de sus mujeres son cosas de mujeres... Así, resulta que a los hombres—a esos hombres—les quedan solamente las cosas que suelen ser llamadas “sólo para hombres”, y que son, generalmente, indecencias. Las “cosas de la vida” se ven partidas de ese modo lamentable, en el que, a la verdad, no corresponde a los hombres un lote muy honroso que digamos.

Las cosas de los chicos no han de ser de chicos nunca, y cuando lo son de veras, cuando lo son como deben, sirven también para el grande. Aquí damos unas reproducciones de cuentos para niños. Reproducciones de cuentos extranjeros. No por afán a lo de fuera, sino porque lo de aquí ya es conocido de todos. A pesar de que el encanto del color—encanto extraordinario—se ha perdido, puede verse, de todas maneras, que se trata de algo exquisito. Como estas reproducciones podríamos ofrecer treinta o cuarenta. Son muchos los dibujantes y editores que nos dan el ejemplo de dibujar y editar para los niños con la misma pulcritud y la misma perfección—acaso más—que si dibujaran para adultos entendidos.

¡Cómo no!... Es el único camino. El niño, o es un hombre, o no es nada, lo mismo que los adultos. El adulto, o es un hombre, o no es un hombre. Los años de más o de menos caen por fuera del asunto. No todo el “mayor de treinta” es un hombre. A veces, es un imbécil. “Jamás mujer alguna—ha salido del todo de la cuna”, decía Cam-

poamor. Hay hombres, igualmente, que se pasan entera la vida—y son longevos—completamente “en mantillas”.

La edad es lo de menos. El niño no podrá leer el *Hamlet* ni los *Diálogos* de Platón, aprovechando toda la substancia, pero tampoco el adulto, por el hecho, y sólo el hecho, de haber entrado en quintas, podrá entrar igualmente en esas obras. Al niño le corresponden unas obras que sean de niño, en efecto; hay que hablarle en su lenguaje, como al español y al chino hay que hablarles también, igualmente, en sus respectivos idiomas; pero hay que hablarles bien, y no diciendo “haiga” o cosas peores que “haiga”, porque el “haiga”, al fin y al cabo, puede que “haiga” que decirlo en ciertos casos y sea preferible decir “haiga”, si con eso nos van a entender, que decir “abracadabrante”, o “epistemológico”, o “adepto”, o “stock”, cuando hablamos con gentes sencillas.

Hay que hablar al niño en su idioma; pero el idioma del niño es un idioma completo, perfectamente humano, y en el que cabe plenitud y perfección, como cabe ramplonería. Cuanto se habla con limpieza lo que corresponde al niño, lo puede leer con fruición el hombre adulto. Con fruición y con aprovechamiento. El niño tiene a veces facultades que el hombre ha perdido, al fin, a fuerza de “instruirse”. El niño no es más torpe que el hombre: es más limitado, nada más. No está desarrollado hasta el límite; pero tampoco está deformado. La intuición, la visión, la fantasía—y también, en ocasiones, y por eso, por lo expeditivo de las fuentes, el entendimiento—se encuentran en el niño dispuestos a ver de veras. En cambio, el hombre mayor ha leído libros de texto; ha tenido que aprendérselos; ha te-

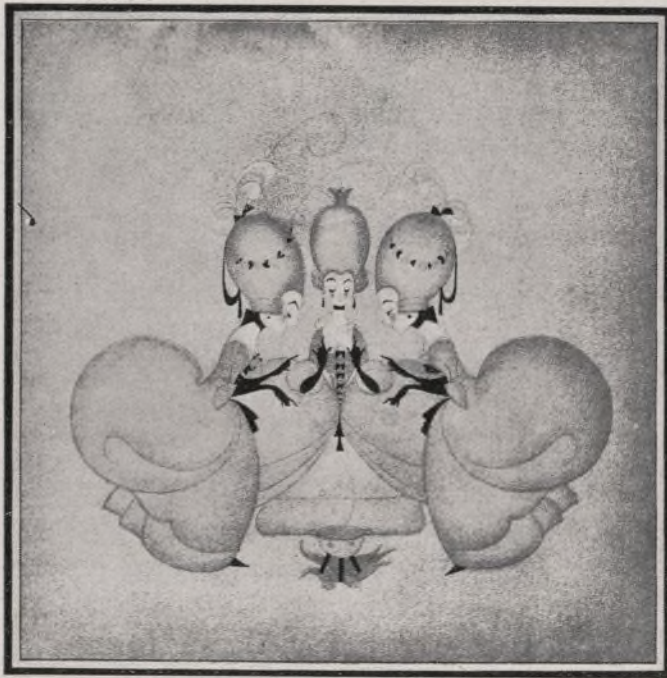


Ilustración alemana de un tomo de cuentos de hadas.

nido que examinarse, y ha terminado, a fuerza de instruirse, completamente tonto. Y más pedante que tonto.

Ya sabemos que la “instrucción” se hace poniéndonos en fila y procurando hacer, todos a la vez y según orden de mando, los mismos movimientos. Después de la instrucción, no hay iniciativa posible.

No son, pues, los hombres mayores los mayores hombres. ¡Ca!... Los padres, por darse tono, suelen decir a los niños que los demás—los tíos, los maestros y demás—son “las personas mayores”. Pero casi nunca es verdad. Mayores sí lo son; personas, no. Si fuesen como Dios manda, serían, en efecto, personas y mayores; mayores que los niños, que serían, según eso, las “personas menores”, pero también personas, en resumen.

Así, sí; con esa división y esa clasificación, quedarían las cosas claras. La cosa no está en ser chicos y ser grandes—cuestión de magnitud o de años—, sino en ser “personas” todos. Los unos, personas infantiles; los otros, personas adultas.

Cuando se escriba o dibuje para los primeros, habrá que hacerlo pensando que se hace para infantes, como habrá, en el segundo caso, que pensar que se hace para adultos; pero, en uno y otro caso, pensar que se hace también para personas.

El arte para los niños no ha de ser jamás un arte chabacano ni un arte sólo de niños: ha de ser arte ante todo. Y en siéndolo, ha de serlo para todos, para el niño también, o en primer término; pero además, en cuanto arte, para todos.

LLEVA MI SOMBRA Y VETE

Por JULIO SIGÜENZA

*Toma mi brazo y vete. Te lo doy
para que te defienda de mí,
y de todos,
cuando vayas por los parajes únicos
en donde suelo estar
cada vez que pienso hondo.*

*También te doy mis ojos para que te guíen
y para que puedas ver lo que veo
cada vez que hacia mí miro.*

*Te doy mis pies;
ellos saben rutas vírgenes,
inexploradas y herméticas para todos.*

*Anónimas rutas, jamás holladas,
que viven de mis intentos
y adivinan lo insondable de mis secretos
cada vez que voy a sentarme en el sitio donde pienso.*

*Te doy aún mi corazón. Lleva
también mi cerebro.*

*Ya estoy todo en ti;
ya estás todo en mí.*

¡Adiós!...

Lleva mi sombra y vete.

ESCRITO ESPECIALMENTE PARA “CIUDAD”

Los que creen que el arte de los niños o es o puede ser bobo, arbitrario, pueril y, en resumen, inferior o poco serio, porque se destina a seres aún elementales, se equivocan de medio a medio. Y si no gozan con los cuentos de los niños, es que, al hacer la instrucción, se han hecho autómatas: autómatas con galones, pedantes graduados, hombres de filas.

Los que hacen arte malo porque es arte para niños lo hacen porque no saben hacerlo de otro modo y porque no tienen conciencia. Con los grandes ocurre lo mismo: también hay quien hace arte bueno, procurando “obligar” al espectador a que ponga, al tratarlo de entender, lo mejor que tenga en sí mismo, y hay quienes, por el contrario, escriben arte malo, pero procurando, para que parezca bueno y el éxito sea fácil, fomentar y explotar los peores instintos del hombre.

Al adulto se le puede adular y enviciar con el arte, y al niño, también, igualmente. Al adulto se le puede elevar con el arte, haciendo que en él reaccione, y reviva, y se ejercite, y revelen sus posibilidades más nobles, haciéndole ser más, a fuerza de arte; y al niño se le puede reaccionar por el mismo procedimiento.

No hay, pues, diferencia alguna. La misión del arte bueno no es otra que la de “ponernos a parir”: que nazca en cada cual el hombre nuevo. El niño, que se haga persona; la persona, que se haga “persona mayor”; la persona mayor, que siga superándose...

Ya Gedeón lo dijo, parodiando a Lord Byron: “Los niños de hoy serán los hombres del mañana”; y Pascal, sin parodiar, dijo lo otro: “El hombre se sobrepasa eternamente”... En eso, el monje y el loco coincidieron: “El hombre ha de ser superado”... El hombre tiene, siempre, que estarse superando. Esos que dicen que son “hombres hechos y derechos” son unos pobres diablos sin noción del ser del hombre: el ser que, siempre deshecho, ha de estarse haciendo siempre.

Por eso los artistas de verdad se superan cuando crean, aunque hagan arte de niños, y tratan de que el niño se supere y de que se supere el hombre. Nada de hombre de acción: hombres en acción, superándonos: en el arte, en la vida, en el ser, en el ser hombres.



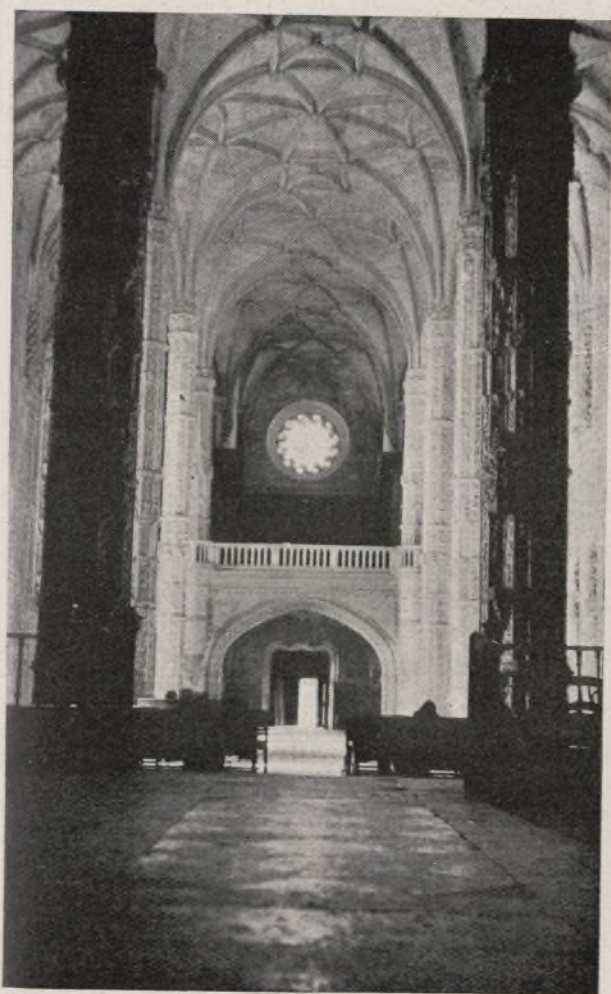
La lectura de un libro de cuentos. Ilustración de un dibujante francés.

Ayuntamiento de Madrid

LISBOA

POR
JOSE DIAZ FERNANDEZ

ESPECIAL PARA "CIUDAD"



Interior de la iglesia de los Jerónimos

Lisboa es una ciudad de geometría difícil, llena de aristas y reflejos, superpuesta, quebrada. Desde San Pedro de Alcántara se advierte un desorden de tejados, de torres y de cúpulas, como si los edificios, con el presentimiento de los terremotos, bajasen en tumulto a morir en el Tajo. La planta de la ciudad todavía es la misma que dictara a los arquitectos el famoso marqués de Pombal para reconstruirla después de la espantosa sacudida. Los terremotos de Lisboa conmovieron al mundo y excitaron la ironía de Voltaire: "Una desgracia como ésta no puede atribuirse a castigo de Dios. Una ciudad eclesiástica como Lisboa, ¿podía estar más abandonada por Dios que París, donde se bailaba alegremente a la misma hora en que Lisboa se derrumbaba?"



Vista panorámica de Lisboa desde el estuario del Tajo.

Lo cierto es que Pombal concibió una urbe inusitada, espaciosa, que, al cabo de dos siglos, sobrelleva dignamente el tráfico moderno. La ciudad nueva, la que se extiende hacia Benfica o sigue el camino de Estoril, no tiene fuerza para devorar lo antiguo, como le sucede, por ejemplo, a Madrid. La Lisboa de las "Descobertas" y del comercio marítimo conserva vivo todavía la sombra de D. Enrique "el Navegante"; tiene un pasado tan fuerte, que en él se mellan los fabulosos dientes de Cronos. Pues qué, ¿no es éste el mismo Tajo que el año 1846 vió salir los navíos de Bartolomé Díaz y Alfonso de Paiva, uno para Africa y otro para la India? Antes había estado Cristóbal Colón en la corte de Lisboa pidiendo recursos para ir a China y al Japón por Occidente. D. Juan II no le hizo ningún caso. Tanto él como sus técnicos le tenían por un ignorante intrépido. Colón, poco después, convenció a los reyes de Castilla para que le ayudasen en una empresa que salió bien por puro azar. Colón buscaba Asia y encontró América.

Pero el Tajo es quizá más bello descargado de historia, en uno de estos atardeceres lentos, de luz agónica, que yo considero inseparables del paisaje de Portugal. En los muelles ha terminado la jornada: las barcas avanzan dulcemente sobre el lomo del río, empiezan a encenderse las baterías de los trasatlánticos y un lucero solitario brilla en la cumbre de Monsanto. El río penetra como un acero en las entrañas de Lisboa, que a tal hora afloja la tensión de sus músculos. Una nube de mecanógrafas, de funcionarios, de obreras del comercio, con sus maletines de cuero, asalta tranvías y autobuses para regresar a los barrios lejanos. Yo he sentido al anochecer toda la melancolía de Portugal, como si una corriente subterránea viniese desde muy lejos a desembocar en mi conciencia. Sólo en ese instante es exacta la imagen de Unamuno: "Portugal se me representa como una hermosa y dulce labradora que, de espaldas a Europa, sentada a la orilla del mar, con los pies descalzos bañados por la espuma de las ondas gimientes, las rodillas hincadas en el pecho y la cara entre las manos, contempla el sol que muere en las aguas infinitas. Porque para Portugal, el sol no nace nunca; muere siempre en el mar, que fué teatro de sus hazañas, cuna y sepulcro de sus glorias." El genio trágico de Unamuno ha recrudecido las nostalgias de Portugal. Gracias a ellas, sin embargo, aún quedan portugueses que se entregan a la heroicidad de la colonización, y emigran a Angola y a Cabo Verde para ampliar los dominios comerciales de su país.

A esta hora indecisa, el barrio de Alfama está ya poblado de sombras que llegan prematuramente, arrastrándose por el río como algunas canciones marineras. El gas coloca sus flores amarillas en los recodos de las calles estrechas; pero su luz más misteriosa e insinuante acecha a través de la cortina blanca que tapa, como un párpado hinchado, las puertas de las ta-

bernas. Allí dentro no se fraguan crímenes, ni el hampa afila sus odios con premura. Es el viejo romanticismo del fado lo que presiona como una herida el suburbio lisboeta. Nadie sabe de dónde ha venido esta canción dulzona y trágica, que mezcla la pasión del trópico, las tristezas de las nieblas atlánticas, el atavismo de las fuerzas naturales y la poesía de las riberas y de los campos. ¿Vino de la India, del Brasil o de Africa? Ciertos eruditos afirman que es la transformación de una danza africana; otros piensan que procede del Amazonas, y que trae en sus notas el ronco rumor de la selva. Yo pienso que es una música mezclada, como el propio pueblo portugués. Los marineros que venían del Brasil, de Marruecos, de Filipinas o del Japón llegaban impregnados de aires exóticos que, al verterse en el folk-lore portugués, se confundían y entrelazaban, refundiendo insensiblemente las canciones populares. El elemento nuclear del fado será típicamente lusitano; pero después se han agregado a él partículas exóticas, notas de paisajes lejanos, acentos de razas dispares, que forman una música desgarrada y extraña. Una música que tiene, sin embargo, matices definidos. El fado de Lisboa no es lo mismo que el de Coimbra. El de Coimbra es de línea más suave; sus temas son puros y románticos. El de Lisboa es más profundo y más trágico; pinta el amor furibundo y celoso, las terribles angustias del alma contrariada y el desdén por la vida, pues el portugués, como el andaluz, siente una especie de afición oriental por la muerte. Hay algo del cante jondo en el fado lisboeta. Pero la canción lusitana es todavía más desesperada y patética. Yo la he oído en las tabernas de Alfama, que es donde el fado conserva toda su fuerza natural, como si estas fadistas de ojos violentos acabasen de traerlo vivo y palpitante, como un pez oscuro, de las riberas del Tajo. A veces, nace allí mismo, en el corazón de la fadista, y sube a su boca empujado por el oleaje de los sufrimientos. Porque cada fadista pone la letra que le dicta su propia inspiración. Da la portuguesa entonces con su canción la vida entera, y me recuerda aquellos etíopes de que habla Oscar Wilde, que bajan al fondo del mar en busca de las perlas, para morir después extenuados por el esfuerzo. Por eso, el fado se escucha en la Alfama con la cabeza entre las manos, apagada la luz de la estancia. Cuando termina la canción y la lámpara luce de nuevo, los oyentes, hombres y mujeres, sollozan casi a gritos, en un acceso romántico que Freud o Kretschner llamarían histérico. Es que todos han oído allí la voz de la sangre. Sangre de varias razas, mezcladas en el fondo común del pueblo lusitano, cuya gloria consiste en no haber repudiado el contacto con los pueblos de color, sentando así un principio de solidaridad universal. He pensado muchas veces que el fado expresa mejor que nada un aspecto de la psicología de Portugal. Este pueblo lleva desnudo el instinto del amor, lo mismo que la vocación por la muerte. En Lisboa abundan los negros y los mulatos, que son la prueba más próxima de las aventuras coloniales. Esas tiendas profundas, donde se trabaja todavía el oro de Ultramar; esos talleres de artesanos que alientan en el fondo de las callejuelas sombrías, guardan al negro redimido, el negro elaborado por el Continente, que sirve para que la Naturaleza juegue en Europa sus partidas de ajedrez.

ILUSTRACIONES DE
CRISTOBAL ARTECHE

EL FIGURANTE

NOVELA CORTA POR W. W. JACOBS

TRADUCCION DE
ENRIQUE PEREZ MARILUZ

Al volver a su casa, Jorge Henshaw se limpió los zapatos en el felpudo, mucho más fuertemente y, sobre todo, mucho más tiempo de lo necesario. Llenaba la casa un silencio de mal augurio. Debajo de su chaleco, en el estómago, Henshaw sentía un malestar que el tiempo transcurrido desde el desayuno era insuficiente para explicarlo.

Tosió de una manera que pretendía ser segura. Y al colgar el sombrero en la percha tarareó una canción con un aire que él creía despreocupado. Ahora sólo bastaba dar un paso: entrar en la cocina. Y Henshaw entró resueltamente.

La señora Henshaw había terminado de almorzar. En un plato colocado cerca de ella se veía el hueso, meticulosamente pelado, de una costilla, y, del otro lado, una fuentecita que había contenido arroz; no quedaba más comida en la mesa que una cáscara de queso y unas migas de pan negro. Este examen hizo perder al señor Henshaw una parte de su seguridad. Sin embargo, tuvo fuerzas para coger una silla, la arrimó a la mesa, se sentó y esperó.

Con mirada ofensiva, la señora Henshaw seguía los movimientos de su esposo con una curiosidad no exenta de impertinencia. Su cara estaba roja y su mirada quemada: una de esas miradas que es difícil no ver y más difícil todavía sostener. Adoptando un término medio, Henshaw dejó errar la suya alrededor de la cocina antes de posarla, por el tiempo que dura un relámpago, en el rostro irritado de su esposa.

—Has almorzado temprano—dijo, al fin, con una voz que temblaba.

—¡Ah!—comentó la señora Henshaw.

En el silencio que siguió, Henshaw se esforzó por encontrar una razón que no le quitase toda esperanza.

—Es cierto—dijo—, que el reloj está adelantado.

Se levantó y corrió la aguja culpable en sentido opuesto al de su recorrido habitual.

Casi al mismo tiempo se levantó su señora, y con estudiada lentitud púsose a retirar el cubierto.

—¿Y... mi almuerzo?—preguntó Henshaw en un supremo esfuerzo para no abandonarse a sus más lúgubres temores.

Su palabra brilló como un relámpago, y, con efecto, el trueno estalló.

—¿Su almuerzo?—chilló la señora Henshaw con una voz que la cólera desafiaba—. ¿Su desayuno? Dígale a la persona con quien usted se paseaba en autobús que le haga su desayuno.

Henshaw tuvo un momento de desaliento. Después dijo con cierto énfasis:

—Te repito una vez más que no era yo. Ya te lo dije ayer. Pero es el caso que cuando se te mete una idea en la cabeza, no se...

—¡Vamos!—interrumpió la señora Henshaw—. Es inútil mentir, Jorge Henshaw. Yo le he visto, como le veo ahora, hacerle cosquillas en la oreja con una pajita. El sinvergüenza de Ted Stokes, su amigo, estaba también detrás de usted, con otra mujer. Debería tener un poco más de sensatez. En tanto que yo quedo aquí fregando y echando los bofes como una esclava, para hacer un hogar respetable...

—Te digo que estás equivocada—repitió el acusado con una voz casi segura.

Mas la señora Henshaw no escuchaba ya, y proseguía desencajonada:

—Yo grité detrás de usted, y usted se sobresaltó. Calándose el sombrero hasta las orejas, usted volvió la cabeza. Y tuvo suerte de que hubiese tanto tráfico en ese momento. Si no me hubiera caído, cuan larga era, en la mitad de la calzada, le hubiese dado alcance, y... ¡ya veríamos! ¿Cómo hice para que no me aplastasen cien veces? Lo ignoro. ¡Miserable! Yo estaba embarrada de pies a cabeza...

Henshaw hizo esfuerzos para no reírse. Esfuerzo inútil...

—¡Ah! ¿Se rie usted? Motivos hay. Y esas dos vampiras debieron haberse reído bastante también. Pero, ¡paciencia! Reirá mejor quien ría último.

Y pasó como una furia a la cocina, en donde Henshaw la sentía lavar a golpes la vajilla.

Quedó unos instantes de pie, con las manos en los bolsillos, preguntándose qué actitud tomaría. Por fin se decidió: cruzó el vestíbulo, cogió su sombrero y marchóse.

Almorzó muy mal en un restaurante del barrio, vagó por las calles, y a las seis, más o menos, regresó a su casa. Se dirigió al armario: el armario estaba vacío. No tuvo más remedio que marcharse al café, en donde se hizo servir una leve merienda. Después de este pisolabis, que fué sombrío, se fué a buscar a su amigo Ted Stokes, con el fin de analizar entre los dos la situación.

—Ten cuidado—dijole a Stokes (y unió la palabra al ademán)—. Si alguna vez mi mujer te habla de este asunto, no te turbes. El que ella vió en tu compañía en un autobús no soy yo: es un amigo tuyo.

Stokes insinuaba una sonrisa socarrona, que la fría mirada de su amigo borró.

—¿Por qué no confesarlo todo?—dijo, como iluminado súbitamente por una idea—. ¿Por qué no decir que eres tú? ¿Hay acaso algo de malo en pasearse con dos damas y un amigo?

—Ya lo sé que no es malo—dijo Henshaw, como queriéndose convencer a sí mismo. Si fuese malo, ¿acaso hubiese sido yo de la partida? Pero ya conoces a mi mujer...

Lo que Stokes sabía muy bien era la opinión que de él tenía la mujer de su amigo. Meneó la cabeza y agregó:

—Hay que convenir que ustedes se excedieron. Representaban en el autobús una comedia nada común. Por ejemplo, cuando tú quisiste...

—Cuando se está con una dama—interrumpió Henshaw con innegable dignidad, ¿conviene mostrarse galante, sí o no? Y volviendo a mi mujer, si te llegase a hablar de este asunto, trata de convencerla de que era uno de tus amigos del campo, a quien por casualidad me parezco como una gota de agua a otra.

—Un amigo que se llamaría... ¿Mac Ana, por ejemplo?—dijo Stokes, comprensivo—. Tom Mac Ana...

—No es el momento de hacer chistes.

—¡Bueno! ¡Bueno!—comentó Stokes, sorprendido—. El nombre es lo de menos. Yo, comprenderás... ¿Qué te parece el nombre de Bell? Alfredo Bell? Yo conocí antes uno que se llamaba así, y me acuerdo también que una vez me pidió prestadas cinco libras...

—Está bien el nombre—dijo Henshaw, después de haber reflexionado—. Pero ten cuidado de emplear siempre el mismo. Además, deberías combinar por anticipado una historia con detalles precisos: en dónde vive Bell, etc. Hay que ponerse en condiciones como para soportar un interrogatorio, sin poner cara de idiota.

—Haré por ti lo que pueda—prometió Stokes—; pero me parece difícil que venga tu mujer a interrogarme. ¿Está demasiado segura de que eras tú?

Dieron algunos pasos en silencio, y, embebecidos todavía en sus pensamientos, entraron maquinalmente en un bar. Henshaw vació su vaso con el mismo aire con que se cumple con un deber cívico. Stokes, por el contrario, chasqueando su lengua después de cada sorbo, celebraba el "cock-tail" en términos notablemente ampulosos.

Stokes contemplaba a su amigo con simpatía.

—Deja de atormentarte—dijo, tranquilizador—. Tienes que atenerte pura y simplemente a tu historia, que todo se arreglará. Dile que me has hablado del asunto y que se trata de un tipo que se llama Alfredo Bell: B, e, dos l, y que vive... que vive... en Irlanda. ¡Oh! ¡Una idea!

—¿Qué? ¿Otra más?—dijo Henshaw, rechazando la mano que Stokes había apoyado en su hombro.

—¡Tú desempeñarás el papel de Alfredo Bell!—exclamó Stokes, ya entusiasmado.

Henshaw tuvo un sobresalto, e inquieto miró a su amigo, encontrándole los ojos demasiado brillantes y hasta un poco extrañados.

—¡Sí, sí!—repitió Stokes—. ¡Tú mismo harás de Alfredo Bell! ¿No comprendes? La cosa es muy sencilla, sin embargo. Tú finges ser mi amigo Bell y me acompañas a tu casa a ver a tu mujer. Te prestaré un traje, una corbata y todo lo necesario para "maquillarte". ¡Y le hacemos la jugarreta del siglo a tu mujer!

—¿Qué?—rugió Henshaw, atolondrado.

—Es sencillísimo—insistía Stokes—. Mañana a la tarde vienes a buscarme, y yo te llevo a TU CASA, previa mudanza de indumentaria. Allí pregunto por ti... PARA MOSTRARTE A TI MISMO. ¿No caes? Yo me muestro apenado de que hayas salido, y hasta podemos entrar un instante en tu casa PARA ESPERARTE.

—¿Mostrarme a mí mismo?—dijo Henshaw, que respiraba con dificultad.

—¡Caramba!—exclamó Stokes, riendo y guiñando un ojo—. ¿No te das cuenta de que el parecido vuestro es admirable?... ¡Es una idea brillante! ¿No es cierto? ¿Te imaginas? Nosotros dos, sentados en la sala, conversando con tu mujer, estupefacta, y esperando que vuelvas del trabajo, y preguntando por qué tardas tanto... ¡Si es colosal!

Henshaw miraba fijamente a su amigo, y cogiendo el vaso con toda la mano, vació su contenido de un sorbo.

—¿Y mi voz?—preguntó, haciendo una mueca.

—¿No eres capaz de cambiarla totalmente?

Se entregaron inmediatamente a los experimentos. Como estaban solos en el café, Henshaw, ya convencido del todo, hizo algunos ensayos. Primero imitó la voz de bajo profundo; pero le hizo daño en la garganta, y enronqueció. Ensayó entonces un falsete, que hizo rechinar los dientes de Stokes. Esta vez el resultado fué más desastroso. El ensayo fué interrumpido por el patrón del bar, que por dos veces entró en el salón, creyendo oír hablar a nuevos clientes.

Comenzó por decirles a Henshaw y Stokes lo que pensaba sobre su manera de conducirse en público, extendiéndose largamente sobre el tema.

—¿Se creen, acaso, que están en una jaula de monos?—dijo, para concluir de la manera más desapacible.

Y salieron ambos violentamente.

—¡Vamos!—interrumpió la señora Henshaw—. Es inútil mentir, Jorge Henshaw. Yo le he visto, como le veo ahora, hacerle cosquillas en la oreja con una pajita.



Ayuntamiento de Madrid



Y ya en la calle, siguieron a vueltas con el tema.

—Lo que tienes que hacer es tratar de estar bien acatarrado—decía Stokes—. Habrás tomado frío cuando venías anteayer de Irlanda. En lugar de cuidarte, te has ido a pasear conmigo y dos damas en ómnibus, como un imbécil. ¿Entiendes? A ver, ensaya otra vez una ronquera.

Henshaw ensayó. Viendo Stokes que su amigo desempeñaba su papel sin convicción, se extendía en elogios para animarle.

—Jamás lo hubiera creído de ti—dijo—. ¡Es sencillamente maravilloso! ¿Por qué no me has dicho que sabías representar tan bien una comedia?

Henshaw replicó que ni él mismo se había percatado de ello hasta ahora, y, teniendo de su situación una perspectiva menos pesimista, continuó ensayando mientras caminaban. Pronto tuvo la garganta en tal estado, que la necesidad de un nuevo refrigerio se hizo sentir imperiosamente.

—Bueno; entonces, adiós, y mucho ánimo. Continúa con el ejercicio—le decía Stokes algo más tarde—. Trata de salir mañana a las cuatro, e íremos a ver a tu mujer a una hora que ella te crea en el trabajo.

Después de haberle elogiado por su ingenio, y reconfortado por la confianza que le inspiraba un amigo, tan lleno de recursos, Henshaw volvía a su casa en un estado de espíritu mucho más favorable. La vista de su casa despertó todos sus temores; pero encontró su alivio al advertir la luz apagada y a su mujer acostada en la cama.

Se levantó muy temprano al día siguiente. Contrariando sus costumbres, la señora Henshaw no hizo el menor ademán de preparar el desayuno. Henshaw bajó a la cocina, abrió el armario; pero no encontró nada. Hambriento y sin saber qué hacer, vagó como alma en pena por las distintas habitaciones de la planta baja. Por fin, tomó una decisión, y subió las escaleras, y con intención de preparar la sesión de la tarde, le espetó a la señora Henshaw un largo discurso, reprochándole su conducta; a medida que se producía, redondeaba los párrafos y subía el tono. Anunció su designio de no volver a poner los pies en la casa mientras la señora Henshaw no cambiase de actitud. Fué un bello discurso; pero es necesario decir que, considerado bajo el ángulo recto de la autoridad marital, el discurso perdió mucha eficacia, por haber sido dicho a través de la puerta del dormitorio, que la señora Henshaw había cerrado con llave. Reproches tan merecidos hubiesen ganado, además, de no haberse interrumpido bruscamente cuando se abrió la puerta y Henshaw se encontró de repente cara a cara con su mujer, la cual hacía muy bien su papel de acusadora cuando no decía nada. Es por eso por lo que sólo quedan algunos fragmentos del discurso que pudieron llegar a oídos de la señora Henshaw a través de la puerta de la calle..., después que su marido se retiró precipitadamente.

Llegó la noche, y, como se había convenido, Henshaw dejó su trabajo dos horas antes que de costumbre. La jornada le pareció interminable, y llegó a la casa de Stokes con el ánimo deprimido. Felizmente, su amigo tenía suficiente buen humor como para dos personas. Ayudó a Henshaw a mudarse de traje, lo peinó con raya al medio, hecho lo cual, inspeccionó a su nuevo amigo Alfredo Bell y expresó satisfacción en términos algo desproporcionados a su objeto. Por consejo de Stokes, Henshaw se ennegreció más las cejas y la barba, empleando un corcho quemado. Su obsequioso amigo terminó por declarar que era tan perfecto el disfraz, que ni aun la señora Henshaw madre reconocería a su propio hijo.

Y se pusieron en camino.

—Un consejo más—dijo Stokes—. El físico está bien, pero es necesario que lo moral no le vaya en zaga. Se trata ahora de ser alegre y hasta chispeante. No te olvides que representas el papel de un hombre afortunado. Sé tan diferente de ti mismo como puedas. Y, por fin, trata de no dar a tu mujer, en un momento de distracción, alguno de esos nombres familiares que usaréis en la intimidad.

—¡Nombres familiares!—dijo Henshaw con apagada sonrisa—. ¡Pobre Stokes! Tus ideas sobre el matrimonio cambiarán cuando hayas caído en el lazo.

Y se encerró en un silencio malhumorado.

A medida que se aproximaban a la casa, Henshaw perdía un poco de terreno sobre Stokes, y cuando éste, por fin, llamó a la puerta, su amigo estaba ceremoniosamente aparte, adosado a la casa vecina.

Abrió la señora Henshaw.

—¿Está Jorge?—preguntó Stokes con naturalidad.

—¡No ha vuelto!

—¡Bah, no se preocupe usted!—dijo Stokes, mirando amenazadoramente al señor Bell—. No me importa lo que puedan decir de mí.

—¿Y mi voz?—preguntó, haciendo una mueca.

—Hubiese querido verle personalmente—dijo Stokes con lentitud—. He venido con mi amigo, el señor Alfredo Bell, a quien quería presentárselo.

Al ademán de Stokes, la señora Henshaw se inclinó, sacó la cabeza, y advirtiéndole a su marido:

—¡Jorge!—gritó con una voz tan acariciadora como la de una navaja mal asentada.

Stokes tuvo una sonrisa inefable y candorosa:

—¡Pero si no es Jorge!—dijo—. Es mi amigo Alfredo Bell. ¿Verdad que el parecido es extraordinario, asombroso? Es por eso por lo que se me ocurrió traerle a Alfredo: quería que Jorge le viese.

La mirada de la señora Henshaw iba del uno al otro, alternativamente furiosa y extraviada.

Volviéndose al señor Bell, Stokes dijo:

—La señora es la esposa de mi amigo Jorge Henshaw.

—¡Señora!—dijo Bell, demasiado secamente quizá.

—Ha tomado frío en el tren, viniendo de Irlanda—explicó Stokes—, y cometió la imprudencia de salir conmigo la otra tarde a dar una vuelta en ómnibus, y, naturalmente, se ha constipado de nuevo. Es por eso por lo que...

—¡No es posible!—interrumpió la señora Henshaw.

—Le gustaría mucho ver a Jorge, replicó Stokes, ya completamente absorbido por su papel—. Esta tarde debía partir para Irlanda, pero ha postergado el viaje hasta mañana para ver a su marido.

Pero el señor Bell, con una voz más ronca que nunca, declaró que acababa de cambiar de parecer y que se marcharía inmediatamente.

—¡Es ridículo!—exclamó Stokes—. Jorge se pondría muy contento de conocer su "alter ego", y no debe tardar mucho. Podríamos esperarle, ¿verdad, señora Henshaw?—agregó, sin ver la mirada azorada del señor Bell.

—Pasen ustedes—invitó la señora Henshaw, como repentinamente decidida.

Stokes entró. Viendo que Henshaw tardaba en seguirle, volvió a salir, y, apoderándose de él, tironeándole, empujándole, consiguió hacerle cruzar la puerta.

Siguieron a la señora Henshaw hasta la sala. Stokes no se cansaba de hablar.

—¡Le hubiera usted visto anteayer en el autobús! Ibamos con dos señoras amigas mías. Tan galante se mostró el señor Bell con ellas, que hasta el cobrador quedó asombrado.

Ya completamente seguro sobre el final de la aventura, el señor Bell intentaba, a escondidas, hacer llegar a su amigo las manifestaciones de su malhumor.

—Y, como es natural, escandalizaban...—comentó la señora Henshaw, los ojos clavados sobre el culpable.

Respirando dificultosamente, el señor Bell intentó decir algo.

—¡No es cierto! ¡No le crea usted nada!

Peró Stokes replicó:

—¡Vamos! No hay por qué avergonzarse. ¿Recuerdas? Yo te lo decía en el autobús: "Alfredo, todo esto es hermoso y bueno para ti, que eres soltero; pero el caso es que te pareces como un hermano a uno de mis buenos camaradas: Jorge Henshaw. Si alguien te viera, podría tomarte por el otro."

—Sí, sí, repetía el señor Bell, presa de un terrible malestar.

—Se figuraba que tenía ánimo de reírme—prosiguió Stokes, vuelto hacia la señora Henshaw, y no quería creerme. Fué entonces cuando decidí traerle aquí para que se convenciera.

—Yo también ardo en curiosidad de ver a los dos juntos—dijo tranquilamente la señora Henshaw—. En cualquier lugar habría tomado al señor Bell por mi marido.

—A menos que lo hubiera encontrado anoche—agregó Stokes, riendo cazarmente.

—¿Tal era la escandalera?—preguntó la señora Henshaw.

—¡Mentira!—exclamó el señor Bell, olvidando su ronquera.

Tan cargada de cólera estaba su mirada, que Stokes estuvo en un tris de renunciar.

—No me gustan los chismes—agregó.

—¿Y si yo se lo pidiera?...—dijo la señora Henshaw, con insinuante sonrisa.

Disimulando mal su impaciencia, el ronco hizo un esfuerzo.

—Anoche—narró—me fui a pasear solo por el parque Victoria. Más tarde me encontré con Stokes, aquí presente, y nos fuimos a beber cerveza a un bar. Eso es todo.

La señora Henshaw miró a Stokes, que respondió con una guiñada.

—Tan exacto como que me llamo Alfredo Bell—juró el falso irlandés, después de una duda muy natural.

—¡Ah!—suspiró la señora—. ¡Ojalá pudiera tener yo un marido tan juicioso como usted!

Y movía tristemente su cabeza.

—¡Usted me deja alelado!—exclamó Stokes—. ¿Acaso no pasan tranquilamente sus noches? Yo lo creía tan tranquilo, iba a decir "demasiado tranquilo". Le doy mi palabra que nunca he conocido hombre más juicioso. Hay veces que llevo hasta reprenderlo por eso.

—¡Es que es muy hipócrita!—suspiró la señora Henshaw.

—¡Pero si siempre tiene prisa por regresar!—prosiguió Stokes, animado de sus mejores intenciones.

—Puede ser que le diga eso para desprenderse de usted—dijo la señora Henshaw, como hablando consigo misma—. Suele decirme que le es muy difícil deshacerse de usted.

El tiro dió en el blanco. Stokes se levantó de su asiento y lanzó al señor Bell una mirada cargada de furor.

—Hubiera podido decírmelo a mí mismo—dijo agriamente—. Saben todos mis amigos que no soy hombre de imponer mi compañía a quien no la desea.

—Siempre le digo lo mismo—continuó la señora Henshaw—: "¿Por qué no le dices al señor Stokes que no desea su compañía?" Pero no se atreve. No se atreve a decírselo en la cara. Es muy suyo eso de hablar por detrás de la gente.

—¿Y qué más cuenta de mí?—preguntó Stokes, sin querer ver los mudos desmentidos del señor Bell.

—Si yo se lo cuento—dijo la señora Henshaw—, ¿me promete usted no repetírselo?

Y cuando se formalizó la promesa:

—Pues bien—dijo la señora—: mi marido me cuenta que sus torpezas y su vanidad lo enferman, que usted lo aburre...

—¿Qué más?—preguntó Stokes, implacable.

—Me cuenta que hay que insistir tanto para que usted pague, una vuelta, que casi siempre prefiere hacerlo él mismo, para evitar toda discusión.

Stokes se contuvo. Con los puños en alto, y fulminando al señor Bell con sus ojos, se levantó como si fuera a aplastarlo. Pero, en un supremo esfuerzo, consiguió dominarse. Sus manos se abrieron, y volvió a sentarse.

—¿Y algo más?—preguntó todavía.

—Si, mucho más—aseguró la señora—. Pero no quisiera que por mi culpa usted se enojara con Jorge.

—¡Bah, no se preocupe usted!—dijo Stokes, mirando amenazadoramente al señor Bell—. No me importa lo que puedan decir de mí. Puede ser que un día le cuente algunas cosas de su marido que podrán interesarle...

Henshaw daba muestras de una viva agitación.

—¡Miel sobre hojuelas!—exclamó la señora Henshaw—. ¿Y qué espera para contármelas? ¡Cuéntelas ya! El señor Bell puede escucharlo todo. Su presencia no me molesta.

Pero el señor Bell, aunque no le consultaron, dió su parecer.

—No tengo ningún deseo de escuchar secretos de familia. Permitidme decir, además, que no sería elegante de nuestra parte...

—Tienes razón—asintió Stokes, recobrándose súbitamente—. No soy de los que hablan del prójimo por detrás. Esperemos que regrese Jorge y hablaré en su presencia.

A partir de entonces, la conversación languideció penosamente, a pesar de los esfuerzos de la señora Henshaw para animar al señor Bell a hablar de Irlanda. A las primeras preguntas, el visitante tornóse repentinamente afónico. Y guardó silencio, incapaz de impedir que la señora Henshaw narrase una serie de chismorreos acerca de la familia de su marido. Estaba ya a punto de contar con lujo de detalles un incidente en el que su suegra desempeñaba un papel poco edificante, cuando el señor Bell, levantándose de un salto y tartajeando algo, manifestó su deseo de despedirse inmediatamente.

—Tal vez regresemos más tarde—dijo Stokes, que comenzaba a impacientarse—. Buenas noches, señora Henshaw.

Y tomó la delantera en procurarse la puerta, seguido del señor





Bell, quien, ahora sí, tenía tal prisa por salir, que caminaba literalmente sobre los talones del traidor.

Adivinando que la señora Henshaw lo observaba desde el umbral, Stokes caminaba en silencio. Pero apenas traspusieron la esquina, miró a Henshaw y, en términos hoscos y violentos, declaró querer saber lo que "eso significaba".

—¡Ya estoy harto! ¡Ya estoy harto!—gritaba, mientras con su mano abierta borraba en el aire las denegaciones de su amigo—. Ten en cuenta que, a partir de hoy, todo ha terminado entre nosotros y que no deseo verte más.

—Muy bien. ¡Adiós, entonces!—dijo Henshaw, deteniéndose y mirando con la mirada a su cómplice, inesperadamente altanero.

—¡Ah, no! Primero devuélveme el pantalón, y luego puedes marcharte y hacerte el arrogante.

—Estoy seguro—comentó Henshaw, más sombrío que nunca—que me ha reconocido desde el primer momento, y todos los chismorreos que nos contó eran para ponernos a prueba.

Encendió una cerilla y, sosteniéndola lo más cerca posible de su cara, se empujó sobre la punta de los pies y dirigió la nariz hacia la ventana, desde donde la señora Henshaw le escuchaba.

Pero Stokes replicó sin indulgencia, y los dos regresaron, casi nojados, a casa de aquél. Una vez en el departamento, Stokes esperó, sin decir una palabra, a que Henshaw se desnudara. Le rehusó la mano con un gesto que había visto hacer en el teatro, y, luego de acompañarle hasta abajo, le dio un portazo en las narices.

Librado a sí mismo, Henshaw perdió el poco coraje que le quedaba. Vagabundó por las calles oscuras, aventurándose al azar de una dirección, para volver luego sobre sus pasos. Las diez de la noche le encontraron caminando. Cansado, desconcertado, decidió regresar a su casa. En la esquina de su calle hizo un esfuerzo, se recobró y con paso rápido encaminóse hacia el portal de su casa. Introdujo la llave en la cerradura; pero la puerta no cedió. Comprendió que los cerrojos habían sido echados desde el interior. La señora Henshaw se había encerrado.

No se veía ninguna luz. A la cuarta llamada, una lámpara se encendió en la habitación superior; la celosía fué abierta, y por el estrecho vano de la ventana apareció la señora Henshaw.

—¡Señor Bell!—exclamó ella con una voz en la que se mezclaba por igual la sorpresa y la fiera de sus virtudes ultrajadas.

—¿Señor Bell?—exclamó Henshaw con una voz más asombrada que la de ella—. Yo no soy el señor Bell: soy yo, Paulinita; mírame.

—¿Se atreve usted a llamarme por mi diminutivo?—dijo la voz—. Márchese usted, señor; márchese inmediatamente.

—¡Paulina!—repitió Henshaw—. Paulina, te digo que soy yo!... ¿No ves que soy Jorge? ¿Por qué se te ocurre llamarme señor Bell?

—Si usted es el señor Bell, como lo creo, usted me entiende muy bien. Y si usted es realmente Jorge, como usted lo pretende, no podrá entender esta situación.

Y mientras le decía esto, se inclinaba todo lo que podía, fingiendo que observaba al visitante sumergido en la sombra.

—¡Pero yo soy Jorge! Paulina, ¿no ves que soy yo?—chillaba el desventurado.

—No sé qué pensar...—dijo la voz desde lo alto, extraviada y temblorosa—. No sé qué hacer. Ted Stokes vino esta tarde con un tal Alfredo Bell, tan parecido a usted, que ya no puedo distinguir a uno del otro. De manera que no abriré la puerta hasta que no haya visto a los dos juntos. Es la única manera de saber cuál es Jorge y cuál es el señor Bell.

—¡A los dos juntos!—gritó Henshaw—. ¡Imposible! Paulina, yo te ruego... Escucha... ¡Mírame bien!

Encendió una cerilla y, sosteniéndola lo más cerca posible de su cara, se empujó sobre la punta de los pies y dirigió su nariz hacia la ventana, desde donde la señora Henshaw le escuchaba. La escena duró varios segundos.

—Es inútil—habló ella, por fin, fingiendo desesperación—. Es inútil. No puedo distinguirlas. Es menester que os vea juntos.

Desde la acera de enfrente hubieran podido escuchar el castañeteo de los dientes de Henshaw.

—Pero ¿dónde está el señor Bell?—preguntó—. ¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

—Se marchó con Stokes. Si usted es realmente Jorge, lo mejor que puede hacer es ir en su busca.

El busto de la señora Henshaw volvió a meterse en la ventana. Un grito la contuvo.

—¿Y si no está en Londres?—gritaba Henshaw.

—Si ya no está en Londres—contestó ella—, traiga a Stokes. Si él afirma que usted es mi marido, le dejaré entrar.

La celosía volvió a cerrarse y la luz se apagó. Henshaw esperó todavía unos instantes. Luego, comprendiendo que toda insistencia era inútil, emprendió el camino de la casa de Stokes.

No se hacía ninguna ilusión sobre la recepción que le esperaba. Si se equivocó, fué en menos. Arrancando bruscamente de su primer sueño, Stokes se mostró injurioso, amargo y brutal. Pero tan miserable estaba Henshaw, que Stokes, después de haber jurado y perjurado que nada ni nadie le decidiría a acompañar a su casa a su ex amigo, terminó por rendirse. Conmovido, sobre todo, por las amenazas de la víctima, subió a su habitación y se vistió.

—Ten presente lo que te digo—le explicaba a Henshaw cuando caminaban por esas calles de Dios—. Es el último favor que te hago. Después de éste, no quiero verte la cara nunca más. ¡Jamás!

Henshaw no respondió. Los acontecimientos de esa memorable jornada habían agotado completamente sus fuerzas. Y no rompieron el silencio hasta que llegaron a la casa.

Con gran alivio de su parte, Henshaw comprobó que al primer campanillazo hacían ruido en la habitación superior. Instantes después, el hueco de la ventana dejaba ver el camisón blanco de la señora Henshaw.

—¡Todavía!—exclamó la mujer con voz copiada de la tragedia—. ¡Vaya con el hombre pesado éste!

—Pero ¡si soy yo!—gimió Henshaw—. ¿No ves que soy yo?

—No hay error posible, señora Henshaw—apoyó Stokes—. Este que usted ve aquí es Jorge, su marido. Alfredo Bell se ha marchado. Esta tarde tomó el tren para Irlanda...

—¡Eso sí que está bueno!—replicó la voz—. ¿No os da vergüenza ponerlos de acuerdo para sostener semejante mentira? ¿Cuál es su miserable papel, señor Stokes? Yo os digo que ese señor es el señor Bell, y si vosotros no os marcháis al instante, pido auxilio y llamo a la policía... ¿Qué os habéis creído?...

Henshaw y Stokes, atolondrados, la miraban con los ojos fuera de sus órbitas. Conferenciaron unos segundos en voz baja, y luego, en una última tentativa, Stokes se empujó hacia la ventana y preguntó:

—¿Cómo sabe usted que es el señor Bell? ¿No dice usted que no sabe distinguirlas?

—¿Que cómo lo sé, monstruos?—respondió la voz, ultrajada—. ¿Que cómo lo sé? Lo sé porque Jorge está en casa. ¿Lo habéis comprendido? Jorge regresó poco después de marcharse el señor Bell.

—¡Que está en casa!—exclamó la voz aguda de Henshaw—. Que ha regresado...

—¡Sí, señor! Y no chilléis tanto, si os parece, que me lo vais a despertar.

Las dos sombras, en la calle, se volvieron una a la otra, estupefactas. Stokes fué el primero en recobrar su aplomo. Cogió a Henshaw del brazo y se lo llevó suavemente. Cuando llegó al extremo de la calle, aspiró el aire de la noche, y, después de una corta pausa, indispensable para recoger sus energías diseminadas, resumió así la situación:

—Tu mujer descubrió la treta desde el comienzo. No hay error posible. Será necesario que pases la noche en mi casa. Y mañana, lo mejor que puedes hacer es confesar toda la verdad y decirle que fuiste un tonto al pretender engañarla. ¡Ah!, pero eso sí... Tendrás que reconocer que yo tenía razón cuando te aconsejaba que no mentaras.

Juana Francisca Rubio...



que expone desde la semana pasada en la sala del Lyceum Club Femenino, una serie de 24 dibujos

Un crítico dice de esta muestra:

"Estampas de una exquisita factura, pródigas en ritmos graciosos, llenas de poesía cromática, que hacen pensar en los grandes ilustradores franceses e ingleses."

EN EL PROXIMO NUMERO

El miércoles 13 de febrero

MANIA Y TRANSITO DEL DOCTOR CHERUBINI, cuento escrito expresamente para CIUDAD, por Eduardo Blanco-Amor.

EPITAFIOS, antología humorística, por el comediógrafo Antonio Asenjo.

LA CAJA OBLONGA, cuento de Edgar Allan Poe.

DOS POEMAS INEDITOS, de Alejandro Casona.

Ayuntamiento de Madrid

LOS NOVILLOS, crónica taurina por "Don Quijote".

TRAGICO FIN DE LA ARANA SOBERBIA, un cuento de Benjamín Núñez Bravo.

PUCK, VENDEDOR AMBULANTE, por Félix Pita Rodríguez.

CONVERSACIONES CON EL CONDE DE KEYSERLING, reportaje de Miguel Angel Colomar.

Notas de nuestra Relación en París y las secciones habituales, además de otros originales de gran interés.

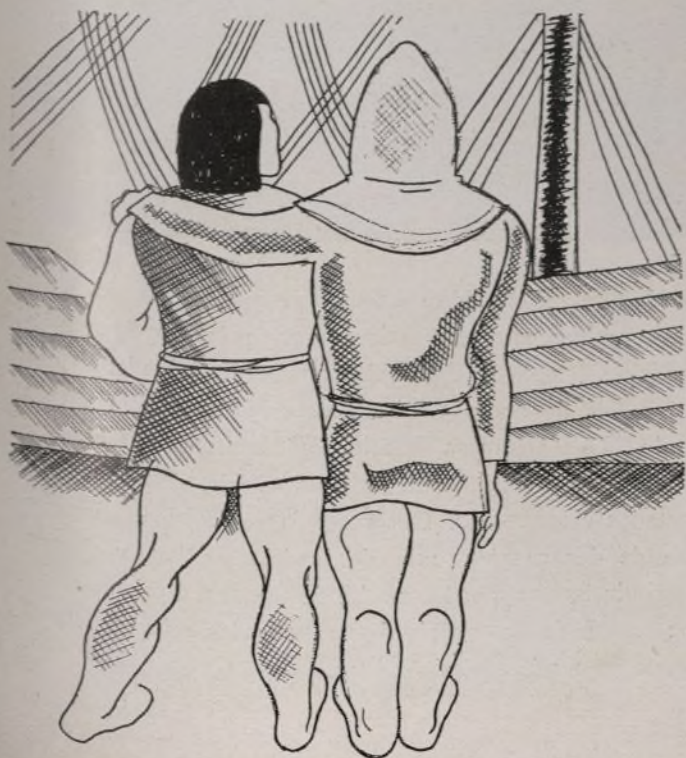




Muchas veces me he preguntado, cavilando sobre la poesía romántica gallega, por qué habrá faltado el tema del mar entre sus elementos de inspiración, siendo, como es aquí, el tema entrometido y poderoso que condiciona, como compás inicial, todo el ritmo posterior del paisaje. No está presente en Lamas Carvajal, ni en Curros, y apenas en Rosalía de Castro, que, sin embargo, buceó en todas las dimensiones y profundidades del suelo de Galicia, sin que sus manos milagrosas buscasen, ni una sola vez, el claro teclado de las playas o el registro profundo de los acantilados. Y si el mar asoma en alguna ocasión por entre las aceradas rimas del solitario Pondal, es solamente para servirle de metáfora en su rudo profetismo étnico, en su añoranza de aquella estirpe de los celtas:

*Os dos corpos ben compridos
que na terra de Brigandsia
pol-a patria sucumbieron.*

Y es que el mar, como libre sugerencia de arte, no fué lo suficientemente triste para el romanticismo gallego, todo él salpicado de irremediables lágrimas. Por eso en todo lo que el tema ofrecía de doloroso, que era el estar surcado por los caminos de la emigración, fué atendido con la longanimidad sentimental de aquellas gentes, torturadas por un afán insaciable de sufrimientos. El sufrimiento era su ética y su estética. Pero como entidad de puro arte, como emoción de su plástica o como símbolo esperanzado frente al afán aventurero de la raza, los románticos gallegos ignoraron el mar. Y eso que en los más remotos antecedentes, en las fuentes más alejadas de las letras galaicas, el "salado milagro" estaba presente. Por mar vino la barca de piedra del Apóstol. Como lo estaba en los periplos ilustres de Rufo Avieno y en las referencias de Plinio y Estrabón, que hablan del encanto de las islas Casitérides, cercanas a la costa, y describen los espolones de su cabos, en cuyos crestones de granito, frente al mar sin orilla frontera, los celtas oficiaban en el ara de la luna. Y está en las menciones del romano, que hablan del terror religioso de las lesiones al asomarse a los finisterres y contemplar, sobre el copón inmenso de las aguas, la hostia del sol comulgado por fauces rojas de horizontes en una formidable eucaristía oceánica. Los suaves ocios del medioevo trovadoresco tejen finas melopeas amoratorias sobre el cañamazo de las espumas; y Martín Códax, cuando aún Castilla tenía ciegos los ojos del idioma para el descubrimiento del mar, entonaba en un rabel de hace siete siglos, ante una bahía gallega, la canción—desenfado o melancolía—que el juglar llevaba siempre colgada en el labio, como una rosa de sonidos:



*Ondas do mar de Vigo
si viste ao meu amigo...
¡Ai Deus si el virá cedo!
Ondas do mar levado
si viste ao meu amado
¡Ai Deus si el virá cedo....*

Y otro poeta del cancionero de la Vaticana pide al mar su metáfora, para un menester de adulatoria cortesana:

*De cuantas cousas en o mundo son
non vexo en ben qual pode semellar
al rei de Castela e de León,
sinon unha, cal vos direi: ¡O mar!*

Y en la leyenda tradicional del medievo, el mar está presente también en los caminos de rapiña abiertos sobre las aguas por las naos del normando que venían a llevarse las doncellas rubias y los "juvencos" de dorado testuz, de prestigio totémico en la mitología familiar del agro, con diademas de hierbas, donde se embotaba el dardo del mal de ojo, tejidas entre las astas, que aún no eran lira.

El mar de los descubrimientos y de las conquistas fué ya todo del Portugal hermano, trocado en hermanastro por ceguerras dinásticas. Y, sin embargo, Galicia debiera haber participado en la magna aventura con títulos iguales: raza de nautas también, disparada hacia el oeste por los arcos de flecha de sus costas. Hasta este comienzo de su ciclo forzoso de silencio y de quietud, llegaron señales que parecían milagreras invitaciones a la empresa. No todos saben que a Bayona de Monterreal llegó, de regreso, la primera nave de las que con el Almirante fueron. Y la Bayona galaica pudo cobrarle albricias al mundo entero, pues de ella fué la primera noticia del descubrimiento del Continente misterioso o de sus islas nunciales. "La Pinta" llegó aquí una mañana de los siglos, y los pescadores escucharon atónitos el prodigio de labios de los hidalgos barbudos, amarillos de fiebre y duros de pupila, donde la codicia encendía ya su brasa de oro, y lo vie-

primera glosa del mar gallego

por
Eduardo Blanco Amor

ron palpable en los ojos espantados de los indios, de negro y caliente ojo de potros que andaban agacelados y temerosos por entre las jarcias y las velas laxas, como alas fatigadas.

Pero lo cierto es que Galicia apenas figura en la epopeya, a pesar de haber contribuido a su grandeza con hombres como Bartolomé y Gonzalo de Nodal, que descubrieron el Estrecho de San Vicente y exploraron la Patagonia, aquella ancha y áspera Patagonia cargada de vientos y pinchada de hielos, que en el siglo XVIII habían de estudiar otro puñado de gallegos, entre ellos aquel Vilariño, quien surcó por vez primera las aguas del río Negro. Gallegos eran también Fray Pedro de Betanzos, fundador de Nicaragua, quien aprendió, en menos de ocho años, catorce idiomas indígenas, y Fray Francisco de Parra, que escribió varias obras en lenguajes americanos y "un vocabulario trilingüe guatemalteco", con voces del bachiquel, del quiché y del tzutuchil, inventando cinco letras para recoger sus sonidos. Y no menos gallegos eran Francisco Varela, que escribió un diccionario de 400 folios en lenguas aborígenes; y D. Tirso González, que introdujo en América la primera imprenta, y aquel Xan de Nobeo, que hizo surgir de la inmensidad del Atlántico aquella minúscula roca que Napoleón, en sus cuadernos de escolar, anotó con esta indicación somera: "Sainte Helène, petite ile..."

Sin embarco los lusiadas gallegos no fueron conquistadores de brillante armadura que iban en las naves renacentistas guiados por Dios y escoltados por los dioses. Nuestros argonautas fueron gentes oscuras, callados frailes menores, llamas de la fe y de la ciencia y menestrales humildes que marcharan a expandir la sabiduría de sus manualidades, llevando hasta la ágil mano del indio los primores antiguos de una Europa hacendosa, de burgos, cabildos, gremios y estados llanos. Y años después, por los mismos "senderos innumerables" de este mar, fueron labriegos color de tierra, "fillos do moreno Ourens" o del altiplano lucense, cuyo hombre del rus ya elogiara el colono romano; mozállones del ártabro o de Fisterra, hijos del mar, quienes, niños aún, sabían

Ayuntamiento de Madrid



ya mirar desde las proas de sus bucetas de vela latina, frente a frente a las galernas; marineros de las rías bajas, Ulises de las artes finas de la pesca, esbeltos y valerosos, como aquellos paganos de la Hélade, que poblaron sus riberas, en el amanecer de la historia. Las escotillas negras de los grandes buques sin alma, saben bien de estas muchedumbres anónimas que, hacinadas en bodegas hediondas, iban, bajo un rezo de "alalás" saudosos, que tenían el trágico y hondo acento de los antiguos cantos peregrinantes, a clavar en el lomo virgen y rebelde de la gran tierra esperanzada; la reja de arado fecundo o a perderse entre el abigarraimiento animoso de las razas, en las ciudades, para vivir con honrada diligencia, haciéndolas y haciéndose, aun cuando millares y millares tuviesen que caer entre las ruedas dentadas del sacrificio sin rapsodas, que no deja tras de sí ni la mención de un nombre descifrabable. Por este mar gallego se fueron los padres, los hijos y los hermanos, y no volvieron resplandecientes semidioses, bajo un gran vuelo de próceres octavas reales. Poema de humilde y callada urdimbre, como el rumor de la colmena. Poema del trabajo triunfante, pero muchas veces también de los corazones muertos para los corazones. Por eso Rosalía, y con ella el romanticismo gallego, no vieron en este mar otra cosa que una estrada de desolación hacia donde miraban, con la fe perdida ya, aquellas "viudas de vivos" que la Santa cantó con acentos tan hondos:

*¡Adios tamén queridíña,
adios por sempre quizáis,
digoche este adios chorando
dend'a veiriña do mar!*

*¡Tantas leguas mar adentro!...
¡Miña casíña, meu lar!*

Los poetas de hoy, en este más claro ambiente social y sentimental de la Galicia coetánea, librados más a una estética de ojos que ven que de los ojos que lloran, tienden un arco iris de metáforas por encima de las nubes del romanticismo y van a buscar las ondas claras de Martín Códax para cantar, otra vez, en su orilla, esperanzas augurales o simples ocios del alma temblorosa, que esto es la poesía gallega actual, en sus arpegios más limpios y en sus registros más elevados. De ella hablaré en próxima divagación, que bien lo merece. Pero en ésta no, pues no me atrevo a empañar con los vahos del discurso crítico esta transparencia azul y plateada que me quedó, como un espejo mágico, incrustado en las alampadas mientes, después de un viaje reciente en un prodigioso bergantín de alas blancas a lo largo de toda la costa: desde la cadena de playas que, tomadas con manos de oro, danzan en las orillameres de Pontevedra, hasta los farallones siniestros de la Costa Brava, desde uno de cuyos pueblos escribo, oyendo las olas que cardan su torso de cristales en los garfios del Cabo Ortegal, lanzando alaridos y chorros de sangre blanca de espuma, como suplicadas de un bárbaro auto de fe impuesto por la austeridad del yermo rocoso a la desnuda pagania de las aguas vírgenes.

(Galicia, 1934.)





EL RASTRO

Por GABRIEL GARCIA ESPINA

En la breve geografía madrileña, el Rastro ocupa una de las zonas pintorescas más definidas; de un pintoresquismo un poco perverso en el transcurso de los años, y a fuerza de explotar para el turista ese carácter que tuvo de cosa singular y extraordinaria.

Al Sur de la ciudad y al franco sol del Mediodía tiene aún este castizo motivo de Madrid un vivo carácter, caliente y chillón, de cosa meridional y africana. Es un zoco de comerciantes mínimos—mínimos en “superficie de explotación”, claro—, un alegre remiendo cosido con fuertes hilos tradicionales en la carta urbana y moderna de nuestro pueblo.

Desde la plaza de Cascorro, Ribera de Curtidores abajo, se amontonan los tenderetes a ambos lados del caminante, que descende un poco de prisa, a su pesar, empujado por el desnivel violento de la cuesta. Debajo de aquellas lonas se desparrraman por el suelo o sobre primitivos mostradores portátiles una infinidad de objetos viejos, nuevos y de edad indeterminada. Eso sí, parece que predomina de una manera sistemática la ferretería, en todo su amplio desarrollo. Hierros por todas partes y para los usos más extraordinarios, le dan al Rastro un matiz heroico y un poco humorísticamente guerrero.

El comerciante de aquella zona conoce a fondo la picaresca de su oficio. Examina al presunto cliente con mirada perspicaz y acierta casi siempre en su pronóstico íntimo. Hace falta un gran conocimiento de aquellos lugares, una práctica sistemática y constante de todos aquellos vericuetos para encontrar lo que se persigue y en asequibles condiciones económicas. A veces, y cuando menos se busca, surge el hallazgo feliz: el lienzo ilustre, la porcelana noble, el mueble señorial. Pero muy escasos son ya estos encuentros imprevistos que alegran al visitante con júbilo, sagazmente escondido a la mirada aguda del vendedor.

En “las Américas”, la avanzada meridional del Rastro madrileño, adquiere la ferretería caracteres majestuosos. Es un desbordado concertante de hierros por todas partes: clavos, alambres, tubos, carriles, jergones, todo en una desnudez fría y un poco triste. Cajas de automóviles en un reposo interminable. Viejos motores de todos los sistemas parados para siempre en un ingrato contraste con la jadeante juventud que se les fué. ¡Hasta locomotoras!...

Un bello dibujo de Tejada nos ha sugerido de prisa estas cordiales palabras de homenaje para cuanto significa el Rastro esencialmente en la línea moderna y ciudadana de nuestros días.

EL ARCA DE NOE



La popular y acreditada papelería **EL ARCA DE NOE** (calle del Pez, número 2), dedica sus actividades a la venta de objetos de escritorio, al por mayor y al detall.

Sus principales secciones son las de estilográficas, cajas de papel fantasía, estuches de compases, escribanías y libros rayados.

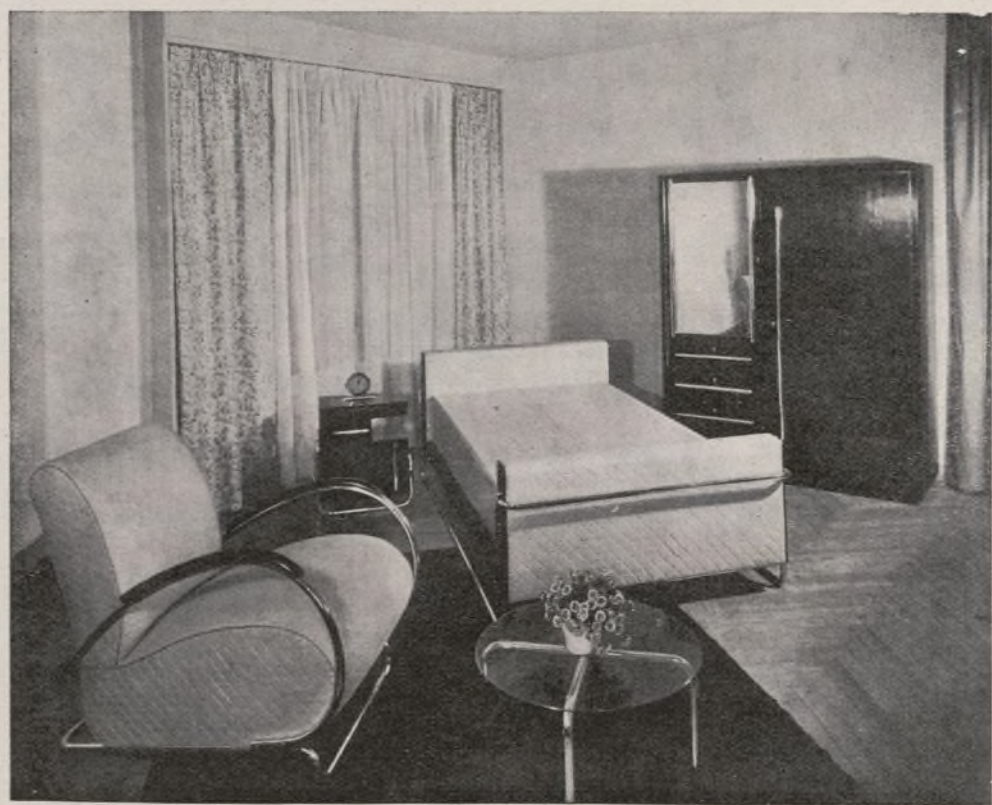
Las construcciones recortables marca “La Tijera” son editadas por **EL ARCA DE NOE**.

Queriendo su propietario corresponder al favor que constantemente le dispensa el público en general, y muy especialmente su adicta clientela, acaba de adquirir un nuevo establecimiento en la calle del Pez (esquina a Corredera), donde podrán todos verificar sus compras con más comodidad, y a él le permitirá ampliar más sus negocios.

El Hogar MODERNO

Proyecto: OTTO WINKLER

Ejecución: MUEBLES BANELA, MADRID



He aquí un interior para hombre soltero, ideado dentro de la más exigente modernidad, ajustándose a un criterio eminentemente práctico, lo que no excluye nada de la suntuosidad que es posible admitir dentro de un ambiente masculino. Maderas oscuras, perfectamente lustradas; caños de acero o hierro cromado y tapicería en un acolchado de costuras en cuadro. Una alfombra de color liso, hecha con tiras de “tripé” cortado, unidas, y un cortinaje corredizo, sobre barra invisible, de telas alegres, sin caer en los colorines afectados e impropios. Obsérvese la disposición, sumamente útil, del armario, que consta de dos cuerpos: uno, destinado a perchas, y el otro, a cajones y estantes, para substituir la cómoda. La mesita de fumar del primer término es de una elegante sencillez: consta de dos simples barras cruzadas, sobre las que descansa la tapa, de vidrio grueso, con reborde, sin aristas.

JEAN LAROCHE.



Tania, famosa cancionista argentina

Dos personalidades que vienen de la Argentina

En los primeros días de la próxima semana llegarán a Madrid la cancionista argentina Tania y Enrique Santos Discépolo, el celebrado autor de los tangos de más éxito. Se trata de dos artistas de indiscutible personalidad artística, cuya popularidad en Madrid es bien notoria. En efecto, Tania, que es de origen toledano y está radicada en Buenos Aires desde hace muchos años, está considerada como una de las más notables intérpretes de la canción popular argentina por excelencia, hasta el punto que se le ha dado en llamarla la actriz del tango por el realce con que ella compone y define cada una de las heroínas creadas en las letras de los más celebrados tangos. Intérprete predilecta de todos los tangos de Discépolo, Tania ha realizado, por ejemplo, con *Secreto*, *Confesión*, *Esta noche me emborracho*, *Tres esperanzas* y muchos otros tangos de Discépolo, verdaderas creaciones, que luego de su consagración en los principales escenarios de Buenos Aires, han tenido la repercusión manifiesta de las transmisiones radiotelefónicas, de los discos, etc. En cuanto a Discépolo, su popularidad en Madrid es también considerable. ¿Quién no recuerda en Madrid la amarga filosofía que encierra su famoso *Yira, Yira...*, o la gracia de su célebre *Esta noche me emborracho* y el hondo sentimentalismo de sus tangos *Confesión*, *Secreto*, *Tres esperanzas* y, más recientemente, sus tangos titulados *Cambalache* y *Quien más quien menos*, que han constituido sendos éxitos? La personalidad artística de Discépolo es realmente interesante, en sus fases de actor, autor teatral y compositor de música popular. Como actor, Discépolo se ha consagrado en Buenos Aires, interpretando obras de positivo mérito artístico, como *Fin de jornada* y *Maya*, destacando, por último, su personalidad en la creación del protagonista de *Wunder Bar*. Como autor teatral, Discépolo ha realizado obras de alto nivel artístico, tales como *El organito* y *Caramelos surtidos*. Pero indudablemente la popularidad de Discépolo está cimentada en su labor como productor de expresiones de carácter popular argentino, hasta el punto que puede asegurarse que pocos autores argentinos tienen la popularidad de que goza Discépolo a través de sus numerosos tangos. Tania y Discépolo vienen a Madrid en viaje de recreo, pero no sería difícil que nuestro público tuviera oportunidad de verlos actuar como intérpretes de la música popular porteña.



Enrique Santos Discépolo, popularísimo compositor de tangos argentinos



Hablemos de 1900... De esa época de la ñoñez y de los pies desaseados, que hoy anda por ahí sirviendo de consigna a los espíritus exquisitos de toda Europa. Nuestras mujeres, aun las que han nacido más acá de 1914, tararean con íntimo regusto y desgarrada melancolía los vales del *Danubio azul* y la vieja canción de Cremieux, que hoy es la canción de Marlene: *Lorsque tout est fini...*

1900 es la consigna de 1935. El lema de una época trivial, que no encuentra satisfacción en sí misma y la busca utilizando el trampolín fácil del ensueño. Un 1900 que, en suma, no es otra cosa que el terrible y delicioso fin de siglo, categoría histórica, como lo barroco, donde todo cabe: los gatos de Colette, los bailes rusos, las canciones de Ivette Guilbert, las aventuras de Casanova y los amores de Manón.

Y es curioso ver cómo son los jóvenes quienes con más fervor se entregan a la nueva religión, a la fruición de un momento histórico, del que no saben ni pueden saber nada porque 1900 es una época inventada, totalmente inventada. Se alargan las faldas, se renuevan los gestos conforme a un patrón ideal, porque de la realidad apenas hay nada interesante que tomar. Conocéis el monsieur Bergeret de Anatole France. Apenas ha cambiado nada...

1900 es, al parecer, esa época en que Marcel Proust escribía a la condesa de Noailles unas cartas oliendo a jazmines y llenas de síes pero noes. Entonces... "entonces, detrás de tu abanico, nuestra luna primera"... Pero no; el abanico servía en 1900 para otra cosa; el abanico de 1900 era el abanico de lady Windermere. Las mujeres copiaban a la Parisienne, de Becque, y los hombres, perdido el élan ambicioso que tenían en Balzac, doraban con el amor su inanidad.

Cada país de Europa aportó su contribución a 1900. Viena, sus vales; Hungría, los violinistas; Alemania, las princesas que habían de fugarse con ellos; Inglaterra, sus aventuras coloniales y el príncipe de Gales. Rusia tenía unos príncipes fantásticos—que a veces eran nada más que búlgaros—y unos terribles nihilistas. Francia entregó a la categoría triunfante nada menos que Maxim's, el *affaire* Dreyfus y... el marido cocu. Y España... Por entonces había en España una generación de intelectuales tristes y otra de bigardos de café con leche, que a veces parecían la misma. Sin embargo, algo hemos dado nosotros: Carolina Otero.

P E M



DIBUJOS DE JOSE ZAMORA



Presentamos a un artista...

Francisco Miguel, pintor gallego...

Viene con telas de Méjico...

Ocho años en Méjico le han servido a Francisco Miguel para traer, de regreso a la patria, una serie de telas llenas de sugerencias. De factura recia en las composiciones, atrevida en los planos, firme en el colorido, ofrece una delicada línea, llena de ternura, en sus retratos.

Ninguna presentación mejor de su arte que la dada por el escritor mejicano David Alfaro Siqueiros con motivo de la Exposición de despedida, y que nos complace en reproducir.

La pintura de Francisco Miguel

Desconozco la teoría que sobre el oficio sustenta Francisco Miguel (los pintores, por regla general, no concuerdan teórica y prácticamente); pero, de cualquier manera, puedo afirmar que las cualidades de su pintura son las siguientes:

Su obra:

1.º Es ajena por completo a toda preocupación literaria y anecdótica.

Los temas que escoge como pretextos pictóricos son simples: objetos, flores, frutas—sus frutas son admirables—, paisajes, retratos. No pretende darles "vida", no quiere "que hablen": son unidades plásticas bellamente resueltas, y basta.

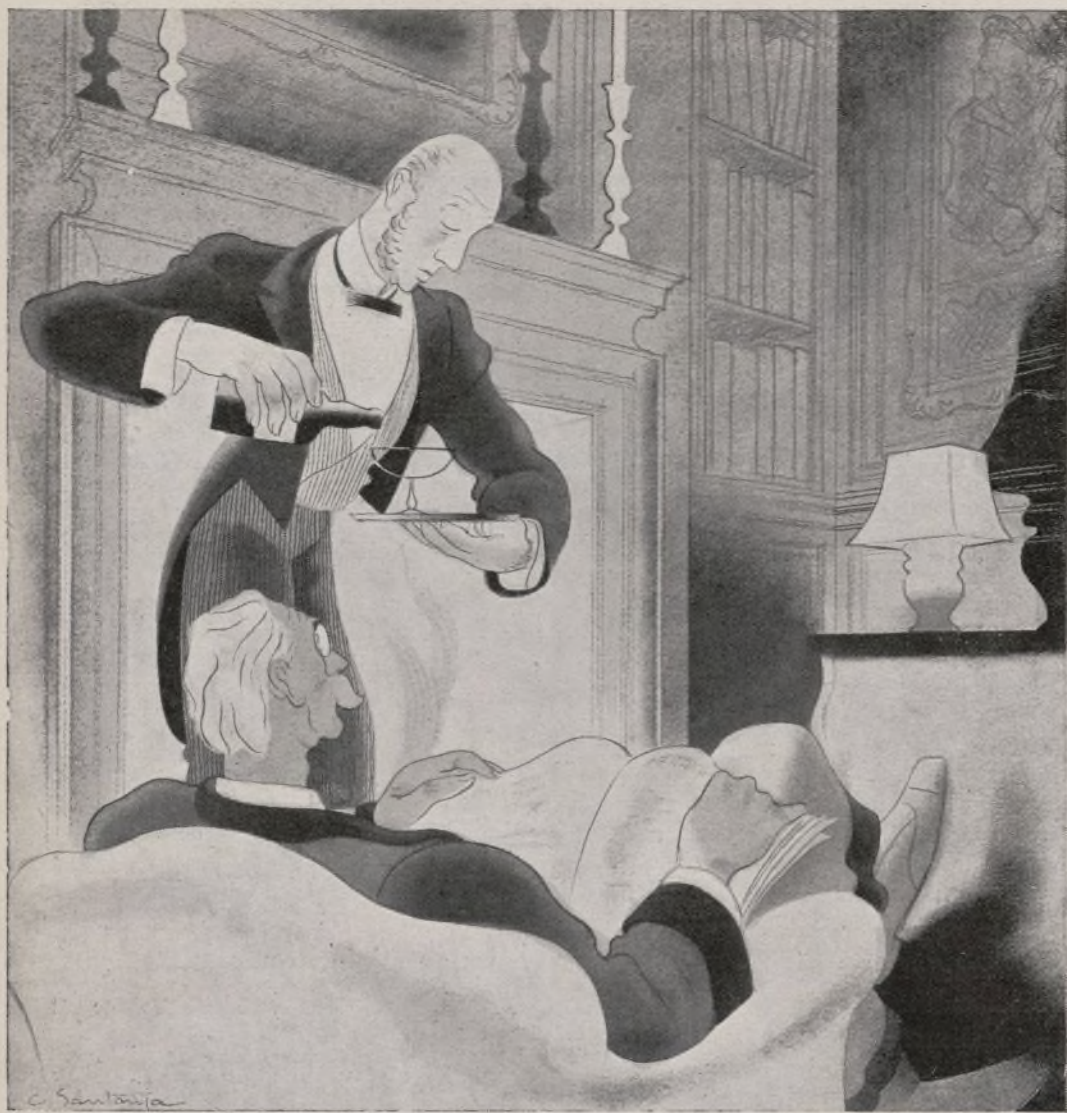
2.º Es ajena también a toda manía escultórica (esa terrible manía de ciertos pintores contemporáneos). Sus obras—dibujos y pinturas—son gráficas. No es cierto que en ellas esté resuelto aquello de los "volúmenes en el espacio"—lo cual es problema de escultura, no de pintura—. No crea relieves; mucho menos, volúmenes con dimensiones, "con calidades", "con pesadez determinada", etc. (todas las preocupaciones de la teoría constructiva). Francisco Miguel expresa el gozo de la línea, el arabesco, extendidos, desenvueltos armoniosamente, con gracia, con equilibrio de valores, sobre la superficie plana. Su "claroscuro" no tiene pretensiones físicas, no quiere "crear" el objeto. Material escogido con sus luces y sombras, su "claroscuro" son manchas embarradas sensualmente sobre la superficie para polarizar su equilibrio plástico y acentuar la dirección justa de los contornos. En estas condiciones, Francisco Miguel, como todos los pintores buenos de las buenas épocas, no rompe en sus obras el plano de la superficie pintada o dibujada; guarda celosamente esa superficie, es decir, hace pintura exclusivamente, y no otra cosa.

3.º Por último, es estéticamente universal; su gusto no lo circunscribe a ninguna manía de "ambiente local", de "sabor nacional", y, por lo mismo, no adolece del nacionalismo pintoresco que sufren agudamente casi todos los pintores mejicanos y extranjeros que trabajan en Méjico. Así, su obra es sobria y amplia. Por ese camino llegará a algo trascendental. En lo que al temperamento o al carácter de su obra se refiere, debo decir que éste es particularmente fino, sensible en grado sumo. Francisco Miguel pinta y dibuja con un sentido poético.

DAVID ALFARO SIQUEIROS

COPPELIA - PERFUMERÍA Y BISUTERÍA

Manuel Valderrama - Barquillo, 12 - Teléfono 12321



EL HADA DE "WHISKY"

por HECTOR LICUDI

Para Jacinto Miquelarena

Wilson, el criado de Sir Archibald Boresmith, vicealmirante de la Escuadra inglesa, ya jubilado, era algo magnífico, superior a ningún criado de comedia wildeana, y tal vez sin antecedentes en la literatura contemporánea. Y Wilson, que tenía sus ribetes de literato, lo sabía. Por cierto que un amigo del señor, un aristócrata jerezano, le había dicho el año anterior en Londres que existía un ejemplar notabilísimo de criado en una comedia española de humor, y que se llamaba Oshidori... Y Wilson hubiera sentido viva curiosidad por conocerle, si hubiera creído que alguna vez llegaría a aprender otro idioma que el suyo. Pero Wilson, como casi todos los ingleses, lo mejor que hablaba era el inglés.

Sir Archibald se sentía verdaderamente confortable en el ambiente muelle y acogedor del gabinete de aquel castillo escocés de tía Margaret. Porque a pesar de sus sesenta y seis años, el vicealmirante tenía una tía: Lady Margaret Aubrey. Noventa años. Pero los llevaba estupendamente. Aquel castillo no era muy grande, pero conservaba todo su misterio y toda su poesía medievales. Sir Archibald había querido aprovechar la reiterada invitación de su tía de pasarse tres meses junto a ella, ya que, a excepción de una rápida visita todos los años, que no excedía de breves días, a tía Margaret apenas la veía. Y de Londres había salido el día anterior para el castillo; donde su tía, única hermana superviviente de la madre de Sir Archibald, le rodearía amorosamente de comodidades.

Ya hemos dicho que Lady Margaret se conservaba muy bien, aparte alguna excentricidad de las suyas. Por ejemplo, cada tres o cuatro días se le ocurría hacer cambiar algún cuadro de los muchos y muy valiosos que adornaban las diversas dependencias del castillo y trasladarlo a otra habitación. Al cabo del año, los cuadros de los gloriosos antepasados de los Aubrey habían recorrido todas las habitaciones y vuelto a aparecer en el mismo lugar que doce meses antes.

Sir Archibald había querido hojear unos periódicos antes de acostarse; leer sobre todo esa lista de ascensos y retiros navales que aparece con frecuencia en los diarios ingleses, y prefirió hacerlo en el gabinete, arrellanado en uno de esos butacones inolvidables que fabrican los mueblistas ingleses. Ante el vicealmirante, Wilson, a quien su señor había dicho que podía retirarse definitivamente hasta mañana, había dejado a cómoda distancia la mesita redonda, de patas cortas, que sostenía la botella chata del "whisky" del Caballo Blanco y la alegría plateada del sifón. Y cuando Wilson se retiró, ya había servido solícitamente cinco "whiskies" a su señor. Sir Archibald le despidió, diciendo:

—Está bien, Wilson. Puedes retirarte. No creo que necesite más "whisky"...

Pero esto mismo se lo había dicho el vicealmirante a Wilson todas las noches al retirarse el criado desde que entrara a su servicio en Portsmouth, hacía justamente veinticinco años. Wilson no ignoraba que nada impediría que el señor, si tenía ganas, que sí tendría, de echarse al colete otro vaso del estimulante líquido, se lo sirviera él mismo.

Cuando Wilson cruzó la espesa alfombra del gabinete para ausentarse, Sir Archibald pen-

só que su fiel criado nunca envejecía. A sus sesenta años, Wilson había decidido quedarse en los cincuenta. Y a fe que lo conseguía sin el menor esfuerzo por su parte. Era el tipo clásico, físicamente clásico, del "butler", del mayordomo inglés. Estampa magnífica de criado de cromo. Algo así como el anuncio de Kensitas. El vicealmirante hubiera dado algo por que Sir William Orpen, el pintor glorioso que años antes inmortalizara la figura de aquel "chef" de cocina, hubiera conocido a Wilson.

Se encontraba bien Sir Archibald en aquel gabinete. Lady Margaret ya hacía horas que dormía un sueño sin zozobras, un sueño sin ensueños..., precursor de aquel gran otro en que el alma bondadosa de tía Margaret, por su edad, se sumiría para siempre un día de aquellos. El vicealmirante sentíase "amado", amorosamente vigilado en aquella estancia. Y era que él, que nunca tuvo ningún gran amor ni querido plenamente a ninguna, estaba enamorado desde mozo, desde aquellos ya lejanos tiempos en que pasaba parte de sus vacaciones de cadete con tía Margaret en aquel mismo castillo, de aquella antepasada de la tía que vivía en el cuadro magnífico colgado en el testero izquierdo de este gabinete. Sir Archibald lo había visto esta mañana, y una emoción lírica, mezclada con un poco de amargura, había vuelto a cantar dentro de él. Hacía muchos años que tía Margaret le había contado que se trataba de Lady Elizabeth Glover, tía-abuela de Lady Margaret. Aquel cuadro databa de la época en que Lady Elizabeth tenía veinticinco años. Lady Elizabeth se casó con un capitán de Marina; no tuvo hijos, y murió a los setenta años.

Instintivamente, Sir Archibald suspendió el ritmo de su inspiración, que ya buscaba la ruta del ensueño, para servirse otro "whisky"—que sería definitivamente el último—, y quiso alzar los ojos hacia el cuadro de Lady Elizabeth. Por cierto que no necesitaba mirarlo, pues desde aquella mañana, y aunque siempre lo recordó amorosamente en sus horas aburridas de marino en alta mar, y hasta cuando se hallaba en su casa de Londres, por su retina se le había impreso en el cerebro hasta sus más nimios detalles. No, no se atrevía a mirar el cuadro. Temía no poder resistir la emoción. En el silencio de la estancia, bajo la melena gris del viejo marino, el ensueño desmadejaba desafortadamente todo su oro. En la cuidada diestra de Sir Archibald, el mentón, audaz, de aquel rostro pulcramente afeitado, buscaba de vez en cuando su apoyo. Una inexplicable melancolía se iba apoderando del vicealmirante, que, instintivamente, acariciaba el vaso verde-hoja y rechoncho del "whisky". E instintivamente también, lo llenó otra vez. Y también, más instintivamente todavía, fué degustando el rico líquido sorbo a sorbo, tarea que sólo suspendió para sacudir inteligentemente contra el tacón del zapato su pipa apagada.

¡Era maravillosa Lady Elizabeth!... ¡Quién la hubiera conocido!... Tal vez sólo ella hubiera sido la única mujer por la que Sir Archibald hubiera corrido desolado, de haberla conocido. Alzó lentamente los ojos, con aquella gravedad, que no era más que cortedad de genio, con que en sus años mozos de joven cadete solía ruborizarse ante una mujer guapa, y clavó el amable acero gris de su mirada sobre la espléndida figura del cuadro. ¡Maravilla de Lady Elizabeth!... Allí estaba, vestida de uniforme de capitán de guardias escocesas, con su guerrera negra y su falda a cuadros verdes y blancos, con ribetes rojos, los altos calcetines descubriendo la rodilla desnuda bajo el faldellín, sobre los zapatos de hebilla negros. El sombrero escocés, apaisado, en forma de bote hundido boca abajo, sobre la bella cabeza medusiana, inclinado a un lado y descubriendo casi toda la rubia melena de hada de ensueño. ¡Cómo parecía mirarle ahora Lady Elizabeth, con sus ojos de color de coñac, tan bella, tan rubia!... La boca, breve y franca, sonreía apaciblemente. Una sonrisa sin doblez, de colegiala inteligente. Sir Archibald suspiró, y su mano buscó, siempre instintivamente, la cabeza de gallo del sifón...

El reloj de una catedral distante dejó caer una campanada redonda, densa, que se hundió en el lago, como una moneda... Las tres y media de la madrugada. Y Wilson, que había estado escribiendo otro capítulo de la "Autobiografía de Sir Archibald Boresmith", se dispuso a acostarse. Pero antes quiso cerciorarse de si el señor había dejado sus zapatos a la puerta de su dormitorio para que se los lustraran por la mañana, cosa que el señor se olvidaba hacer con frecuencia. Y salió al pasillo. Pero había luz en el gabinete. Decidió llamar.

—¡Entren!—carraspeó el vicealmirante.

—¿Llamaba el señor?... Es curioso; pero en mitad del sueño he creído percibir un timbre...

—Pues no, mi buen Wilson. Por cierto que ya iba a acostarme. Acompañame a mi habitación, y tú mismo puedes dejar mis zapatos a la puerta.

Wilson ayudó a su señor a incorporarse, mientras advertía el descenso que había experimentado el contenido de la botella. Pero Sir Archibald se hallaba de buen humor, y esto era lo principal. Es más: el vicealmirante se mostraba de lo más comunicativo.

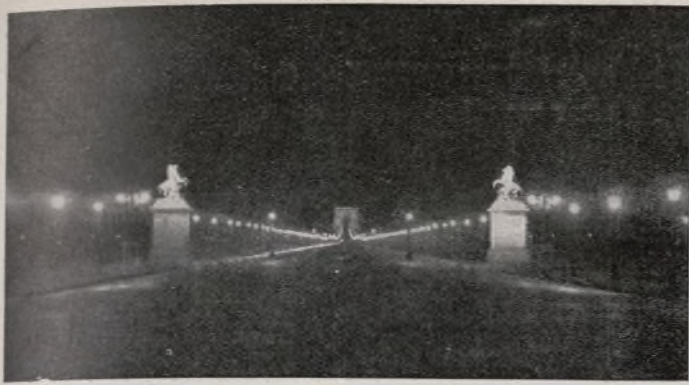
—¿Te has fijado alguna vez en esa muchacha del cuadro?—preguntóle Sir Archibald—. ¿Has visto en tu vida belleza más rara, personalidad femenina más atrayente?... Una antepasada de Lady Margaret. Realmente, para buscar la verdadera belleza hay que venir a Escocia. En Londres no se cría nada de esto. ¿No lo crees tú así?...

Desde luego, Wilson lo creía así. Y logró encontrar frases inéditas de admiración, que complacieron vivamente a su viejo señor. Luego añadió:

—Veo que el señor no pierde nunca ese buen gusto que siempre ha demostrado.

Y Sir Archibald se colgó de su brazo, y minutos después, su criado le dejaba convenientemente arropado en el mullido lecho antiguo, grande y alto, de su habitación. Wilson se dirigió entonces a su propio dormitorio, cruzando antes por el gabinete para apagar las luces y preguntarse cómo era posible que Sir Archibald hubiera tomado por el cuadro de Lady Elizabeth a aquel otro, que era el que realmente pendía en la estancia, y que representaba a un apuesto montero de uniforme, sentado ante una mesa en alguna hostería de tiempos pretéritos.

Porque el cuadro de Lady Elizabeth, si bien había estado por la mañana en el gabinete, Lady Margaret lo había hecho trasladar, aquella misma tarde precisamente, a la habitación de Wilson...



CRONICAS DE PARIS

SENSACIONES DEL PARIS NOCTURNO

Por EDUARDO AVILES RAMIREZ

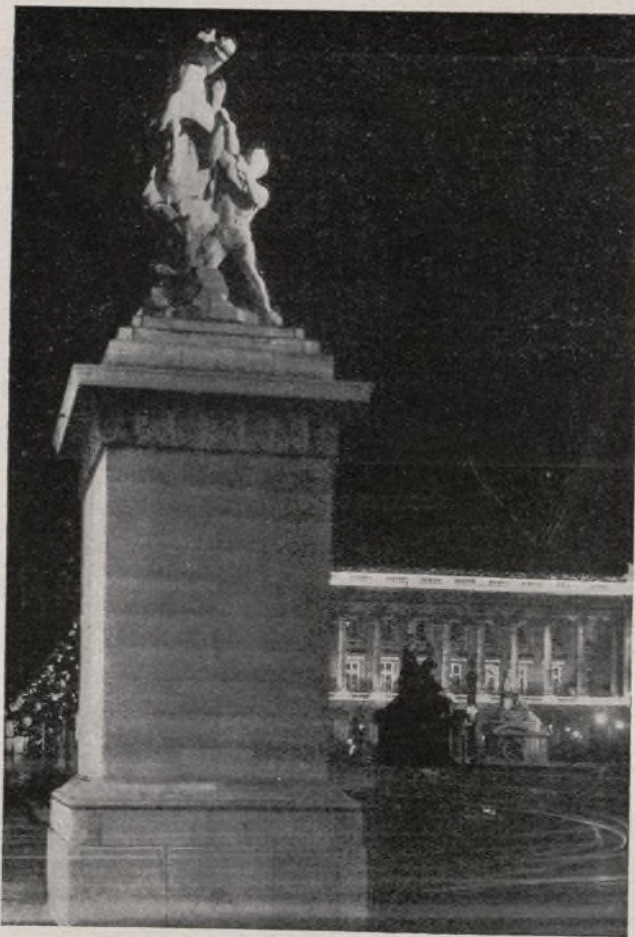
En la próxima Exposición Internacional de París veremos, según nos dicen los ingenieros, según están ya preparando los arquitectos, una ciudad de cristal sobre el Sena. Porque debéis saber que el Sena será la espina dorsal de la futura Exposición: las sesenta hectáreas acordadas por el Municipio pasan por la Explanada de los Inválidos, por "Cours-la-Reine", por frente al "Grand" y "Petit Palais"; seguirán sobre todos los "quais" del Sena, remontando su curso, y llegarán... hasta "Issy-les-Moulineaux", si es posible. ¡Hectáreas elásticas!

Pero volvamos a la ciudad de cristal, que parecerá más salida de las manos de un poeta que de un ingeniero. Porque entra en ese proyecto algo feérico. Por la noche, bajo el influjo cálido de junio, bajo la cascada de las luces eléctricas que cromatizan la atmósfera, esta minúscula pero completa ciudad de cristal, nacida sobre el labio frío del río, aparecerá a los ojos de los felices mortales que vengan a la Exposición, como un ensueño materializado. El Sena se presta a la experiencia. El Sena es un río equilibrado en sus medidas. Los chorros de agua policromada a que puede dar nacimiento no se contarían con los dedos de la mano de un regimiento.

Estos palacios de cristal, bañados de luz, saliendo de entre una apoteosis, de auroras artificiales, como para ofrecerse a las reinas de cuentos de hadas, serán una incompa-

rable visión de belleza. La navegación, en góndolas, alrededor de ellos, será un encanto más. Estas góndolas podrán ir hasta la isla de los Cisnes, cerca de Grenelle, y hasta Issy-les-Moulineaux, por el otro lado. Las noches parecerán como cinceladas en el mármol invisible de un sueño.

De esa ciudad de cristal "me acordaba" anoche, haciendo el trayecto de Montmartre a Montparnasse (no es alusión a Francis Carco). Venía yo a pie, lentamente, como si por primera vez estuviera descubriendo la geografía parisense. Era un poco a la manera del hombre enamorado que redescubre una noche, en su querida, que efectivamente la línea del hombro es pura y la línea del seno es musi-



cal. Me permití torcer el camino recto, es decir, llegar dando rodeos voluptuosos, casi sensuales, hasta mi residencia de Montparnasse. Me asomé a los Campos Elíseos, que habían perdido su sensación humana y parecían una fantasía de Aladino. Los caballos de Coustou, a la entrada, recibían un chorro de electricidad fosforescente, que los esculpía en el fondo de la noche, sobre un cielo de terciopelo transparente. Y el obelisco de Tebas, el obelisco que inauguró a la puerta de su templo, hace justamente la friolera escalofriante de tres mil ciento ochenta y cinco años, el gran Sesostris, un día de sol egipcio, a orillas del Nilo, parecía esta



noche como un vaso de Lalique, todo labrado en cristal, no lejos del Sena helado.

Petulante, estilizada, ribeteada de culebrinas de fuego, la torre se destacaba en el cielo como si careciera de peso, como si estuviese construida en alambre incandescente. Y la disciplina de las luces de París se rompía sólo en el Pont-Neuf, que era como un remolino de ascuas vivas. Montado en su caballo de bronce, el Cuarto Enrique recibía, de un lado, los reflejos que le venían de la orgullosa *rive droite*; del otro lado, las luces que le enviaba la *rive gauche*, luces intelectuales por excelencia. El, que tanto amó a París, por el que oyó tantas misas después de su claudicación de hugonote, parecía embriagarse materialmente con la cabriola indisciplinada de las luces que lo rodeaban. Su caballo caracoleaba a orillas de un mar encrespado de reflejos.

Si París bien vale una misa, el París nocturno, os lo aseguro, bien vale un largo paseo a pie, sibarítico y solitario. El carácter humano de París desaparece y es reemplazado por un carácter artificial y cristalino. La piedra ya no pesa y se vuelve transparente. Las aristas resplandecen como estalactitas. El agua de las fuentes es cristal en ebullición. Una ciudad aladinesca, en suma. Una ciudad como la ciudad de cristal que veremos sobre el Sena durante la próxima Exposición. Una ciudad de Lalique, a la puerta de la cual debiera ponerse un cartelito, también de cristal iluminado, que rezara: "Prohibida la entrada a los elefantes"...



¿Qué habría hecho usted en esta situación?

Hace algún tiempo, una inundación arrasó las islas Filipinas. Sorprendido por las olas, un indígena se refugió en la copa de un árbol, con su madre, su mujer y sus tres hijos.

Pero las olas arrancaron de cuajo el árbol y lo arrastraron hacia el océano.

El pobre filipino vió un terrible problema plantearse ante él: sabía nadar, y, haciendo un esfuerzo, podía salvar a uno de los miembros de su familia. Pero ¿a cuál? ¿A su madre? ¿A su mujer? ¿A sus hijos? Y en este último caso, ¿a cuál de los niños?

El desdichado salvó a su mujer.

La decisión tomada parece la buena.

Ya su madre había cumplido la mayor parte de su vida.

Salvar a un hijo habría sido demasiado injusto para con los otros pequeños.

El instinto de la raza dictó al hombre la buena decisión. El y su mujer podrían tener otros hijos.

Pero quedaba todavía otra alternativa: haberse dejado ahogar con todos los suyos.

¿Qué habría hecho usted en su lugar?

Everybody's, Londres.

Sortilegios femeninos prohibidos

En el año de gracia de 1700, el Parlamento inglés votó la siguiente ley:

"Toda mujer, cualquiera que sea su edad, su rango o su profesión, ya sea virgen, casada o viuda, no podrá, luego de entrar en vigor la presente ley, seducir a uno de los súbditos de Su Majestad, ni casarse con él si ha recurrido a perfumes, a afeites, a cosméticos, a dientes postizos, a pelucas, a la crin, a *corsets*, a crinolinas, a tacones

altos y a caderas postizas, bajo pena de nulidad del matrimonio y persecución por hechicería."

Evening Standard, Londres.

Esquíes de metal

En Suecia, la patria de los esquíes, se efectúan actualmente interesantes experiencias para reemplazar los seculares esquíes de madera por otros de metal.

Por el momento, se contentan todavía con un sistema mixto, aplicando solamente una placa metálica en la parte inferior del esquí. Las ventajas de esta innovación son: primero, una gran flexibilidad, y, luego, una mayor velocidad del esquiador.

Los entendidos aseguran que el esquí metálico está llamado a suplantarlo por completo, y dentro de algún tiempo, al esquí de madera.

Teknika i Naplo, Budapest.

Ayuntamiento de Madrid



VISTA PARCIAL DEL "HALL" CENTRAL

No es la existencia de grandes instituciones comerciales lo que da la pauta de una metrópoli de tipo europeo, sino su identificación con el vecindario. Podría ocurrir, por ejemplo, que algún millonario de Carabanchel, llevado por un exagerado amor a su terruño, tuviera la malhadada idea de fundar en ese pueblo unos almacenes como los de Eleuterio. No por eso Carabanchel saldría de su humilde condición de burgo manchego.

UN GRAN COMERCIO MADRILEÑO

Empresa de tanto aliento es, como nuestros lectores lo saben, la obra casi exclusiva de D. Eleuterio Martínez, ese verdadero "pionero" de nuestro progreso, cuya tenacidad y empuje se muestra hoy como un ejemplo a los españoles, y de quien nos hemos ocupado en nuestro primer número como uno de los casos más típicos de *self-made-man*. Hoy, felizmente, el fundador de la casa se ve asistido en su tarea por sus hijos, cada uno de los cuales es un colaborador efi-



UN ANGULO DE LA SECCION DE ALFOMBRAS



SECCION DE ROPA BLANCA

Esa identificación del vecindario con sus instituciones es siempre reveladora de la potencialidad económica de una ciudad. Sólo una gran ciudad puede mostrar con orgullo comercios de la importancia y calidad de los Almacenes Eleuterio, en donde han sido tomadas las fotografías que ilustran esta página. Ellas muestran mejor que nada la poderosa vitalidad de esta casa, que es una de las que en Madrid cuentan con el favor de gentes de toda condición y fortuna. Es así como Almacenes Eleuterio se ha visto en la necesidad de ampliar casi a diario sus instalaciones y diseminarlas en siete plantas distintas en su casa central, para dar un juego libre a su intenso movimiento comercial.

cacísimo en la obra paterna, habiéndose distribuido el trabajo, de acuerdo con sus condiciones naturales.

Los grabados de esta página muestran diferentes dependencias de los Almacenes Eleuterio: una vitrina central del vestíbulo principal, un ángulo de la sección de alfombras, un detalle del rellano de la gran escalinata central, una vista parcial del gran "hall" de ventas de la planta baja, uno de los mostradores de la sección de ropa blanca y una modelo exhibiendo un traje de noche en lo alto de una escalera.



DETALLE DE UNA DE LAS MESETAS DE ESCALERA



MODELO DE TRAJE DE NOCHE



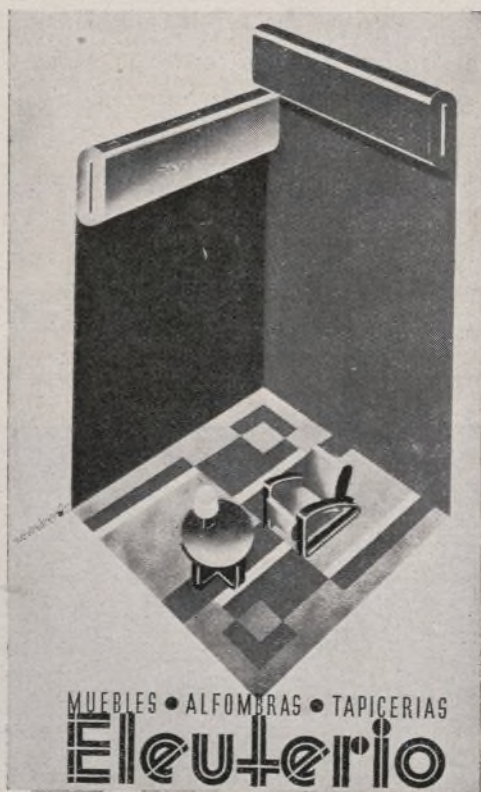
VITRINA CENTRAL DEL VESTIBULO DE ALMACENES ELEUTERIO



Peinado ejecutado por el Sr. Molina, que obtuvo el primer premio en el Concurso Nacional de Permanente y al Agua.

PELUQUERIA DE SEÑORAS
MOLINA

Rosalía de Castro, 40. Teléfono 20972



FUENCARRAL, 14
APARTADO 12318

Almacén de Papel y Objetos de escritorio

GARRANZINZAS



Proveedor del Ayuntamiento de Madrid
Concepción Jerónima, 31 :: Teléfono 71612.-Madrid

Ayuntamiento de Madrid



D. Juan Francisco de Cárdenas, Embajador de España en Washington

Cultura y Lengua Hispánica

Para realizar la obra que los españoles llevaron a cabo en América hacía falta que se reunieran en ellos tal número de cualidades y de aptitudes, que sólo una larga historia y una profunda cultura original podían haber creado. Y si España tuvo la tradición histórica que llegó a formar el carácter nacional, tenía también por eso mismo la capacidad para crear una cultura propia, que fué la que en aquellos mismos siglos XV y XVI dirigió y dió sentido y eficacia a su acción. Si España no hubiera tenido una lengua que en 1492 posee la primera gramática; si los Reyes Católicos no hubieran creado un nuevo Estado, prototipo de todos los estados modernos; si los teólogos y juristas no hubieran desarrollado una nueva concepción del derecho; si no se hubiera hecho de la unidad religiosa—que equivalía entonces a unidad de espíritu y de cultura—la base de la unidad nacional, convirtiendo así la religión nacionalizada en fin y función del Estado; si Cisneros no hubiera hecho la reforma religiosa y no hubiera fundado la Universidad de Alcalá como centro de estudios bíblicos y humanísticos; si no se hubieran escrito los "romances" y la "Celestina"; en una palabra, si no hubiera tenido España en aquel tiempo una literatura, un arte, una filosofía, una ciencia, una teología y un derecho propios y originales, de valor universal, no hubiera sido posible que los españoles lograsen extender a las tierras por ellos descubiertas y conquistadas su manera de ser y su cultura propia con tal fuerza, perfección y vitalidad, que después de cuatrocientos años en todo lo esencial perdura y actúa como elemento permanente de unidad entre los pueblos hispanoamericanos.

El conocimiento de esta cultura, no ya por su relación primordial con América, sino por el valor humano permanente que tiene en sí misma, sería el segundo motivo para hacer impropio su estudio en las Universidades norteamericanas. No se me oculta que modernamente ha habido una tendencia a discutir o atenuar el valor de la cultura española y que esta tendencia, nacida de las competencias nacionales y de las luchas religiosas y económicas que han dividido a los pueblos en la edad moderna, sigue actuando todavía con la vitalidad negativa y pasiva que tienen todos los prejuicios. Misión necesaria y constante de las universidades y de los hombres cultos es la de deshacerlos, o por lo menos, si esto no es posible, mantener encendida enfrente de su sombra la luz de la verdad. Y la verdad es que desde los tiempos más primitivos de la Historia, cuando se hicieron las pinturas insuperables de la Cueva de Altamira, que ha sido llamada la Capilla Sixtina del arte prehistórico, hasta hoy en que España y los pueblos hispanoamericanos siguen ensayando nuevos caminos dirigidos hacia el mundo de mañana, no hay una época de la Historia en la que España no haya jugado un papel y no haya dejado su contribución a la civilización universal.

Antes de desarrollar su cultura nacional propia en las edades media y moderna, hubo en España una serie sucesiva de culturas, como la ibérica, la romana, la visigótica, la árabe, la judaica, en todas las cuales la colaboración española tuvo máxima importancia y originalidad; no se podría escribir la historia de esa variedad de culturas que suman y reúnen los momentos culminantes de Oriente y Occidente prescindiendo de su esencial capítulo español. La cultura moderna de España, a la que aludía someramente al referirme a la obra de España en América, no necesitaría ser encarecida para quien comprende lo que significan en la cultura universal los nombres de Alfonso el Sabio, Cisneros, Vives, Francisco de Vitoria, Santa Teresa, Juan de Valdés, Cervantes, Lope de Vega, Calderón, Quevedo, Góngora, El Greco, Velázquez, Goya, Galdós, Sorolla, Zuloaga, Unamuno, Picasso y Ortega y Gasset. Ni sería necesario siquiera citar al azar estos nombres, que parecen muchos y son, sin embargo, sólo una parte pequeña de los españoles que pertenecen a la historia de la cultura universal; bastaría

con citar un sólo nombre, el de Cervantes, para que nadie pudiera dudar del valor supremo de la cultura nacional que tiene al "Quijote" como su culminación.

Por todos estos motivos de alta y desinteresada cultura debe conocerse a España, y no sólo por motivos prácticos, como suele decirse. Aunque estos motivos son de una importancia incalculable y podríamos decir vital.

La extensión geográfica de la lengua española y la riqueza de productos naturales que de hecho y en potencia existe en los pueblos que la hablan hacen del conjunto de estos pueblos un factor esencial de la vida económica del mundo en el presente, que sin duda adquirirá una importancia cada vez mayor en el porvenir. Todos los países y especialmente los Estados Unidos por razones evidentes de su Historia y de su Geografía, necesitarán tener relaciones con ellos. Para poder entenderse con pueblos así, es necesario una base de conocimiento y respeto. Será imposible entender el proceso de formación y el carácter actual de los pueblos hispanoamericanos sin tener un conocimiento de la historia y la cultura españolas, de las que son continuadores, cada uno a su manera, conforme a la variedad de condiciones en que la cultura unificada de España ha tenido que desenvolverse en las diversas regiones de este Continente.

Todo esto, que digo con la necesaria brevedad, pero que contiene multitud de hechos y de consecuencias que dejo a vuestro recuerdo y meditación, significan España y su cultura para los Estados Unidos.

Mas aparte de esto, la tradición y el sentimiento aconsejan a todo norteamericano que aprenda el español, haciendo de él su segunda lengua. ¿Por qué? Oíd la voz de la Historia, que es la conciencia de los pueblos:

Porque fué la lengua que trajeron las carabelas de Colón al Nuevo Mundo en 1492.

Porque fué la lengua en que Ponce de León bautizó la Florida en 1512; la que habló Menéndez de Avilés al fundar San Agustín, y la que pasearon por las selvas de la península meridional Francisco de Garay y Pánfilo Narváez.

Porque fué la lengua en que Vasco Núñez de Balboa, cayendo de rodillas, dió gracias al Altísimo al contemplar desde una alta cima el mar del Sur, bajando cuatro días después al Golfo de San Miguel para entrar en las aguas con la espada desnuda, y al tomar posesión del Mar Pacífico, pronunciar el nombre de España como si quisiera pedir a las olas que, al romperse en la costa americana, murmuraran siempre, como un eco, el sagrado nombre de la Madre Patria.

Porque fué la lengua en que Alvarez de Pineda saludó las bocas del Mississippi en 1519; la misma que Hernando de Soto paseó por el Norte de Tejas, Georgia, Alabama, Arkansas y Louisiana, llegando a los confines de Tennessee, y que se oyó en el gran río al ser descubierto en 1541.

Porque fué la lengua en que Soto hizo testamento delante de sus capitanes y después de nombrar sucesor en el mando de su ejército a Luis de Moscoso de Alvarado, abrasado por la fiebre, se despidió de todos sus compañeros antes de morir.

Porque fué la lengua en que por primera vez se describió el río Mississippi con las siguientes palabras: "El río tenía casi media legua de ancho. Si un hombre se ponía en la orilla opuesta no podía discernirse si era o no un hombre. El río era de gran profundidad y de fuerte corriente; el agua siempre estaba lodosa, bajando por el río continuamente muchos árboles y maderos."

Presagio, tal vez, de que un día arrastraría también sus aguas una gruesa encina conteniendo los restos mortales de su descubridor, que la corriente empujaría río abajo en una cabalgata de ramajes y troncos seculares sacudida por la fuerza del torrente y acompañada con música de huracán.

Porque fué la lengua que hablaba Alvaro Cabeza de Vaca cuando, entre 1529 y 1536, atravesó más de 10.000 millas a pie para ir de la Florida al Golfo de California.

Porque fué la lengua que habló Juan Rodríguez Cabrillo cuando exploraba las costas del Pacífico; Hernando de Alarcón en el Colorado; el soldado Andrés Docampo en Kansas, y en Nuevo Méjico Antonio Espejo, Gaspar Castaño de Sosa y Juan de Oñate, el que, en 1598, fundó San Gabriel (la segunda ciudad de los Estados Unidos); en 1599 envía a Vicente Zaldívar a realizar la épica hazaña que culminó en la toma de Acoma; en 1600 explora Nebraska, y de 1604 a 1605 llega al Golfo de California.

Porque fué la lengua que hablaron en Virginia, entre 1566 y 1570, los bravos exploradores de la Bahía de Santa María, hoy Chesapeake Bay, precursores, según algunos cronistas, del descubrimiento del Potomac, al que llamaron "Espíritu Santo", ese río, que corre majestuoso lamiendo los linderos del jardín de Mount Vernon como si quisiera espejar de nuevo en sus aguas la figura del gran soldado, Padre de la Patria, y reflejar aquel Sol que tantas veces iluminara con aureola de fuego sus victorias.

Porque en palabras ásperas y bravías fué la lengua que hicieron tronar en las ciclópeas profundidades del Gran Cañón del Colorado Tovar y Cárdenas, llegando así hasta las entrañas de la tierra; la lengua que Coronado, jefe de aquella expedición, llevó también a las siete ciudades de Sibola.

Porque fué la lengua que en palabras suaves y místicas se elevó desde la sima hasta el cielo por boca de Fray Junípero Serra, en la que habló de Dios y cristianizó a los indios, dejando memoria perdurable de su obra al desembarcar en la Bahía de San Diego, que Vizcaino bautizó clavando la primera cruz y colgando una campana.

Porque esa lengua es, en fin, como dijo un apologista de la raza, "la historia entera y el alma de la estirpe hecha sonido".

(Del discurso de recepción como Doctor "honoris causa", en la Universidad de Missouri, de D. Juan Francisco de Cárdenas, Embajador de España en Washington.)

Ayuntamiento de Madrid



Srta. María Teresa Moreno



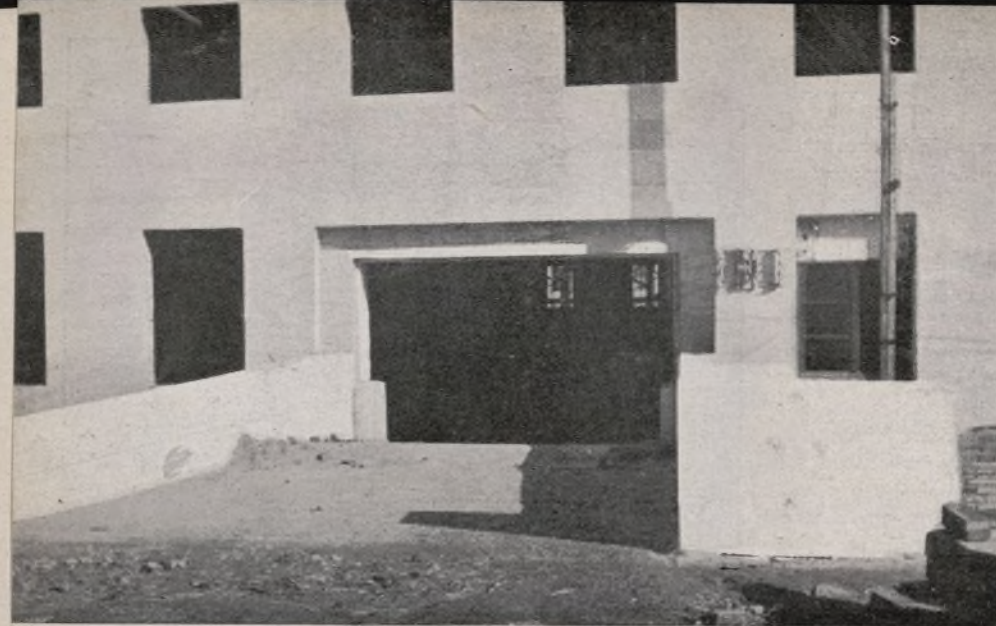
Gran
Mundo

FOTOS GOYA

ESPECIALES PARA "CIUDAD"



Srta. Pilar Aspionza



Entrada posterior a Gobernación.

(Huarte y Compañía.)



Ministerio de la Gobernación.—Entramado metálico por Torra S. A.



Detalle de la fachada posterior de Obras Públicas.

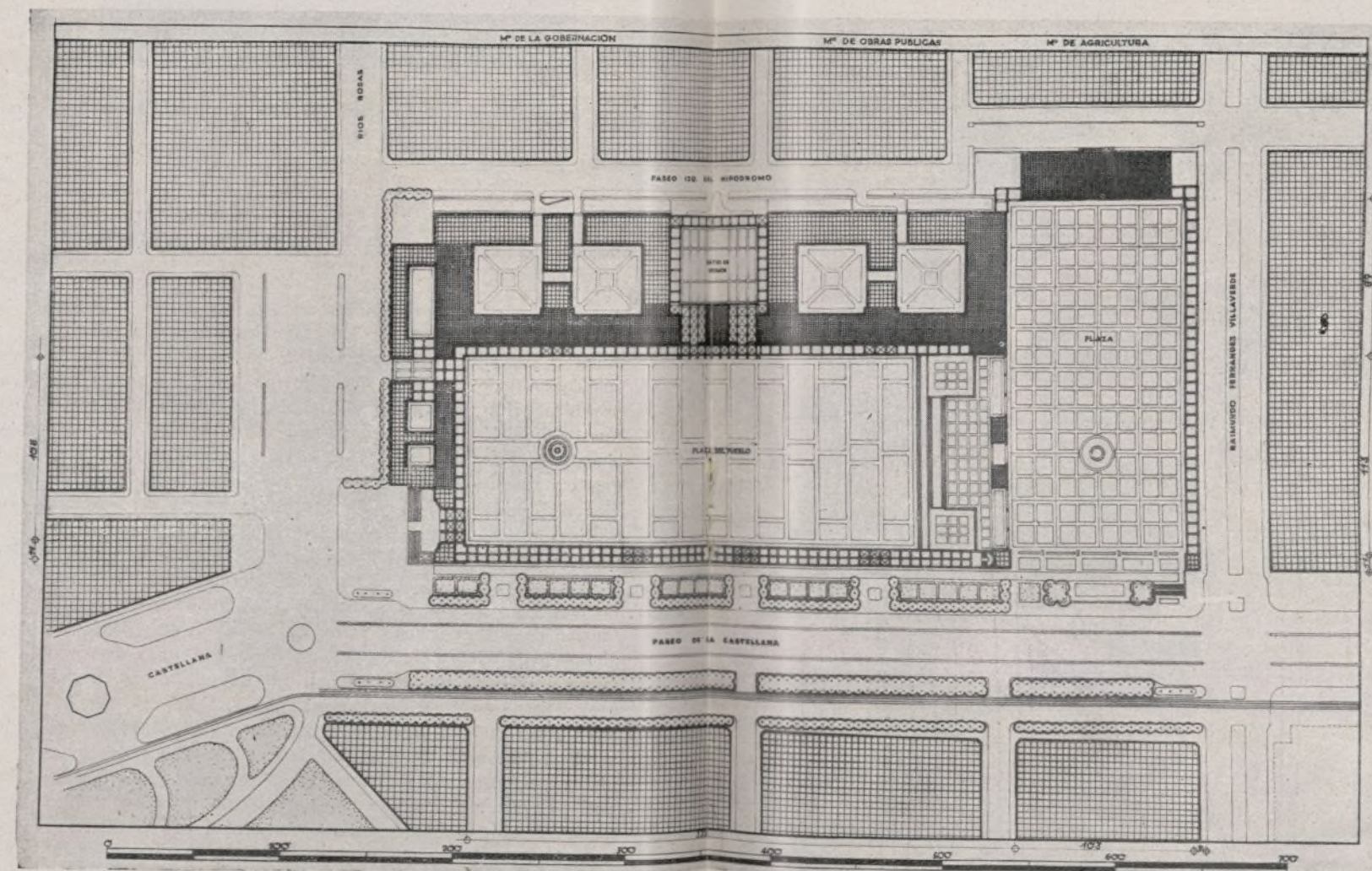
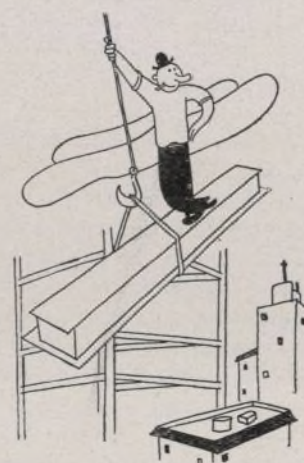
(Huarte)



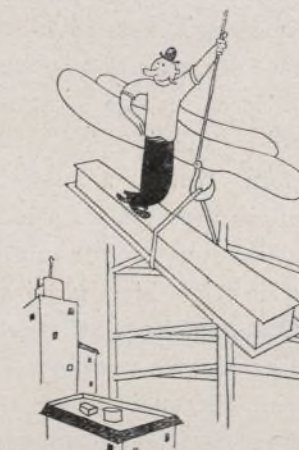
Arquería de la Castellana.
(Cantería por Torra y Passani.)



Detalle de la Arquería de los Ministerios.
(Huarte y Compañía.)



Planta de conjunto.



Paso al Patio de Honor.
(Torra y Passani.)



Arquería de la Castellana.
(Beamonte y Torra.)



Arquería de los Ministerios.
(Huarte y Compañía.)



Gobernación a través de la Arquería de la Castellana.
(Torra-Passani y Beamonte.)

HACIA EL GRAN MADRID

Ahora que en Madrid se plantean magnos problemas de urbanismo, hemos creído conveniente dedicar nuestra atención a la labor encomendada por el Gobierno de la República al arquitecto D. Secundino Zuazo Ugalde, creador del proyecto de construcción de los Ministerios en la prolongación de la Castellana.

El feliz realizador de esta obra gigantesca, cuya primera piedra colocó el Presidente de la República el 14 de abril de 1933, no ha echado en olvido que España, con su espléndido pasado artístico, debía marchar en vanguardia, sin perder sus altas cualidades raciales, plasmadas en numerosos edificios, que fueron y serán siempre la admiración del mundo entero. Zuazo Ugalde, como el famoso arquitecto berlinés Hoffmann, que convirtió la capital del Reich en un dechado de urbanización, trabaja infatigablemente por lograr para Madrid una época de esplendor, un "Renacimiento español".

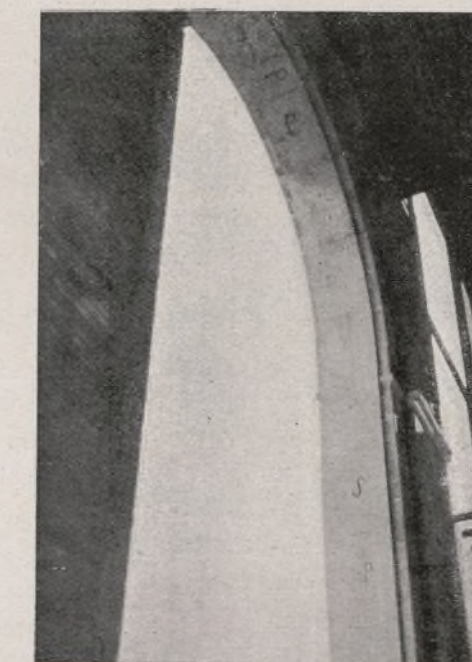
En nuestra conversación con el Sr. Zuazo Ugalde aprendemos muchas cosas. Tantas y tan sabrosas, que resultaría imposible trasladarlas al papel en una información como ésta, en la que la lente de nuestro compañero Aracil nos muestra al desnudo los hierros, y las piedras y los ladrillos...

—La obra ha sido posible—nos dice el Sr. Zuazo—gracias al esfuerzo de los hombres de la segunda República, que crearon el Gabinete de Extrarradios. De este organismo surgió, y a él se debe, la ejecución de las obras. Y si éstas no caminan todo lo de prisa que fuera de desear es por falta de consignaciones. Sin embargo, reconozco que el Estado hace todo lo que puede en el presente momento. Y he de consignar asimismo mi satisfacción personal por la colaboración que me han prestado algunos compañeros que me secundan y hacia los ayudantes de mi organización, así como a las clases trabajadoras de los distintos ramos que trabajan en las entidades constructoras: Huarte y Compañía y Ramón Beamonte, en albañilería; Torras, S. A., y la Sociedad Comercial de Hierros, en los entramados metálicos, y Piedras y Mármoles, Torra y Passani, en cantería. Todos han puesto a contribución su gran competencia y capacidad de trabajo, como lo demuestra el rendimiento obtenido en menos de dos años, y a pesar de los varios conflictos de orden social que hemos padecido desde que comenzaron las obras.

—Y, por último—termina el Sr. Zuazo—, lo espero todo del Sr. Ministro de Obras Públicas, que tan compenetrado se halla con la labor del Gabinete de Extrarradios, para arbitrar los recursos necesarios para que las obras sigan su proceso normal.

Y decimos nosotros: No se debe olvidar nunca que generaciones venideras juzgarán severamente lo que hoy se lleva a cabo en el terreno de reformas urbanas y edificios públicos. La labor de los técnicos madrileños quedará entonces en el lugar que corresponda a cada uno.

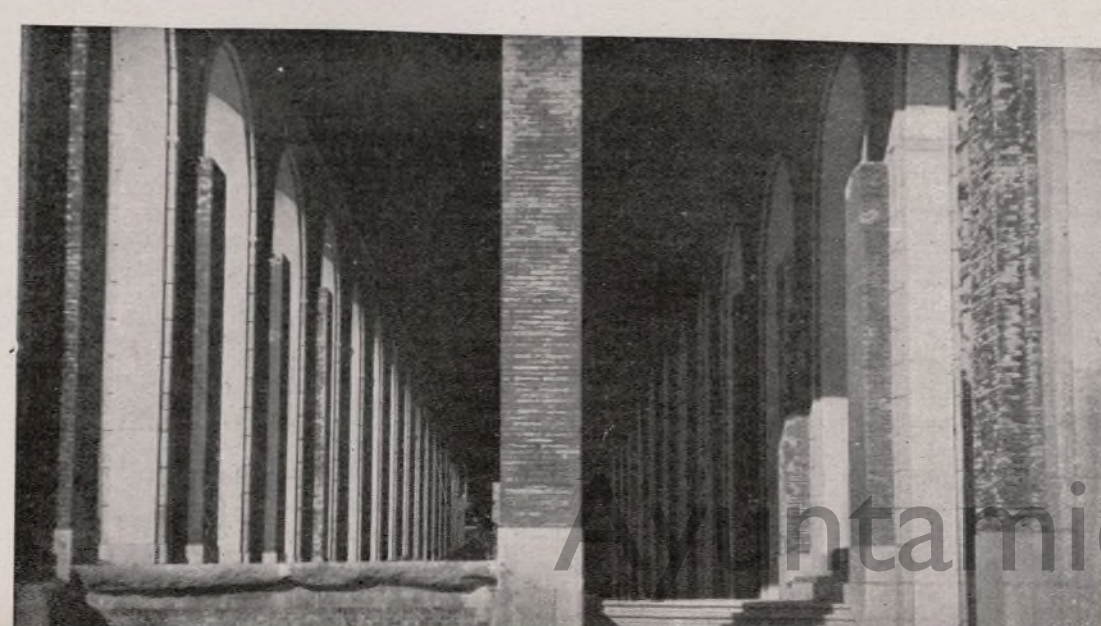
JULIO CUETO



Detalle de la Arquería de la Castellana.
(Beamonte y Passani.)



Arquería de la Plaza de la República.
(Torra y Passani.)



Arquería de la Castellana.
(Beamonte y Passani.)

Interior de la Arquería de la Castellana.
(Beamonte y Passani.)

Interior de la Arquería de la Castellana.
(Torra y Passani.)

Arquería de la Castellana.
(Torra y Passani.)



MOTIVOS DE LA CIUDAD

POR MAESE BUSCON

Vaticinemos...

EVIDENTEMENTE nos falta mucho para ser una gran ciudad. Si no fuese por la benéfica intervención de los atracadores que, de vez en cuando, nos proporcionan un matiz chicagense de vida peligrosa, esto sería una aldea soñolienta de la parda Castilla de los borricos y de las vaqueras del Marqués de Santillana. ¡En cambio ese París! Ya no le basta con él ser el centro de la moda, la ciudad cerebro, la "Villa Luminosa", el ombligo de la cultura occidental y la Atenas rediviva, sino que aspira a ser la Caldea contemporánea, la Eleusis renacida y la Delfos de las averiguaciones sibilinas y trascendentales. Hace un mes y pico que se inauguró el año nuevo, y todavía la Prensa parisienne sigue publicando augurios, vaticinios y profecías y echándonos horóscopos a todo pasto acerca de lo que pasará en los meses que se avecinan. Desde las pantorrillas póstumas de la



Mistinguet hasta las formas de los gorritos "cloches" que se llevarán en la próxima primavera, todo es objeto de meticulosos estudios por parte de los magos periodísticos de la gran capital de Europa. Como nosotros aspiramos a ser una revista europea, esta omisión de la Prensa madrileña nos dolía como una espina clavada en el corazón. Y yo me lancé a las columnas de los diarios en busca de uno de esos anuncios que exornan con su cultura la gran Prensa francesa, como uno de "Gringoire", que dice con meridiana claridad y bello estilo: "Prof. RAYMOND. *Medium poss. voy. 6.º sens. Rens. sur, pres. ou abs. int. situac. financ. p. les on. Rue...*" Como observará el discreto lector, la persona que logre desentrañar esta criptografía, maldita la falta que le hace ya recurrir a más sagaces videntes.

EL caso es que yo me lancé a las columnas de anuncios en busca de nuestros pitonisos y profetisas..., ¿Y qué encontré? Apenas en la columna de "Varios", de "El Liberal", una "Faustina, eminente adivina", que nada promete anunciándose con tan fáciles palabras. Nada, en resumen. ¿Dónde están los célebres astrólogos de Berlín, los nigrománticos de Nueva York y los adivinadores por la borra del café de Rio de Janeiro? (A propósito de estos últimos, cuya designa-

ción en español no conozco, propongo a mis colegas de la Academia de la Lengua que se les llame "recuelománticos".)

EN fin, que después de muchas búsquedas y sinsabores hartos, un amigo mío, sargento retirado de la Guardia civil, me llevó a casa de una cartomántica que vive en la calle del Mesón de Paredes. A ella pertenece el vaticinio que doy a continuación. Gracias a mí, la Prensa española adquiere desde ahora el matiz de europeísmo que le está haciendo mucha falta, y espero que el año venidero todas las publicaciones, sean ellas periódicas o revistas, sigan mi notable ejemplo. He aquí lo que ve Lola, "la Cachona", a través de las mugres de su baraja:

EL año que viene puede ser bueno, malo o regular, y es posible que, si no gobiernan las derechas, lo hagan las izquierdas, siempre que los centros se descentren. A orillas de agua y en un pueblo de afuera, entre tarde y noche, unas personas hacen rabias por unas prendas, lo que traerá como consecuencia que el Sr. Lerroux se disponga a envejecer unos meses más. Veo una revolución al Sudeste de Extremadura. Aquí unas espadas que hacen mucho ruido, pero, como siempre, es más el ruido que las espadas. Una fuerte depresión sobre los mares de Irlanda hacia junio, lo que, declarado, indica que D. Marcelino Domingo no estrenará nuevas obras este año. En cuanto a esta sota de oros, que es, sin duda, el Sr. Gil Robles, no acabo de ver claramente su actitud, porque las cartas que le siguen no dicen más que: "Sí", "no", "quizá", "sí", "no", "quizá"... La crisis obrera tiende a remediarse, puesto que los políticos habrán prometido, hacia el fin del año, dedicar a obras públicas unos veinte mil millones de pesetas. La cosecha de trigo, bien, gracias; pero siempre que llueva a tiempo, que haga sol con la debida oportunidad y que las heladas no vengan a "amolar" el asunto. Ahora veo un personaje de copas, que debe ser usted, por esquinas, haciendo disgustos con una "pendanga", que terminan cuando intervienen los bastos... —¡Bueno, basta, que eso corresponde a las intimidades de cada uno!...

Miss Kattle, defraudada

QUE pensaría usted, mi excelente compañero—me escribe desde Andújar la excelente corresponsala del "Presbiteriam Bulletin"—si desembarcase un día en Oslo, en Estocolmo o simplemente en Glasgow o Liverpool, o en cualesquier otro de los países clasificados en la geografía estética como rubios, y se encontrase con que las señoras, en lugar de los claros ojos celestes le miraban a usted con encendidas brasas agarenas, y que en vez del fulgente rubio platinado o del rubio tostado de espiga, aureolaba su lechosa tez un nimbo de obscura cabellera endrina, según el acreditado tropo? Pues se pondría usted furioso y reclamaría inmediatamente ante la Agencia de viajes o ante la autoridad competente. Porque uno va a Túnez a ver moras, a Nápoles a ver el Vesubio y oír las "canzonettas" de Piedigrotta, y a Londres a comer rosbif y a sahumarse de niebla. ¿A quién se le ocurriría ir a Túnez a pedir rosbif y niebla y a esperar la erupción del Vesubio en Bond Street, pongo por caso?"

PUES aquí me tiene usted paseando por Andalucía y, a los efectos de la estética humana, como si no hubiese salido del Condado de Woncester. ¿Qué manía es ésta de las españolas de pintar sus pelos de ese tremendo color bronce de cama? ¿Por qué esas cabezas, que parecen remates de pasamanos, después de haber sido pulidos el sábado a la mañana por la portera respectiva? ¿Qué ridiculez es esa de desnaturalizar una

de las características raciales más elogiadas y propagadas por la propia y foránea literatura? Y el colmo de mi indignación subió de punto la otra noche en un café de Jaén, cuando escuché de labios de una de esas cancionistas "a gran voz" que afirmaba, con una terquedad totalmente impropia:

*Nieta soy de aquellos moros
que vivieron en la Alhambra...*

DE dónde habrá sacado que los moros de la Alhambra tenían el mal gusto de pintarse con ese rubio de droguería, que es una de las cosas más desagradables que el visitante extranjero puede echarse a la cara en esta España arbitraria y enemiga de sí misma?"

Y yo, a mi vez, pregunto: "¿Cuál de mis asiduos lectores osará afirmar que Miss Kattle no tiene razón?"



En serio

MAESE Buscón vivió muchos años en el extranjero. Y vivió en países de juventud histórica, donde los símbolos nacionales no han tenido tiempo de cubrirse con ese ilustre polvo de oro de la gloria que sólo los siglos sedimentan sobre la superficie histórica. Y, sin embargo, el paso de la bandera nacional, por ejemplo, es siempre un espectáculo de honda emoción ciudadana, acogido con manifestación de bien ostensible respeto.

MAESE Buscón ha visto pasar la bandera de la Nación española, el otro día, por una de las principales arterias de la capital de la República. Del núcleo de personas que estábamos en una esquina se han descubierto al paso de la bandera Maese Buscón y otro señor, que, por cierto, era un alemán. El resto de los ciudadanos, unos cincuenta, se quedó con las manos en el bolsillo y, por lo tanto, con el sombrero en la cabeza. Y Maese Buscón, que se ha descubierto siempre ante la bandera de los países donde vivió, sintió en el suyo durante esta breve escena, un poco de tristeza y un bastante de asco. ¿Sería mucho pedir, un poco de respeto por parte de los ciudadanos de la capital de la nación, para estas cosas, bastante más respetables que lo que se figuran los "demoledores" simplistas que peroran en los cafés?...

Mucho más limpios



--¡Qué limpios están ahora!
¡Parecen otros!, pensará Ud.,
después de otros ensayos,
cuando empiece a usar Dens a
diario y se mire los dientes al
espejo. Ni el más tenue velo de
grasa; ni una mancha, ni una
sombra. Con toda suavidad,
sin rayar ni atacar, deja los
dientes mucho más limpios; pro-
tege y embellece la dentadura.

PASTA DENS

PERPUMERÍA GAL · MADRID · BUENOS AIRES

CABELLO y C.^A, S. L.

Grandes Talleres de Cantería y Marmolería

(ANTIGUOS TALLERES
DE ERROZ Y SAN MARTÍN)

Donde se ha construido toda
la cantería
y marmolería del Banco de España

Toledo, 152 y 154 • Teléfono 73650

Apartadero de F. C. (Depósitos comerciales)



Roberto Levillier,

contra la

"Leyenda negra"

Por

F. MIRANDA - NIETO



Las conferencias del ilustre historiador y diplomático argentino D. Roberto Levillier han tenido la virtud de remozar el tema de las relaciones espirituales entre España y América. A los comentarios justamente elogiosos que la Prensa madrileña dedica al gran hispanófilo, y a los aplausos que sus disertaciones, elegantes de forma y nobilísimas de intención, han merecido de sus numerosos oyentes, queremos agregar esta glosa, nacida al calor de su obra y en el ambiente que las interpretaciones dadas a su obra han creado estos días en Madrid.

El tema del hispanoamericanismo yacía arrinconado en el desván de los tópicos inservibles. Fuerza es reconocer que bien arrinconado estaba. Resobado, vacío, había venido a menos, lo mismo en España que en América. Lustros y lustros de subalterno empleo lo habían convertido, de concepto grato que era, en anti-pático vocablo inútil que la seriedad vedaba pronunciar. Ni aquí ni allí podía abordarse en serio el tema sin suscitar desconfianza o mover a mofa: que nadie creía en la sinceridad sin egoísmos ni en la cabal cordura de quien lo abordara. Y no podía ser de otra manera, porque el tema ya no andaba sino en labios de tontos y de pícaros. La gente que tenía el corazón y el cerebro en su sitio lo eludía. Prefería no tratarlo, ajustándose así a lo que la realidad aconsejaba. Aquende y allende el mar había hecho hartó daño eso del hispanoamericanismo, hasta dar al traste con todas las posibilidades de que América y España conmemoraran sinceramente el hecho histórico del nacimiento de sus vínculos. Como que con Fiestas de la Raza y otras farsas y paparruchas por el estilo se acabó por crear una mutua indiferencia entre los dos pueblos, y hasta un sentimiento de hostilidad, si bien superficial y efímero, que no siempre se pudo disimular.

En realidad, América y España vivían divorciadas. Sobre el explicable resentimiento que dejó la lucha por la independencia americana se levantó un muro de prejuicios y de juicios erróneos que ni el ariete del idioma consiguió derrumbar. A una falsa historia de los hechos pasados sucedía una falsa crónica de los acontecimientos actuales. Ni aquí ni allí se vacilaba en tergiversar la verdad, para ponerla al servicio de la política partidista o de intereses personales y de casta. Atacar a América era darle una lanzada fuerte a la democracia republicana; atacar a España era herir de mala manera al conservadurismo y la reacción. Y cuando la historia hizo de banderín de enganche, un "chauvinismo" estúpido convirtió a la historia en "historias" de la más vil urdimbre. Donde más fragorosa era la lucha por las ideas o por los intereses —casi siempre la lucha fué por intereses—, mayores eran los vituperios lanzados contra los pueblos de aquende y allende el mar. En esto se llegó, y hasta hace poco, a extremos que vale más no precisar.

¿Qué podía esperarse de una situación paradójica en la que se trataba de conciliar el declamatorio hispanoamericanismo de los Doce de Octubre con la diatriba y la burla que envolvían los comentarios de la Prensa y las opiniones de los "doctos" sobre la vida y las obras de los hombres que, hablando un mismo idioma y siendo de una misma raza, vivían en climas diferentes?...

Por otro lado, la implantación del republicanismo en América creó necesidades espirituales que no podían ser satisfechas por la España oficial. El español de allí, es decir, el nativo de genealogía hispánica, aspiraba a fortalecer una ideología que no era precisamente la de sus antepasados. Y, claro, volvía su atención y la fijaba en pueblos con vínculos que eran, además, de orden material. Y al vincularse a estos países, asimilaba cultura y maneras que iban diferenciándolo del español de la Península. Hasta que pudo decirse, y se dijo, que, hablando el español los hombres de aquende y allende el mar, *pensaban en español* los unos, pero los otros, no...

Pero no se dijo, y, sin embargo, debió decirse, que, hablando el español los hombres de aquende y allende el mar, *en español sentían* los unos y los otros...

Esta identidad de sentimientos acentuó e imprimió caracteres dramáticos a la pugna de pensamientos en que los unos y los otros se obstinaban. No se resignaban al divorcio ideológico, y en la imposibilidad de someter o someterse—; españoles al fin!—, llegaron a todos los extremos. Como que un grande y verdadero amor igual se expresa en odio y rencor, en burla y celos, que en confiado respeto y perdonadora ternura infinita.

Al margen de esta pasión de pueblos, los hombres de allá, en su afán de avanzar, buscaban asidero en la Historia. Y la Historia, al servirles, servía a España, puesto que les exigía una rectificación de conceptos y una revisión de valores que rendiría óptimos frutos en su día. A la sazón nadie quería prestar oídos a la verdad. La Leyenda Negra del pasado español se mantenía indestructible. No obstante, América cifraba en la España por venir una esperanza tan honda y tan grande como la "saudades" que España cifraba en la América del pasado. La mirada hacia el mañana de la una se encontraba a flor de pupila con la mirada de la otra hacia el ayer, y al encontrarse, se confundían y se fundían en una sola luz de amor, que no podía aún iluminar, pese a su intensidad y a su pureza, la tiniebla de la discrepancia ideológica.

Pero llegó un día en que el español de España, a la manera del hispánico "patriota" de América, levantó bandera contra la "Metrópoli" tiránica y "realista".

América sintió llegada entonces la hora de sus voces, el minuto en que su esperanza había de cristalizar en realidad. Y aceptó sin reservas todo el Pretérito común, a cambio de crear en común todo un Futuro.

Y así ahora, en que hombres de allí cruzan los mares y se adentran hasta el corazón de esta tierra para decirle—cuando más ha menester que se lo digan—que en la búsqueda de sí misma no está sola. Y entre estos hombres, un argentino, un ilustre historiador, un diplomático sutil, que, tras benedictina labor investigadora de la verdad, tras tesonera campaña proselitista por la verdad, llega a Madrid con su mensaje cordial, que todos hemos escuchado en trance de emoción esperanzada y optimista; que todos hemos agradecido en trance de reconciliación sin reservas; que todos hemos interpretado en su finalidad última, que es la de decir a los españoles que sus hermanos transatlánticos se enorgullecen del pasado común y en él se apoyan para avanzar en común hacia un futuro que sea tan glorioso como fué ese pasado.

He aquí el mensaje que nos trae Roberto Levillier, mensaje del más puro, más sincero y más eficaz hispanoamericanismo. Nunca fuera más oportuno, nunca viniera más a tiempo, ni más a tono, ni más acentuadamente fatal: como que, en escuchándolo, escucha uno la voz del Destino, cuyos altos designios son siempre para mejor.

Ayuntamiento de Madrid

E S P E C I A L P A R A " C I U D A D "



Daniel Vázquez Díaz, el ilustre pintor español, creador de una escuela y conductor de una generación de jóvenes pintores españoles, comienza su colaboración en **CIUDAD** con una serie de dibujos originales e inéditos, producto insigne de su último viaje por los pueblos de España, cuyo nombre ha quedado insertado para siempre en la Historia como cuna que han sido de episodios del descubrimiento y colonización de América.

Desfilarán por estas páginas, además de Trujillo, patria de Pizarro, con que esta sección comienza, Palos de Moguer, Huelva, La Rábida, Moguer, Triana, Sevilla, Lepe, Medellín, Niebla, Badajoz, etc.

Como glosa literaria de estos dibujos iremos publicando a su pie las páginas que Víctor de la Serna ha escrito como prólogo a la monografía sobre "Los frescos de Vázquez Díaz en el Monasterio de la Rábida".

La pintura recobra su naturaleza primaria cuando ejerce íntegramente su función social. La función para la que fue creada. Se ha dicho, a veces, que esta función se superpone a una misión religiosa. Tal vez; pero esto ocurre no siempre. Porque solamente cuando el sentido religioso lleva implícito un sentido social, la pintura adquiere todo su volumen. Y esto ocurre desde el plafón de Altamira hasta los paneles del Chrysler Building o de las casas comunales de Moscú.

La pintura cristiana mural posee este sentido social, porque está concebida no sólo para el honor de la divinidad o de la santidad, sino para un fin proselitista. Por esta razón abundan en los muros de las iglesias italianas asuntos bíblicos, vidas de santos o la pasión de Jesús. Son pinturas ejemplaristas, para inducir a la Humanidad a abrazar una conducta moral y a crear una sociedad determinada. Tal vez por esto, la pintura al fresco, hecha con una técnica que tiende a la perpetuación de la obra, es más perfecta que la pintura de caballete.

La aventura de Cristóbal Colón, que llevaba en sí una intención social y una intención religiosa, había quedado sin una realización artística. Era una constante tentación para los pintores, y solamente uno, Daniel Vázquez Díaz, se ha atrevido, al cabo de cuatro siglos y medio, a encararse con un episodio que había quedado en blanco para el arte.

DIBUJO DE VAZQUEZ DIAZ

ESPECIAL PARA "CIUDAD"

Con un sentido severo de su propia intención, Daniel Vázquez Díaz eligió la técnica del fresco.

Insigne oficio el del pintor al fresco: requiere todos esos inefables ritos de la artesanía: el andamio, la llana, el mortero, la mano ungida por entrañas minerales de la tierra, por pétreos jugos de cal y arena, por esencias vegetales para el color. Para tener un buen rojo, hay que buscar por las selvas un animalito chiquitín y pincharle el corazón. Cochinillas y púrpuras a bordo de naves aventureras o a lomos de corceles peludos por las rutas de Marco Polo sirvieron para macerar colores en los morteros de Giotto. Hay en el oficio de pintor al fresco una alquimia no aprendida: porque se tienen que manejar cosas tan sutiles e indomables como un rayo de sol, un viento, agua y tierra. No hay química posible contra ese problema que plantea la superficie lisa y húmeda. Cada pincelada es una sorpresa. El pintor tiene que velar las bodas del color y de la cal, correr a la hora del alba para ver el tornasol de su obra. Tal vez ha madrugado el sol antes que el artista y se ha sorbido golosamente el color, lo ha raptado o lo ha transformado.

Poned todas estas dificultades en la Rábida, donde juegan los vientos y el sol con una libertad cimarrona, con una crudeza primitiva. Cada aura del mar llega sedienta y se lanza sobre un azul lavanda. Cada soplo salino corre a cristalizar en millares de prismas microscópicos sobre un verde, y lo torna gris.

Daniel Vázquez Díaz ha dominado este juego de la Naturaleza contra la obra humana, y ha sometido al viento, y al sol, y a la marisma dentro de los paneles de la Rábida que van aquí reproducidos.

La figura central, el eje de esta obra insigne de la pintura española, es el navegante Cristóbal Colón, hijo de Génova la universal. Presenta Vázquez Díaz al navegante mostrando su propio destino en la mano abierta. No se sabrá decir si esta actitud es intencionada o si obedece a una norma puramente geométrica. El resultado es éste: en las

rayas de la mano muestra el genovés su destino inmortal.

El tema de la mano abierta se repite en toda la obra: así en el fresco de *Las naves*, donde frailes y marineros extienden el signo eterno de dominio de la Humanidad. Porque el hombre, también desde la espelunca primitiva, emplea este signo para expresar su dominio sobre la Naturaleza. Las primeras grafías del hombre sobre una roca desnuda fueron las de su propia mano abierta. El libre juego dominador de la mano es patrimonio exclusivo del hombre. Los monos más perfectos no pueden oponer un dedo a los otros cuatro restantes.

Toda la obra de Vázquez Díaz que se despliega a las dos alas de la figura central tiene un ritmo geométrico. Remos, gavias y brazos juegan sus diagonales y sus rombos con un sentido perfecto de la decoración mural. Las actitudes hieráticas de las frailes y de los Pinzones en el panel de *La conferencia* se van desarrollando en un movimiento en crecimiento que culmina en el panel de *Las naves*. Aquí adquiere su mayor dinamismo el conjunto, en un *tempo* de marcha. Pero no de una marcha militar apresurada y guerrera, sino de una marcha azotada de un designio histórico y social, misterioso en el momento de la partida.

¡Aquella marcha, Señor! Aquella marcha hacia la tumba del Sol...

Sólo habíamos de conocer su grandeza en la hora del regreso. Cuando sentado el español en una sombra azul de su cortijo, juega con su varita en la arena...

¿Qué hace ese hombre con el tirso y qué escribe sobre la arena? ¡Ah, las palabras eternamente inéditas! El secreto del cristianismo está en aquellas palabras que Jesús escribía en una playa cuando se alejaban los acusadores de la mujer que había amado mucho. El secreto de España está todavía en esos signos que el españolito escribe mientras apunta un fandango, con su varita de fresno, trenzando fantasías en un rayo de sol.

Mientras tanto, a cada vuelta del mundo, el mismo sol tropieza cien veces con romance castellano. Porque un día, de Palos de Moguer, marismas del Tinto, salieron unos hombres con las manos abiertas.

Exactamente con la mano abierta, como Daniel Vázquez Díaz, *cives onubensis*, había de representarlos cuatro siglos y medio más tarde en la mejor realización pictórica mural de nuestros tiempos en España.



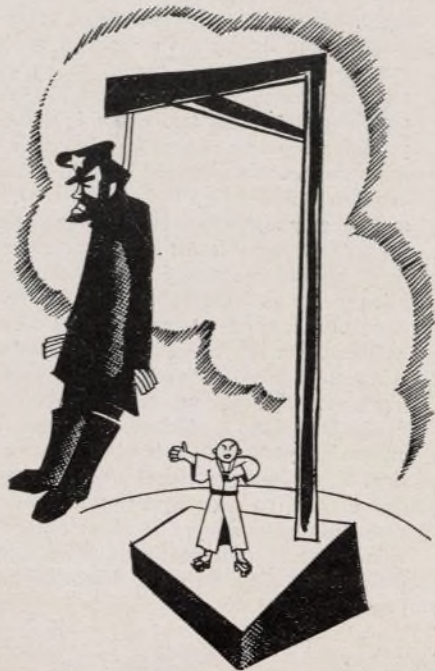
¿Cómo se entenderá China con el Japón si no se entienden entre ellos? Esta foto muestra un fusilamiento, el deporte más popular de China.

La semana pasada se puso nuevamente de actualidad el tema del Extremo Oriente. Conflictos habidos entre chinos y japoneses en las fronteras de Chahar corrieron por los cables telegráficos a las redacciones de los periódicos de todo el mundo para denunciar una vez más al imperialismo japonés, advertir las posibilidades de una nueva guerra rusionipona y comentar las asechanzas del peligro amarillo.

Lo de Chahar carece de importancia. El Japón prosigue la obra emprendida, es decir, construir con Mandchouko y Mongolia un dique a la expansión soviética, como treinta años atrás levantaron, con los sacrificios de una guerra, una muralla contra la cual se estrelló el imperialismo zarista, que, habiendo absorbido la Mongolia, Mandchuria y Corea, amenazaba a China Norte e indirectamente al Japón.

Cuando los militares japoneses se propusieron crear el Estado de Manchouko como una avanzada de su próxima guerra con los Soviets, incluyeron en el plan a las dos Mongolias, bases de operación indispensables para la táctica nipona de cortar los envíos rusos a la altura del lago Baikal, a la par que extender un cerco protector de China contra las infiltraciones comunistas. Aun cuando la Prensa de todo el mundo pretendió desconocer que la declaración japonesa hablaba a la par de Mandchuria y Mongolia, los nipones oficializaron en textos, planos del nuevo Estado, libros, folletos y declaraciones ministeriales, los libres derechos de ambas regiones al norte de China. Imposibilitados materialmente de realizar su ofensiva hacia la Gran Muralla para la limpieza del Jehol, y hacia Chahar, para la anexión, por las armas, de Mongolia, dieron al tiempo la ocasión de ambos avances. Un año atrás operaron en el Jehol, quedando en posesión casi directa de Shanhaikuan, llave para el dominio de las fronteras de China Norte. Hoy actúan sobre Chahar, llevando hacia el Oeste la acción de su ejército, para establecer las líneas de vanguardia de su necesidad vital: la guerra con Rusia.

Cuando en Mandchuria tronaban los cañones, entrevisté en Tokio al entonces ministro de Guerra, general Araki, dictador en tinieblas del Imperio. En sus declaraciones fué explícito:



EL OJO VIAJERO

Problemas del Extremo Oriente

El absurdo temor del peligro amarillo

Por RAMON MUÑIZ LAVALLE

FOTOS Y DIBUJOS DEL AUTOR

"El Japón no permitirá amenazas rusas."

Y fué al salir del Ministerio cuando un coronel del Estado Mayor me dijera en tono tan presuntuoso como enérgico:

"Hoy, Mandchuria...; mañana, Moscú."

Los japoneses quieren la guerra contra la Rusia soviética, y dicen, con mucha razón, que, ya sean los rusos comunistas o zaristas, su deseo oculto es dominar el sur de la Siberia, y, por la conquista de Mandchuria y Mongolia, proponerse el gran sueño de toda la vida: la dominación de China.

Pero antes que esto ocurra, el Japón expondrá hasta el último de sus habitantes para impedir la expansión rusa.

Comentando las últimas incidencias, un periódico madrileño de corta edad, tan bien presentado como, desgraciadamente, poco leído, publicó un artículo titulado "Las tres murallas de la China". Luego de comentarios diversos, no siempre muy al tanto del problema, anota la siguiente consideración:

"¿Quién sabe lo que los japoneses son capaces de ha-



China, Mandchou Kuo, Japón, Filipinas, Malaya... Ninguna concomitancia una a estas razas del Extremo Oriente.

cer! Si logran conquistar, someter y dirigir a los chinos, sin dejarse absorber por ellos, tiempo vendrá en que millones de amarillos, bien armados y disciplinados, avanzarán como langostas hacia Occidente. ¿Quién sabe! El peligro amarillo está siendo denunciado con insistencia por grandes estadistas. Una China japonesa lo agravaría con exceso."

¿Una China japonesa?... A quienes hayan vivido en el Asia Oriental, tal suposición les hará gracia, ya que no se pueden encontrar por el mundo dos pueblos que se repelan más que el chino y el japonés. Razas antagónicas en todo, su odio ancestral no podrá llevarlos nunca a una concomitancia duradera. Sus plazos de tregua a sus combinaciones son meros juegos políticos para evitar el gran peligro de ambos: los imperialismos occidentales.

Pero es absolutamente imposible el pensar que un día pudieran combinarse esas dos fuerzas asiáticas para emprender el absurdo temor del Káiser: el peligro amarillo.

Porque el peligro amarillo, aun suponiendo el imposible de ver alguna vez a chinos y japoneses tomados del brazo, debe atravesar ese océano humano del Asia Central, donde en conjunto viven algunos millones más que los indicados como invasores.

Y si se me dice que las razas malayas e indias carecen de impulso guerrero y han degenerado por efectos religiosos y éticos a un estado contemplativo que les impediría rechazar la invasión de los asiáticos orientales, cabe agregar que el pueblo chino, salvo pequeñas minorías étnicas, nunca ha poseído espíritu conquistador. Siempre fué China, y aún lo es, un pueblo esclavo; ahora sí, raza de medula tan estupenda, que supo, con el poder de su impasibilidad y resistencia, absorberse y convertir en chinas a las grandes invasiones nórdicas.

El peligro amarillo es un juguete para los cerebros alu-



El templo de "Ayer-Itam", en la isla de Penang, que congrega a los budistas de todo Oriente.

cinados. Mussolini es hoy día un entusiasta apologista del mismo. Pero la única virtud que mueve al político italiano en su *manchietta* de política internacional es la competencia del tejido japonés a las hilaturas peninsulares.

Spengler, en su última obra, *Años decisivos*, manipula nuevamente sus reflexiones sobre las razas de color, para ofrecernos, con la gallardía de su estilo y la profundidad de su talento, el desolador espectáculo del advenimiento de ellas al dominio universal. Pero el germano, bien *junker*, afirmado en una vanidad nacional de potencia intermedia entre Asia y Occidente, pretende conclusiones que no son más que esbozos teóricos sobre el activo y pasivo del Oriente.

Se olvida Splenger que Asia no tiene unidad espiritual. Pasa por alto, desde su retiro alemán, la mortal enemistad de las religiones orientales y, más aún, desconoce o pasa por desconocer la falta de conexión entre una misma religión practicada en diferentes pueblos.

Porque entre budistas chinos, japoneses, indochinos, siameses y birmanos, no hay nada común, a no ser las peregrinaciones en minoría al templo de Ayer Itam, en la isla de Penang. Que las sectas budistas de la propia China se dividen por millares. Que en el Japón hay fracciones budistas, como la de Nichiren, de un sentido vital de la vida, que las aleja de otras de carácter pausado.

Y los musulmanes de las indias holandesas, de la península malaya, y aun los chinos, no son los musulmanes del Oriente europeo o central. Que la India se subdivide en millares de facetas de casta y religión. Que los malayos no están vinculados por ninguna corriente espiritual.

Es decir, que el plano asiático está cortado por abismos que no alcanzan a salvar los diferentes puentes del odio acendrado de cada raza al hombre blanco.

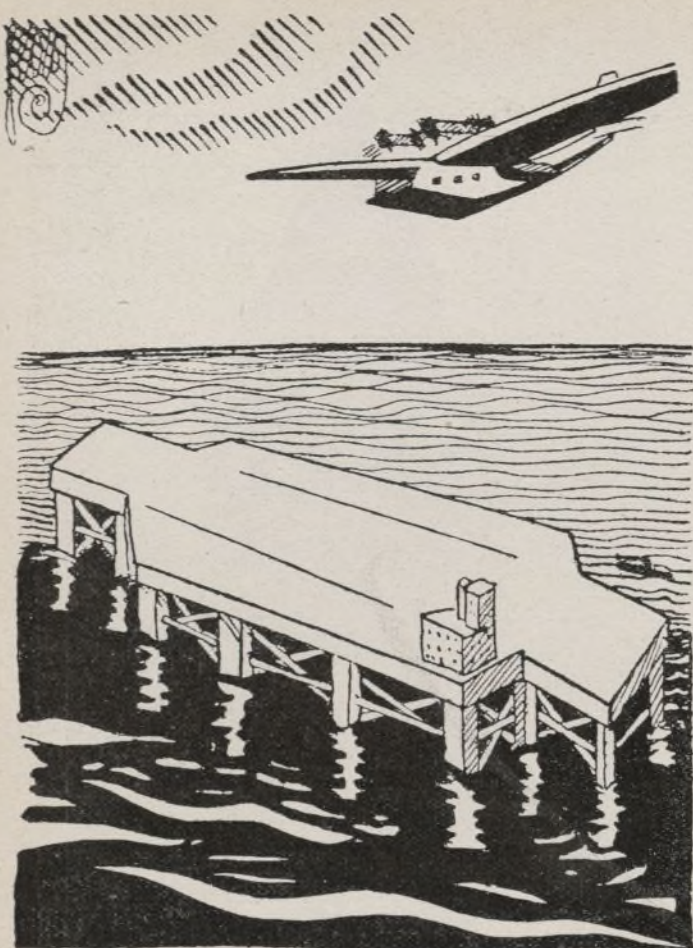
El peligro amarillo es un cuento. Una bonita narración de fantasmas o un folletín de aventuras para los niños de escuela secundaria.

Los japoneses prosiguen su acción en Chahar para afirmar su posesión de Mandchoukuo y Mongolia. Preparan, y terminarán por realizar, la guerra contra Rusia.

Pero nada de esto induce a pensar en el peligro amarillo. El Japón, aunque victorioso, está destinado a un fracaso que lo paralizará por largos años.

Porque el imperialismo japonés es otro cuento...; pero un cuento para relatar en números próximos.





LAS ISLAS FLOTANTES

Por PIERRE DEVAUX

Un gran proyecto industrial y "geográfico", un proyecto que hubiese hecho soñar a Julio Verne y que los ingenieros de hace veinte años lo hubiesen declarado absolutamente quimérico, va a ser realizado próximamente en el Atlántico. Se trata de la construcción de islas flotantes, no de simples balsas, sino de verdaderas tierras artificiales de grandes dimensiones, sostenidas muy por encima de las olas mediante un procedimiento especial y destinadas a servir de escalas regulares para los aviones transatlánticos.

Señalemos desde ahora que esta enorme empresa, que necesitará la cooperación administrativa e internacional, ha salido ya del dominio de los estudios; presidida por hombres como E. R. Armstrong y Bleriot, sostenida por potencias financieras de primer orden, tales como el Banco Dupont, la General Motors, etc.; minuciosamente estudiada desde el punto de vista técnico, esta empresa ha recibido una consagración práctica y definitiva después que los directores de las Compañías de seguros, gentes desconfiadas por naturaleza, han aceptado cubrir los riesgos de la misma.

En estos momentos, en la desembocadura del Delaware, entre el estrépito de las planchas de las quillas, los martillos hidráulicos crepitan para la construcción de una primera isla flotante, cuyo crédito es de unos veinticinco millones de francos.

Dentro de poco, en las nuevas ediciones de los atlas, aparecerán puntos multicolores sobre la mancha azul del océano:

serán las islas artificiales, agrupadas bajo el control de la Sociedad de las Naciones, que tenderán a través del Atlántico un puente aéreo pacífico, prohibido a los aviones de bombardeo.

La idea de crear nuevas tierras habitables y flotantes obsesiona desde hace mucho tiempo la imaginación de los ingenieros y... de los novelistas. Sin remontarnos a esos "utriculares" de la Galia romana que formaban vastas áreas planas y ondulantes sobre odres infladas con aire, se pueden citar no menos de tres novelas de Julio Verne basadas sobre la existencia de islas errantes.

Han sido necesarios los progresos fulminantes de la aviación intercontinental para que se hubiese podido considerar seriamente una realización práctica; y no es nada exagerado decir que mañana, gracias a las islas flotantes, la aviación transatlántica matará al paquebote.

Ventajas aplastantes del navío del aire: su rapidez, veinte horas de viaje en lugar de cinco días; la economía, puesto que el lugar ocupado por un pasajero costará cien mil francos en lugar de los cuatrocientos mil que cuesta a bordo de un paquebote; el rendimiento financiero, pues un avión de veinticinco plazas volará siempre con su pasaje completo, en tanto que un paquebote navega muchas veces con la mitad de pasajeros. La creación de las islas flotantes agregará a estas ventajas la seguridad y la regularidad.

—No olvidemos—agrega el Sr. Bleriot, quien nos ha suministrado estos datos—que a partir del mes de junio una línea de zepelines unirá en cuarenta y ocho horas la América del Norte y Europa.

En este punto es necesario convenir que los alemanes se nos han adelantado. Hace más o menos seis meses, un "cargó" de cinco mil toneladas, el "Westfalen", de ciento veinticinco metros de eslora, echaba anclas en el Atlántico tropical, al Sur de las islas de Cabo Verde. Había sido equipado por la Lufthansa y estaba provisto de una "tela flotante", que deja arrastrar en el mar con el objeto de recoger a los grandes "Dornier-Wall", de quince toneladas. El hidroavión se posa en el largo surco y, luego, con un último golpe de motor, trepa en la lona; enseguida, por medio de una grúa especial, es izado sobre el puente, en donde se lo reaprovisiona en menos de una hora. Para la partida, se lo proyecta al espacio por medio de una catapulta de diez mil caballos de fuerza.

Gracias a esa posta intermedia los dirigentes de la Lufthansa esperan establecer un servicio regular permanente de correo entre Berlín y Río de Janeiro, en tres días y en condiciones muy económicas.

Pero ¡qué pesa ese pigmeo de ciento veinticinco metros al lado de las gigantescas islas flotantes, cuyo examen haremos ahora!...

Imaginaos una inmensa plataforma, más o menos romboide, de acero, que se extiende a treinta y dos metros de altura sobre la superficie del mar: es el campo de aterrizaje, de cuatrocientos sesenta y un metros de largo por noventa y uno de ancho. Hacia un extremo estará la torre de vigilancia y la antena triangular, que sirve de "faro hertziano" a los aviones.

Bajo esta plataforma, formando un piso inferior, habrá hoteles y almacenes, una enfermería, talleres, garajes para aviones, inmensos aprovisionamientos de mecánica, de víveres y de combustibles: ¡Toda una ciudad!

Este enorme conjunto, de setenta mil toneladas de peso, no reposará directamente en la superficie del mar, como un navío, sino sobre amplios pilares huecos de acero; éstos se apoyarán en flotadores submarinos situados a noventa y cinco metros debajo del nivel de la plataforma, o sea a sesenta y tres metros de profundidad en el mar.

Mantenida a regular altura por encima de las más fuertes olas y apoyada en flotadores submarinos colocados en aguas siempre calmas, la isla podrá desafiar las más violentas tempestades, porque las masas de agua atravesarán libremente esta selva de pilares sin romperse, como en la proa de los barcos. Ciento veinticinco habitantes (¿podremos aventurar la palabra "indígenas"?), mecánicos, oficiales de navegación, médicos y telegrafistas habitarán permanentemente en este minúsculo continente de acero sin conocer jamás el mareo.

Por vastas y pesadas que fueran estas islas flotantes, los vientos y las corrientes terminarían por arrastrarlas a la deriva. Pero un cable de acero de cuatro mil quinientos metros de largo y de ocho centímetros de diámetro amarrará la construc-

ción a una ancla circular de cien toneladas de peso. Unos flotadores fijados en el cable de distancia le impedirán que se rompa bajo su propio peso.

¿Y si, con todo, se rompe el cable? En ese caso los habitantes de la isla poseerán todavía el recurso de poner en marcha las hélices, movidas por motores eléctricos de quinientos caballos, que les permitirán luchar eficazmente contra la deriva mientras llegan los barcos de socorro, llamados por radiotelefonía.

Crucemos ahora con el pensamiento algunos años y embarquémonos en Bourget para llegar a Nueva York en menos de veinticuatro horas. De París al puerto aéreo, de tan incómodo acceso antes, se abre ahora un amplio camino, recorrido por rápidos coches que parten de una línea del "Metro". Las formalidades de los pasaportes son rápidamente resueltas; en un solo golpe los ocho motores roncan y el transatlántico despega, cara al viento del Oeste.

Piloteado por autómatas de acero que ignoran el error y la fatiga, guiado automáticamente por los "radiófaros", nuestro navío aéreo avanza con rapidez sobre el océano. Muy pronto advertimos la primera isla, "France I", rodeada de una extensa sábana de espuma.

—Es la operación de arrojar aire comprimido, que ha reemplazado al antiguo sistema del aceite—me dice el ingeniero—, se calma el mar para el acuatizaje de un hidroavión inglés.

Posado en algunos segundos en la pista ideal de "France I", nuestro avión es subido por medio de una rampa gigantesca, y desaparece en los pisos inferiores de la isla flotante. En tanto que los pasajeros se reponen en los salones confortables del hotel, los mecánicos cargan los tanques de esencia... Estoy sorprendido del silencio relativo de este enorme hormiguero mecánico.

—¿No tenéis motores?—pregunto a mi guía.

—Sí, todos son eléctricos. La corriente es proporcionada por enormes tubos alternadores, sistema Claude-Boucherot, que funcionan por la diferencia de temperatura entre la superficie del mar y las capas profundas.

Ahora, a través de los velos brumosos de un alba gris, las flechas agudas de unos proyectores se entrecruzan en el cielo; una ciudad enorme, agujereada de luz, desfila debajo del avión: ¡Nueva York! Son apenas las cuatro: el cambio de meridiano nos ha permitido ganar cinco horas sobre la travesía. Entre mis compañeros de viaje hay hombres de negocio que volverán a tomar el avión esta noche, para estar de regreso mañana en París.

Pienso en Carlos Lindbergh, este loco heroico, que fué el primero en cruzar el océano solo, sin un autómata que lo reemplazase, sin islas flotantes, arriesgando su vida en cada segundo. La ciencia ha hecho de esta locura de ayer la realidad de hoy.

(De "Gringoire".)

TRIUMPH

Las insuperables máquinas de escribir "Triumph" y coser "Wertheim", de fama mundial, a nuevos precios. Cintas "ROS". Reparaciones, piezas de recambio y alquiler de todas las marcas.

CONTADO - PLAZOS

CASA HERNANDO

Avenida Peñalver, 3 MADRID Teléfono 16057

El estreno del teatro Cervantes nos ha puesto en contacto con una comedia de tres actos de los autores argentinos Llanderas y Ma-fatti. El gesto simpático de Valeriano León, de iniciar su temporada con una obra extranjera, no precisamente del corte de las suyas, aunque posea sus instantes de sana comicidad, sin ser avalorado exactamente por el público en lo que significa de esfuerzo en la meticulosa presentación de los tipos argentinos y audacia en el riesgo de llevarle a su público una pieza de corte sentimental, fué, empero, recibida con calurosos aplausos.

El teatro argentino, tantos años en manos de tres o cuatro autores que le habían dado una forma burda al género chico con la presentación, obra tras obra, de los mismos personajes, tipos de emigrantes de nacionalidad diversa puestos a buscar sus vidas en el cosmopolitismo porteño, parece haberse desprendido de sus defectos de sainetes grotescos para tomar rumbos hacia algo, si no complicado, por lo menos más sentido, de mayor categoría humana. De este tono es "Así es la vida", comedia en tres tiempos, 1905, 1916 y época actual, donde los autores presentan como argentino un drama burgués que es propio de los hogares medios de cualquier país. Su tronco está en el juego despiadado de la individualidad, de la rebelión de los hijos al concepto paterno, porque otras épocas y necesidades los truecan en campo de ensayos vitales que no coinciden con los señalados por sus padres desde los días de la infancia. El proceso de la obra está resuelto en diálogos y frases certeras, donde los autores definen conceptos y demarcan los anhelos de padres e hijos. Podría decirse que toda la comedia está encerrada en la feliz

Una obra argentina en el teatro Cervantes

"ASÍ ES LA VIDA"

frase con que finaliza el acto segundo: "Vieja, hay que achicar la mesa..."

Es el momento culminante, cuando al hogar llega la hora del reparto de la nueva generación, que quiere buscar la vida por sí misma, saliendo a los caminos del mundo sin preocupaciones sentimentales que la retenga en el hogar. Y viene luego el acto último. Una escena de tres viejos, donde con oportunas salidas cómicas sube la emotividad de la obra hasta alcanzar un desenlace que reedita en el público la emoción de la frase anteriormente citada: "¡Vieja, hay que agrandar la mesa...!"

Es la vuelta del hijo pródigo, de los hijos que, abatidos unos, desamparados los otros, vuelven a juntarse en el hogar del que partieron un día para intentar, también ellos, construir una casa en la que el tiempo traería otro problema exactamente igual: la evasión de los jóvenes.

El comienzo de la comedia desconcierta. Los tipos, tan refractarios a los habituales para nuestro público, el pintoresco léxico argentino, la entrada de personajes cuya trascendencia se ignora, el movimiento de figuras y el juego de diálogos diversos, hacen por momentos creer, con la ayuda de las abundantes situaciones cómicas, en el encarrilamiento de la pieza hacia el sainete. Impresión esta que se corta cuando el padre

de familia, reuniendo a los hijos, deposita en manos de la madre el título de propiedad del hogar de todos. Es desde entonces, que "Así es la vida", se sitúa en su plano de problema sentimental, que no por lo sencillo de su trama deja de ser intensamente humano en sus consecuencias.

Es una obra honesta. No se ha buscado en ella el efecto melodramático ni la comicidad barata; tampoco se ha pretendido realizar una comedia transcendental en el sentido pedante. Es un problema de todos los días, de la mesa de familia, de esa mesa del pan casero, del vino ordinario, los cubiertos con historia y los manteles bordados por la madre y las hijas, en torno a las cuales se sirve, en la hora en que la familia se reúne, la fina emoción cotidiana de sentirse juntos en la tibieza hogareña.

Cabe achacarle, quizá, la prolongación de escenas y la intervención de algunos detalles superfluos que aargan la obra, haciendo que se pierda, por momentos, la afectividad del espectador hacia el suave problema que desarrollan los personajes. Ganaría la comedia si se le cortaran trozos o determinadas intervenciones, que en nada perjudicarían el eje del asunto.

Pero el gran elogio debe ser para la interpretación. Valeriano León, Aurora Redondo y cuantos intervienen en el reparto de "Así es la

vida" han realizado una notable labor. El esfuerzo de adaptación a los modismos argentinos, ya sea en el giro de las conversaciones, en los movimientos, matices peculiares de la pronunciación, indican el cariño con que todos han tomado sus papeles para trasladar a Madrid personajes absolutamente argentinos. El tío, figura de político amoral, que forma parte activa en la psicología argentina, personaje de una era de "elecciones bravas" ganadas a punta de cuchillo, está conseguido plenamente. El italiano y el gallego, héroes de la potencialidad argentina, emigrantes que llevan sus anhelos a la tierra feraz y cuya adaptación al medio se va observando paulatinamente en su conversación, vestimenta, actividades y pasiones, están igualmente interpretados con una exactitud a la cual no estamos acostumbrados a ver en Madrid, donde se hacen tan pocas "figuras", a no ser los eternos andaluces y algún que otro tipo regional. La madre es todo un acierto; la matrona porteña, buena y hacendosa, sacrificándose siempre por los hijos y las amistades, ha sido fielmente trasladada por la actriz. Para quien esto escribe, que ha pasado la mayor parte de su vida en Buenos Aires, resalta en su valor cabal el mérito de la interpretación. Es un gran esfuerzo de todos, desde Valeriano y Aurora hasta las figuras secundarias, para darle a la obra todo su sabor nativo. Esperamos, y ese es nuestro mayor deseo, que el público sepa apreciar la voluntad de la compañía en sus fines de representar "Así es la vida", con el matiz nativo que en Buenos Aires mantuvo la obra en cartel hasta más de 600 representaciones.



CHARLAS TEATRAL

Lola Membrives, la eminente actriz y sus planes artísticos

Ya está aquí Lola Membrives. Hace algunos días, las aguas atlánticas nos la dejaron en tierra firme del Noroeste peninsular, como un regalo de arte y de afecto, ofrenda o restitución—que ambas cosas pueden ser en quien, como ella, modeló su espíritu con alicientes hispanoamericanos de idéntica fuerza sentimental—de la columna más incombustible de los valores dramáticos contemporáneos.

Desde el Noroeste, en vuelo ilusionado de proyectos, en ansias juveniles de batallas, en las que las armas se cruzarán con nobles fervores de inquietud artística, Lola Membrives, la actriz eminente—por esta vez el adjetivo tiene acento de justicia estricta—, saltó a Madrid, cerebro y corazón de España, para tender las redes de sus propósitos en este río revuelto, donde se ahoga de angustia y de estupidez el teatro hispano. ¡Seas bienvenida, Lola Membrives, a este tu reino venturoso de geniales encarnaciones dramáticas, donde cobraron aliento humano, palpación emocionada, *Pepa Doncel*, *Cancionera*; aquella memorable Lola, hecha copla popular en Andalucía la baja y verso del mejor cuño en la concepción poética de los Machado, que tomó su nombre de tu nombre, su carne de tu carne y se subió a tus labios para entonar la canción más sentida de sus sentimientos: *¡Teresa de Jesús!*... Y que España se te abra, como mereces, en un abrazo de palmas.

—Aún es pronto—me dice Lola entre sonrisas de sinceridad—para exponer las líneas esenciales de un plan, cuyo trazado apenas si ha dado comienzo. Acabo de llegar a Madrid después de una ausencia de cerca de dos años, y he de tomarme algún tiempo para orientarme, para pulsar las posibilidades actuales del teatro español, para estudiar y articular mis planes artísticos, que hasta ahora, comprendo usted, sólo pueden ser enunciados elementales de unas ideas más o menos interesantes, pero desnudas de todo ropaje de realidad; especie de esqueletos de mis afanes dramáticos, que habré de irlos cubriendo, unas veces con galas luminosas de realización acertada y otras—soy humana y, por tanto, propensa a lo falible—con hábitos lamentables de equivocaciones. Cuando lo primero, mis ansias rebotarán de contento en un resumen emocionado del contenido de los otros; cuando lo segundo..., mi dolor se amparará en el humilde reconocimiento de mi propio fracaso.

—¿Cuándo comenzará usted su actuación?
—No lo sé. Piense usted que lo primero que necesito es teatro. A satisfacer esta necesidad elemental dedico, por el momento, mis afanes. Quiero, en primer lugar, tener teatro en Madrid. Un teatro donde pueda actuar todas las temporadas siete u ocho meses, donde pueda desarrollar mis planes sin limitaciones de tiempo, sin apremios de fecha; con la holgura de saberlo mío y poder orientarlo en el sentido de mis ideas.

—¿Lo tendrá usted?
—Espero que sí, y no creo que mis esperanzas se estrellen en los acantilados de lo imposible. Que si por mí misma no lograra alcanzar tal honor, pienso que los nombres insignes que me amparan con su firma en esta cruzada echarán el peso de su crédito en la balanza del milagro.

—¿Cuenta usted con muchas obras?
—En mi poder ya, *En el nombre del padre*, comedia en verso de Eduardo Marquina, basada en la gesta hispana del descubrimiento del Nuevo Mundo. *Doña Rosita 1900*, verso y prosa, de Federico García Lorca. Un poema dramático de Antonio y Manuel Machado—cuya entraña palpita en la célebre copla popular:

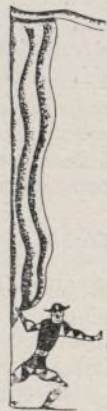
A todos nos han cantao,
en una noche de juerga,
coplas que nos han matao...

En el telar de la esperanza, promesas de Bena-

vente, de los Quintero... También quiero sumar mi tributo al homenaje que España rinde a Lope en el tercer centenario de su muerte. Haré algo del Fénix; posiblemente, *El arenal de Sevilla*, obra que estudio desde hace tiempo, y que montaré, con un sentido riguroso de la época, sobre realizaciones escenográficas de Fontanals. A esta comedia lopesca quiero dedicarle los acentos más emocionados de mi sensibilidad de artista y también enfocar hacia su postura escénica mis inquietudes en cuanto a realización de conjunto; atisbos de modalidad nueva, que bullen en mi deseo desde hace tiempo y que cristalizarán en realidades de experiencia próximamente.

—¿Repertorio?
—Desde luego. Pienso interpretar todas aquellas obras que, estrenadas o no por mí, merezcan los honores de la reprise. Cuento usted entre ellas *Bodas de sangre* y *La zapatera prodigiosa*, dos magníficos exponentes del talento dramático de García Lorca, que allá en Buenos Aires he representado doscientas y ciento cincuenta veces, respectivamente. Ya veremos aquí...

Las aguas de nuestra charla han rebasado el cauce periodístico para inundar de frescura íntima la tierra de las palabras en un milagro de coincidencias espirituales. Fué entonces cuando la conversación se hizo más interesante, cuando las frases de Lola Membrives hallaron su expresión más pura, por más desnudas de destinos publicitarios... Y hablamos mucho, mucho.



ENTRE ACTO Y ACTO

DIALOGOS IRRESPONSABLES

—¿Ve usted, querido amigo, cómo no se puede hacer arte? ¿Cómo tiene razón D. Pedro Muñoz Seca?

—¿Lo dice usted por la última comedia de doña Pilar Millán Astray?

—Lo digo por *La Dorotea*, la excelente adaptación de la novela de Lope, hecha por el poeta Marquina.

—¿Qué le pasa a *La Dorotea*?

—¡Que se muere de aburrimiento!

—¿No va la gente a verla?

—¡Nadie!... Doña Carmen Díaz está desesperada. Y menos mal que la obra de Quintero y Guillén está ya a punto de comenzar a ensayarse.

—¿Y esa dará dinero?

—¡Ríos de oro! Una comedia de Quintero y Guillén, interpretada por doña Carmen Díaz, es una letra a la vista.

—¿Y si la protestaran?

—¡Imposible!

—¡Albricias, amigo! el teatro de la Comedia se ha regenerado.

—¿Pues qué ocurre en la Comedia?

—Ha llegado la obra de Benavente: *“Cualquiera lo sabe”*.

—Bonito título. ¿Obra de tesis?

—No; ligerita, alegre, optimista. De esas que los críticos importantes llaman “de tono menor”. Un asunto sin grandes complicaciones, que termina—¡genialidades del glorioso autor!—en cuatro bodas.

—Habrán contratado algunos actores...

—¿Para qué?

—Para interpretar la comedia de Benavente.

—No creo.

—Pues no me lo explico. Porque, la verdad, Mariano Azaña interpretando un personaje de Benavente... ¡me parece demasiada broma!

—Don Pedro Pérez Fernández ha traicionado a D. Pedro Muñoz Seca.

—¿Qué me dice?

—Lo que oye. Muy sigilosamente, a ratos perdidos, se ha escrito él solito una comedia.

—¡Pero es posible!

—Como se lo digo. Una comedia de gentes del “bronce”, de “cañis”, para que lo entienda

mejor. O si lo quiere usted más claro todavía, de gitanos.

—Pero ¿no habíamos quedado en que la exclusiva de las comedias de gitanos la tenían los Sres. Quintero y Guillén?

—Pues ya ve usted lo que son las cosas: el Sr. Pérez Fernández también ha escrito su obrita de gitanos.

—¡Menuda se va a armar! ¿Y qué ha hecho con ella?

—Entregársela a Pepita Díaz de Artigas.

—¿Para que la estrene?

—Naturalmente.

—¡Mal! No me gusta nada Pepita Díaz de Artigas en tipos gitanos.

—¡Pobre Antonio Vico!

—¿Qué le ocurre?

—Que tiene muy mala fortuna esta temporada. Vea usted: después de *“Las desencantadas”*, de Honorio Maura, ha estrenado *“Entre la gloria y la suerte”*, de Manuel Vidal Rico.

—¿Y qué?

—Ni lo uno ni lo otro. La obra de este novel dramaturgo no le dará ni gloria ni fortuna.

—¿Es flojita?

—Bueno; la dejaremos en flojita. ¡Lástima de actor!

—¡Y lástima de actriz! Que también Carmen Carbonell es una artista muy excelente.

—El *“Oro y marfil”*, de Fontalba, parece que ha perdido quilates.

—¿Sí?

—Sí. En la Bolsa pública han empezado a cotizarse las “acciones de butacas” a tres pesetas.

—¿Y se venden?

—Algunas; pero, desde luego, menos de las que se necesitan para cubrir gastos.

—¡Vaya por Dios! Y ahora, ¿qué?

—Ahora... las esperanzas con vista a *“Amparo”*.

—Y *“Amparo”*, ¿quién es?

—La obra de Joaquín Dicenta y José María de Granada, que se ensaya *“a toda máquina”*.

—¿Gustará?

—Es posible que guste.

—¿Y si no gustase?

—¡Caray, me pone usted en un compromiso!

—¿Y si no gustase?, repito.

—Si no gustase... habría que montar enseguida otra de Hernández del Pino.

—¿Otra?

—Otra.

—¿Y si esa otra tampoco gustase?

—Si lo pone usted tan mal..., ¡tendrían que cerrar el teatro! Que no es posible emprender cruzadas de arte con semejante agobio pesimista.

—Si no es pesimismo. Es que... ¡Se dan casos! ¿Sabe usted?

—El maestro rectifica.

—¿Qué maestro?

—Guerrero. Parece que el cine no acaba de cuajar en el Coliseum y anda ya pensando en volver a dedicarlo a género lírico.

—Eso está muy bien. ¡Hay que proteger el arte nacional! ¿Y qué obras piensa montar el maestro Guerrero?

—Todas las del maestro Alonso.

—¡Admirable idea! ¡Y luego dirán que Jacinto no es buen compañero!

—Paradoja: Según una encuesta teatral que publica un diario madrileño, más de treinta autores tienen comedias entregadas a la compañía del teatro Benavente. Según José Isbert, director de la compañía del teatro Benavente, no tiene en su poder ninguna comedia representable... ¡Ateme usted esta mosca por el rabo!

—Y ahora que hablamos del teatro Benavente, ¿qué novedad se prepara en este coliseo?

—Una comedia de Luis Manzano; los ensayos van muy adelantados, y es posible, casi seguro, que se estrene antes de que este *“Diálogo”* logre ecos publicitarios.

—¿Comedia nueva?

—Por lo menos, será la primera vez que se represente.

—¡Dios haga que no sea la última!

—Sería injusto silenciar en estas columnas dos nombres insignes en estos días venturosos de



Rumbera mulata

honra a Fray Lope de Vega: Leandro Navarro y Adolfo Torrado.

—Tiene usted razón, sería injusto. Mencione-mos a Leandro Navarro y a Adolfo Torrado.

—Mencionémosles.

—¡Leandro Navarro! ¡Adolfo Torrado!...

¡Hip!, ¡hip!, ¡hip! ¡Hurra!, ¡hurra!, ¡hurra!

—¿Le parece a usted que mencionemos también a *“La Papirusa”*?

—No; a *“La Papirusa”* la dejaremos para el próximo número.

F E I T O

Aire de rumba y son de manigua

¿Qué viento ultramarino trae a Europa, sobre los hombros de olas del Atlántico, esta persistente melodía antillana que invade ya todos los “music-halls” del Viejo Continente y nos deja laxos, en un lánguido desprecio de siestas tropicales, después de habernos atacado, como un mal centroafricano, durante años, hasta descoyuntarnos, la tarántula de la “música negra”, que nos hacía retorcernos, pelélicos, en el fox y en el charleston, en el “shimmy” y en el “cake-walk” de principios de siglo?...

Es una sutil brisa insular, un rumor de fiesta campera en el bohío isleño, que vuela y se endulza entre las cañas, se encrespa, frenético, sobre las crestas marinas—que tienen también su rumba lúbrica, inacabable—y, sobrepasando los maletrones ásperos por donde venían, estandarizados, desde la alta América, los ritmos negros del “jazz”, fabricado en Broadway, viene a lamer, melodizándolas, las riberas europeas, donde ya todo parece soñar con el retorno a lo criollo, a lo mulato, como al más grato de los espectáculos exóticos. Entre la blancura aria y el negror de Luisiana o del Congo, se impone ya, felizmente, la gracia cuarterona de la habanera; vuelve a triunfar en París Offenbach, con los aires cubanos de *“La Créole”*, mientras llena de aires de rumbas y sonos de pregones las “boites de nuit” parisienas la música antillana del maestro Simons, autor de *“El Manisero”*; enloquece al público *“La Carioca”* desde el “écran” sonoro; en Madrid, en Lisboa, en Barcelona, Mercedes Blanco, la cálida rumbera de Guatabano, vuelve a encender de fiebre los ojos de los espectadores con sus rumbas inimitables, que le conquistan el título popular en todos los “Cafés de la Marina”, de *“Emperadora de Cuba”*, o el otro, más literario, de *“la Baker de las Antillas”*... Registremos con júbilo auténticamente hispanoamericano—de virreyes del coloniaje y de conferencistas de la españolidad como base de una política transatlántica en Ginebra—esta boga musical de lo cubano, bajo el signo de esa constelación coreográfica que forman los tres *“Diamantes Negros”*, y la que es sol negro de primera magnitud, esta Mercedes Blanco, que anima hoy nuestra página con plasticidades de rumba y aromas de manigua, entre la marimba y el güiro que alegraban las pajarillas de nuestras abuelas cuando todavía no habíamos perdido las colonias...

“Peribáñez y el Comendador de Ocaña”

Mañana en el Capitol.

Accediendo a numerosos requerimientos, el Club teatral *“Anfístora”* ofrecerá de nuevo mañana, jueves, a las seis de la tarde, en la Sala de Espectáculos del Capitol, su notabilísima interpretación de la obra de Lope de Vega que tanto éxito alcanzó en las anteriores representaciones.

Para dicha función se han señalado precios populares.



CHARLAS MONUMENTALES Ni en la paz de los sepulcros...

ALLI MISMO •

Ahorremos el tópico. Mañana fría, glacial, de este febrerillo loco madrileño. Aracil, con sus magníficos trebejos fotográficos; yo, con las cuartillas y la estilográfica cargada en tinta de interrogantes. Un plan premeditado. "Hablar" con el ilustre cirujano español Dr. Rubio, en el lugar de piedra donde descansan los altos merecimientos de su inmortalidad. Allí mismo, en ese alto, frente a la sierra guadarrameña, muy cerca del Instituto que lleva su nombre, en aquel paraje preñado de alienos escolásticos. ¡Ciudad Universitaria, Escuela de Ingenieros agrónomos, Instituto de Seroterapia, Facultad de Filosofía! Allí, entre vaho de medicamentos, blancas tocas y azules capas de enfermeras; entre el ir y venir de graves profesores y jóvenes médicos, realidades presentes y esperanzas futuras. Allí, en el Parque del Oeste, ventana abierta a la salud de los madrileños; en el mismo altozano, pulmón saturado de aire puro; allí, en la subconsciencia de los hechos ultraterrenos, junto a la obra artística de Miguel Blay, recuerdo perenne de aquella gran figura

de la Medicina española, perpetuo ejemplo de trabajo consagrado a una profesión augusta y pocas veces agradecida.

Hasta allí hemos llegado. Con un deseo ferviente: el de enfrentarnos con el símbolo de una época de la Cirugía patria.

DIGA USTED, DON FEDERICO

Barba apostólica, mirar profundo, austera faz de serenidad. Un amplio levitón cubre su cuerpo, y una manta sus extremidades inferiores. Menos mal que el escultor tuvo el acierto de "abrigar" al insigne médico, porque el cierzo sopla por estas alturas que es una bendición.

En posición sentada reposa la severa figura del maestro. Hacia él otro símbolo se acerca: una mujer y dos niños; el más pequeño, en brazos de su madre, ofrece el maestro una flor; es la rosa de la gratitud, los pétalos del agradecimiento y la veneración.

En la piedra, base y sostén de las figuras, un nombre y un apellido, sin adjetivos de encomio, que para nada son necesarios. Federico Rubio. Y dos fechas: la vida y la muerte, 1827-1902. Y en su derredor, apellidos no menos ilustres: Olavide, Sánchez Toca, Letamendi, Asuero, Argumosa, Mata, Castelo...

—¡Diga usted, D. Federico!

Y el Dr. Rubio y Gali, ceceo andaluz en su parla reposada, nos tiende su mano, al tiempo que dice:

—¡Bien empieza el mes de febrero, compañero! ¡Dos catarros llevo cogidos ya! Este Madrid de mis buenos recuerdos, cuando dice: "¡frío va!"..., hay que temerlo.

—Y usted, como buen andaluz...

—De la mismísima provincia de Cádiz; de ese pueblecito riente y "encalao" que se llama Puerto de Santa María. Allí nací hace ciento ocho años, el día de San Cayetano, por más señas, y en una noche de calor que derretía los adoquines.

—¿Y cuándo vino usted a los Madriles?

—Lo recuerdo perfectamente. Fué a los veinticuatro años del día que vi la luz de mi pueblo; en el año 51, cuando me doctoré, porque la carrera la hice en la Facultad de Cádiz.

—¿Hasta entonces?...

—Mis aficiones de siempre: enseñar; magisterio quirúrgico; clases de anatomía, disección, patología, operaciones... Y política, y, dentro de ella, democracia, liberalismo, comprensión, tolerancia, oído a toda queja justa, al lado siempre del oprimido por la tiranía intransigente. Si supieras, compañero, los disgustos que me ha proporcionado este profundo arraigo de mis convicciones!

—Creo recordar—respondo—que en Sevilla...

Feliz memoria la tuya—me dice D. Federico, animando su rostro con una sonrisa de benevolencia—. En la tierra de la Giralda pretendí ser primer cirujano del Hospital Central. Hice las oposiciones, y el Tribunal me dejó sin la plaza. No es vanidad, puedes creerme, que jamás la tuve de mis méritos, que reputé siempre modestísimos; pero aquellos ejercicios famosos los gané en plena justicia. Los jueces, intransigentes con las ideas ajenas, no toleraron mi republicanismo.

—Y aquel tropiezo...

—¿Quién se acuerda ya? ¡Tantas injusticias he visto en el curso de mi existir, que puedes creer que no echo de menos el plano del mundo que tú vives! Estas soledades son el sedante mejor para mis luchas de entonces. Ahora, merced a este recuerdo de mis discípulos—¡qué buenos chicos todos y qué estudiosos!—, transcurre mi vida de piedra a la vera de esa casa que ves, compendio de todas mis ilusiones, confortado por la tangible realidad de los que no han olvidado mi nombre.

Don Federico acaricia su barba frasciscana, recoge la manta, a punto de caer, y continúa bondadoso con mi indiscreción.

EMBAJADOR EN INGLATERRA Y CIRUJANO SIEMPRE

Era el año 73. República en España. El Dr. Rubio es nombrado embajador en Londres. Llega a la capital de Inglaterra, y al poco tiempo adquiere notoria celebridad. ¿Como diplomá-

tico? ¿Como personaje político? Para bien de la ciencia y gloria de España. D. Federico no deja de ser en Londres el doctor Rubio, y como médico insigne, como extraordinario cirujano, se revela en tierra inglesa, ante el asombro de las británicas eminencias.

—¿Mucho tiempo por allí, maestro?

—¡Compañero de mis ducas! ¿Pero tú crees que un andaluz puede estar mucho tiempo sin ver el sol de España? En Londres, además de cumplir mis deberes en los asuntos que incumbían la diplomacia de mi cargo, asistí a las más importantes clínicas, aprendí las distintas técnicas operatorias, y cuando el caudal de mis conocimientos estaba considerablemente aumentado con las enseñanzas recogidas en Inglaterra y Franua, vine a mi tierra para dejar en ella el fruto de mi aprendizaje. Entonces me consagré por entero a la cirugía. Y practiqué por vez primera la ovariectomía. Y fui también quien antes que ningún otro hizo extirpaciones de matriz y riñón. Y siempre en continuo afán de trabajar, seguí mi camino quirúrgico, consagrado en cada acto operatorio a los más delicados cuidados técnicos y humanos que los que sufren requieren.

Estamos abrumados. Llevo mucho tiempo de charla con el maestro, y temo cansar su excesiva condescendencia para conmigo.

Don Federico adivina mi impaciencia y ataja con su fino andalucismo:

—No estés impaciente, muchacho. Yo también fui joven como tú, y todo me interesaba; pregunta lo que quieras, y no temos esta gravedad de pedestal que asusta un poco.

Me "agarro al cable", y, más tranquilo, continúo el interrogatorio:

—¿Y cómo fué, D. Federico, la fundación de ese magnífico Instituto, orgullo de España?

—De muy sencilla manera—responde—. Consecuencia lógica de la extensión dada a mis enseñanzas quirúrgicas. Tantos discípulos me rodeaban, que eran ya insuficientes las dos salas a mi cargo en el Hospital de la Princesa. Esto me hizo concebir el proyecto de crear una Escuela práctica de Medicina. Así nació esa casa que ves desde aquí, aliento de mi vida, estímulo en mis desfallecimientos y ejemplo para los continuadores de mis lecciones. Esos muros llevan dentro mis propios latidos; en la capilla guardan mi cuerpo muerto, sólo mi cuerpo, compañero, porque mi alma está en todos los rincones del edificio. ¡Hay tan buena gente que prestigia mi nombre! Botín, Carro, Navarro Blasco, Borso de Medina, Valls Marín, García Triviño, entre tantos, para no hacerte la lista interminable. Por aquí los veo muchos días. ¡Qué buenos chicos, qué estudiosos!

Y el maestro vuelve a repetir la muletilla del justo elogio, pronto a repetirlo siempre que se habla del cuerpo médico del Instituto Rubio y de la Escuela de Enfermeras de Santa Isabel de Hungría, otra organización del maestro, modelo de feminina eficacia, puesta al servicio del dolor y la ciencia.

ADIOS

El mago Aracil "tira" la placa que certifica la verdad de este palique.

Don Federico, al observar los preparativos, le dice humorísticamente:

—Usted dirá si estoy bien así.

Y al mago del objetivo por poco se le cae la "Contax" al barro del paseo.

Unos segundos de "exposición". Ya está. El Dr. Rubio nos vuelve a tender su mano, esa mano que tantas veces guió el bisturí y exploró los recónditos misterios de las entrañas enfermas. Esa mano que dió la vida a tanto doliente; su mano amplia y noble de cirujano sabio.

La mano que ahora se mueve en expresión de despedida.

CON EL MEDICO Por el Dr. FERNANDEZ-CUESTA

La tragedia del niño en visita

Quien intente forzar el natural entretenimiento de un niño, distraído en sus juegos y en sus travesuras, podrá lograr su aspiración inmediata, pero será seguramente a costa de inmensos sacrificios, que más tarde producirán consecuencias a lamentar.—GRAY WARD.

Un niño en visita, desde el punto de vista higiénico, hace la misma falta que los perros en los templos. Exactamente la misma. Y perdónenme la manera de señalar, en aras de lo gráfico y contundente de la expresión. Absolutamente cierta.

¡Costumbre deplorable, halago ficticio, ridícula vanidad! Sófoques, Eurípides o Esquilo, *firmarían muy a gusto* la tragedia. Porque auténtica y verdadera tragedia es la que se produce en el tranquilo bienestar de un niño cuando, por imperativo de un mandato superior, es obligado—a conciencia que se le causa un malísimo rato—a ser blanco admirativo y objeto casi siempre de falsas alabanzas por parte de la visita recién llegada.

Y en favor de las criaturas escribo. En su defensa. Seguro, higiénicamente, de que a los niños hay que proporcionarles desde que nacen las mayores satisfacciones; convencido también de que muchas cosas, aparentemente sin importancia, tienen su origen patológico en esta serie de pequeñas causas que amenazan constantemente la vida de los chiquillos. ¡En recuerdo de aquellos ratos terribles en los que yo era entonces protagonista: muchos años, muchísimos, de separación, y como si fuese hoy para mi memoria!

Porque el *hecho* sucede de esta manera...

Llega la visita, y a los pocos momentos, cuando ya se ha agotado hablar del tiempo—el servicio meteorológico es cantera inagotable para hilvanar la conversación—y de los muchos deseos que tenía de ver a los señores de la casa—no les hagan ustedes caso—, quiere también ver al niño. ¡Es tan mono!

La madre se resiste a la demanda—casi siempre las madres tienen más sentido práctico que los padres—; balbuce un pretexto, intenta una disculpa; pero el *voto particular* es rechazado: papá ordena, y a la llamada acude la doncella, a quien se le transmite el afán de los visitantes. ¡Grecia se conmueve! El chiquillo, en sus *habitaciones particulares*, juega, sucio y *churretoso*, la mayoría de las veces hecho un diablillo y sin gana que le distraigan en sus *ocupaciones*. Pero la sentencia es firme, y no admite apelación. Lo que sucede es que el niño se resiste a cumplirla; la doncella le obliga, y entonces el pequeño cambia la risa en seriedad, baja la cabeza, arruga la naricilla, empiezan los pucheros, y, al fin, el llanto desconsolador, con toda su espantosa intensidad. ¡La tragedia!

La madre, desde la sala, adivina la escena, y pide a la visita que la perdone un momento *para ver qué le pasa al niño*. Sale, y con mimos, halagos y madrerías, logra callar al chiquillo; le enjuga las lágrimas, lava su cara, le pone un delantal *decente*, y aparece, orgulloso y ufano, con el crío de la mano. ¡Ya tenemos al niño en visita. Y enseguida comienzan las exclamaciones. ¡Qué hermoso! ¡Qué alto! ¡Cómo se parece a su padre!—todos los niños en visita se parecen a su padre—. Un verdadero chubasco de voces y elogios, que el chico no llega a comprender; pero como *descarga* entre gritos y aspavientos, le asusta y le obliga a buscar instintivamente la falda de su madre o los pantalones del padre, como sitio de refugio contra aquel chaparrón que cae implacable como catartada de palabras.

—¿Me das un beso, rico?... ¡Ay, qué serio se pone! ¡Uno solo! ¡Un besito! Y dale y vuelta; la criatura está ya *loca*; no entiende de aquellas voces, ni la explicación de por qué tanta insistencia en el ósculo; no sale de su asombro... ni del lado de la pobre madre, que prevé el final de la tragedia. El padre pone cara de circunstancias, vuelve a ordenar, y un poco que le empujan y otro poco que la visita avanza, el niño ofrece su carita para que en ella *exploten* como estruendoso tableteo de ametralladoras, besos y más besos, que el pobre crío es obligado a sufrir con resignación de martirologio.

Como todo tiene un término en la vida, al fin se ve libre; respira con amplitud, y sus *carrillos*, casi *acardenalados* y llenos de *chafarrinones*, vuelven a recobrar su primitivo color.

El niño mira a *papá*, a *mamá*, a la visita, vacilante, con temor, deseando correr; hasta que la providencia vela por él, y apenas oye la frase salvadora: "anda, vete a jugar", vuela como pajarillo que logra escapar de la prisión de su jaula.

Otras veces, y esto es todavía peor, el chiquillo tiene que recitar por fuerza una poesía, aprendida de modo mecánico, sin sentido ni comprensión de su contenido; cantar el último éxito teatral; responder en parla extranjera a las preguntas que se le hagan. ¡Un horror!

Y esto ha sido, es y, lo que es más triste, será, pues hay convencionalismos sociales tan ridículos como difíciles de desterrar las mismas causas que los producen.

El niño en visita no hará más que sufrir. ¿Por qué ha de crearse deliberadamente un motivo funesto de contrariedad, cuando tantos tendrá que no puedan evitarse?

Tengan unos y otros, los que llegan y los que están, la necesaria prudencia para evitar a los niños, a quienes sólo alegrías deben rodearles, todo lo que pueda ser factor predisponente de padecimiento, porque sobre estas consideraciones que yo hago, de índole higiénica, lo más original del caso es que, si el niño no tiene ninguna gana de salir a la visita, menos aún tiene ésta de que el niño salga. Ténganlo por seguro.

Pero por *quedar bien*, por cumplir con el rutinario "¡qué dirán!", se repite y se repetirá, por los siglos de los siglos, el cuadro que he pintado tan a brochazos.

—¡Niño, dile algo a esta señora!

—¿...?

—Lo que tú quieras, guapo, cualquier cosita. ¡Anda, monín, no te hagas rogar!

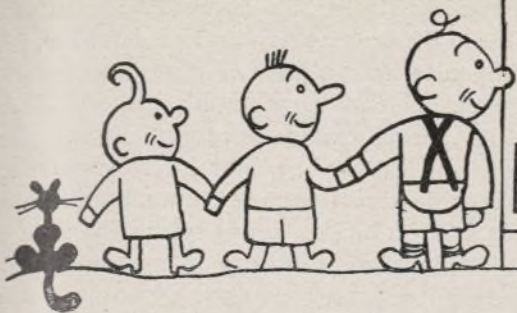
—¿...?

—Sí, lo que más te guste; esta señora te quiere mucho.

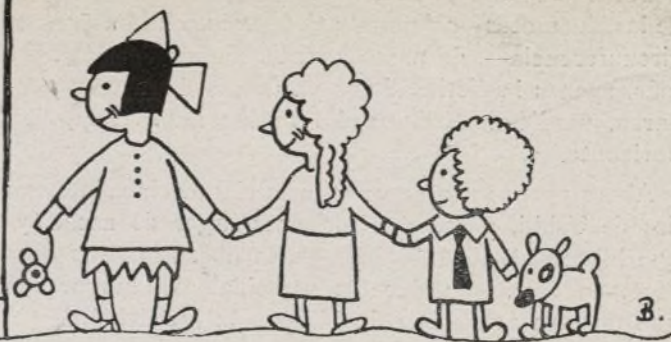
—Papá, ¿por qué dejas que entre el "coco" en casa?

—¡¡...!!

Ayuntamiento de Madrid



EL PAIS DE LAS HADAS PAGINA PARA TODOS LOS NIÑOS



NIÑOS DE ESPAÑA



Nemín Fernández-Cuesta

Ríos principales.

El Miño nace en Fuente Miña, provincia de Lugo; sirve de límite entre España y Portugal después de 275 kilómetros de curso.

El Duero nace en la sierra de Urbión (Soria), y desemboca cerca de Oporto, después de un curso de 900 kilómetros.

El Tajo nace en las lagunas de Ruidera (Albacete) y desemboca en Ayamonte, habiendo seguido un curso de 820 kilómetros.

El Guadalquivir nace en la sierra de Alcaraz (Jaén) y desagua en Sanlúcar de Barrameda, después de haber recorrido 579 kilómetros.

El Ebro nace en Fontibre (Santander) y desemboca en los Alfaques, siendo su curso de 870 kilómetros.

PUERTOS, FERROCARRILES, CARRETERAS, GOBIERNO

Lagunas.

Las principales lagunas españolas son: la Gallocanta, en Zaragoza; la Albufera, en Valencia; el Mar Menor, en Murcia; las de Ruidera, en Albacete, y la de Janda, en Cádiz.

Puertos de mar.

Los puertos de mar de mayor importancia son el de Barcelona, el de Tarragona, el de Valencia, el de Cartagena y el de Málaga en el mar Mediterráneo; los de Cádiz, Vigo, La Coruña y El Ferrol, en el mar Atlántico, y los de Gijón, Santander y Bilbao, en el Cantábrico. Es también muy importante el puerto de Las Palmas, en Canarias.

Principales vías férreas.

Los ferrocarriles principales son los siguientes:

- 1.º El de Madrid a Francia, o del Norte, por Irún.
- 2.º El de Madrid a Francia, o del Noroeste, por Zaragoza, Barcelona y Gerona.
- 3.º El de Madrid a Cartagena, o del Suroeste, con ramales a Valencia y Alicante.
- 4.º El de Madrid a Cádiz, o del Mediodía, con ramales a Granada y Huelva.
- 5.º El de Madrid a Portugal, por Badajoz.
- 6.º El de Madrid a La Coruña, con ramales a Santander y Asturias.
- 7.º La línea costera del Mediterráneo, que enlaza

Port-Bou con Murcia y pasa por Gerona, Barcelona, Tarragona, Castellón, Valencia y Alicante; y

8.º La línea costera del Cantábrico, que enlaza San Sebastián, Bilbao, Santander y Oviedo.

Carreteras.

Hay construídos más de 50.000 kilómetros de carreteras y unos 3.500 kilómetros de caminos vecinales. Las carreteras, segun su importancia, tienen mayor o menor anchura, y se llaman de primero, de segundo y tercer orden.

Principales carreteras.

Las carreteras de primer orden son seis: la de Madrid a Francia, la de Aragón, la de Valencia, la de Andalucía, la de Extremadura y la de La Coruña.

Canales de riego.

Los canales más notables son: el Imperial de Aragón que toma sus aguas del río Ebro; el de Castilla, que las toma del río Pisuerga; el de Isabel II, que las recibe del río Lozoya y abastece a Madrid.

Clima.

El clima de España es frío en las altas mesetas de Castilla, caluroso en el Sur, bastante templado en las costas y variable en el Centro.

Religión, idioma y gobierno.

La Religión de la mayoría de los españoles es católica. Hay libertad de cultos para los demás.



(Continuación)

El idioma es el español, pero también se hablan el catalán, el valenciano y el mallorquín en las respectivas regiones.

El Gobierno de España es republicano.

NIÑOS DE ESPAÑA



Eduardo Bendala Lucot

Ayuntamiento de Madrid

NIÑOS DE ESPAÑA



Juliti de Nicolás Zabala

La capital.

La capital de España es la villa de Madrid, donde reside el Gobierno, bellísima ciudad de un millón de habitantes.

Ejercicios: En un mapa mudo de España trazar el gráfico de las grandes líneas de ferrocarriles.

Idem de las más importantes carreteras.

Regiones españolas.

España se divide en quince regiones, subdivididas en cincuenta provincias, de las cuales cuarenta y siete son peninsulares y tres adyacentes o insulares.

La división regional es más antigua que la provincial, y aun cuando afecta sólo actualmente a determinados aspectos (división militar y judicial, especialmente), la consignamos por el indudable valor histórico y geográfico que tiene.

Regiones peninsulares.

Las antiguas regiones peninsulares son: Cataluña, Valencia, Murcia, Andalucía, Castilla la Nueva, Extremadura, León, Galicia, Asturias, Castilla la Vieja, Provincias Vascongadas, Navarra y Aragón.

Regiones adyacentes.

Las regiones adyacentes están constituídas por las islas Baleares y las islas Canarias.

Las regiones españolas

CATALUÑA

La región de Cataluña comprende las antiguas provincias de Barcelona, Tarragona, Gerona y Lérida. Tiene de superficie 32.000 kilómetros cuadrados, y una población de tres millones de habitantes.

Producciones e industrias.

Cataluña es una región industrial y comercial, y en ella la agricultura y la ganadería representan una riqueza cuantiosa; los talleres de maquinaria, las fábricas de tejidos de hilo, algodón, seda y lana; los productos químicos, los metales y la hulla dan origen a una industria pujante y a un comercio floreciente.

(Continuará)

Tikehau es una de las islas menores del Archipiélago de las Tuamotus—solamente tiene veinte kilómetros de circunferencia—, de modo que, en menos de una hora más, apenas la distinguimos ya detrás de la estela del barco, perdiéndose en medio de las nubes bajas del horizonte.

Ahora apenas nos separan unas ciento cincuenta millas de Tahiti, y como no debemos llegar de noche, ya que la entrada de la laguna en la oscuridad es poco recomendable, se reduce la velocidad del barco para que nuestra arribada coincida con la luz del día.

Había comprensible interés por no perder la llegada a Tahiti, de modo que casi todos los pasajeros se levantaron antes del amanecer. Ya, durante la noche, en los camarotes, a través de los ojos de buey abiertos, penetraba algo característico que anunciaba inconfundiblemente la proximidad de la isla de Loti: el viento traía a largas millas de distancia unos suaves efluvios de flores y, entre ellos, el más dulce de todos: el perfume de la "tiare", que nos brindaba el primer saludo del "Paraíso Terrenal". Como había una buena luna, aun antes de la llegada de las primeras luces del alba se podía ya distinguir algo. De la oscuridad de la noche, sobre el cielo estrellado, surgían, más oscuros aún y agudamente recortados, altos e irregulares picos, y al pie de ellos centelleaban unas tenues luces: las calles del pueblecito de Papeete.

A las cuatro el vapor detuvo su marcha, a unos cinco kilómetros del arrecife, a la espera de que aclarara. Cuando aparecieron los primeros albores, la silueta de la isla se recortaba cada vez más clara, y los contornos de los picos de las montañas empezaban a colorearse con los débiles rayos que se asomaban detrás de ellos por el naciente. Se empezaba a distinguir la verdeante vegetación en sus laderas, en contraste con la negrura pelada de las rocas en las cumbres más altas. A la derecha, aunque a una distancia de más de quince millas, se erguían, altísimos, los picos de Mures, la isla hermana de Tahiti. El vapor volvió a caminar, despacio, hacia el "paso", señalado por dos luces rojas de enfilación en tierra. El arrecife, a flor de agua, no se distinguía aún a esa distancia, y las numerosas embarcaciones que estaban fondeadas frente a Papeete parecían ancladas en mar abierto.

Los últimos días de viaje a bordo del "Maunganur" fueron de intensa impaciencia. Los juegos de cubierta, la pileta de natación, las charlas con los compañeros de travesía y hasta la lectura misma habían perdido su encanto ante la grande expectativa de llegar.

El tiempo seguía magnífico, y las puestas de sol eran, cada tarde, verdaderas maravillas de exuberante colorido. En estas regiones, como consecuencia de la constante humedad del aire, hay siempre, aun en los días más despejados, un denso conglomerado de nubes en el horizonte, lo que hace que el sol se ponga siempre en medio de una atmósfera vaporosa, que recibe y aumenta los colores con una variedad y riqueza que llegan a hacer la desesperación del pintor más "colorista". Quienes han contemplado puestas de sol en el Pacífico tropical miran con cierta conmiseración los mediocres fenómenos que acostumbramos a admirar en otras regiones.

Un noveno día, a la víspera de nuestra llegada a Tahiti, debíamos pasar a la vista de Tikehau, una de las islas del grupo Tuamotu, que se encontraba justo en nuestro camino. La expectativa era grande entre todos los pasajeros, y por dos causas: primera, porque después de tres mil quinientas millas de mar abierto, la aparición de cualquier tierra, aunque no fuese más que un minúsculo islote de coral, significaba un considerable acontecimiento; luego, porque la vista de Tikehau importaba también nuestro primer contacto con ese mundo soñado y fantástico: las islas de Oceanía.

Las muy numerosas islas diseminadas en las inmensidades del Pacífico se dividen en dos grupos principales: las coralíferas y las de formación volcánica. Estas últimas son, indudablemente, las más interesantes desde todo punto de vista. Surgen desde las grandes profundidades del Océano, y sus montañas alcanzan varios miles de metros de altura. Su tierra es de gran fertilidad, y con la cooperación del clima excepcional, se produce una vegetación lujuriosa. Las islas de coral son mucho menos majestuosas de aspecto, y la vegetación también es más modesta en ellas. Son formadas por un cerco de coral, circular o elíptico, que surge, casi a pique, desde profundidades de cinco o seis mil metros, y sobresale apenas a unos pocos pies de la superficie de las aguas. Dentro del cerco se halla la "laguna", el mar interior, de grandes profundidades también, pero de aguas siempre tranquilas, ya que el arrecife de coral que corre todo alrededor transforma la laguna en un puerto natural admirablemente protegido por todos los lados. En el cerco de coral, que, según el tamaño de la isla, tiene una circunferencia de tres a trescientos kiló-

metros y un ancho de diez a dos mil metros, existen uno o varios "pasos", angostas aberturas que hacen comunicar la laguna con el Océano. Es la "boca del puerto", por el que entran y salen las embarcaciones, maniobra no siempre fácil, ya que con los cambios de marea se producen entre la "laguna" y el Océano en estas angostas bocas unas corrientes de aguas que a veces alcanzan una velocidad de quince millas por hora. Sobre el cerco mismo, de tierra más bien pobre, crece la vegetación que sustenta a los pocos habitantes huma-

TAHITI POR ZOLTAN DE HAVAS



nos y animales de estas islas, y consiste principalmente en palmeras de coco. El cocotero es una planta particularmente aficionada al mar, de cuyas orillas no se aleja, y donde más feliz prospera es en las playas, con sus raíces casi bañadas en las olas. Pero, con palmeras y todo, estas islas de coral son tan bajas—treinta o cuarenta metros a lo sumo sobre el nivel del mar, contando también la altura de las plantas—, que no se divisan sino a muy corta distancia. Y como aun hoy día hay muchas de ellas cuya situación no es muy precisa en las cartas marinas, constituyen una seria preocupación para los navegantes. El grupo de las islas Tuamotu—también llamado Paumotu—, todas de formación coralina, en número de unas cuarenta, que se extienden sobre una superficie de, más o menos, seis mil millas cuadradas de Océano, también figura en los atlas geo-

gráficos bajo la denominación de Islas Bajas, o de Archipiélago Peligroso.

Las islas de formación volcánica dan la impresión de un perfeccionamiento sobre las de coral. Tienen ellas también su cerco de arrecife de coral en derredor, formando el rompeolas natural más estupendo, que detiene la larga onda del Pacífico e impide que sus playas sean destruidas por el embate incesante de las olas; tienen también su "laguna", o mar interior, entre las playas y el cerco de arrecife, que forma un anillo alrededor de cada isla, laguna de aguas tranquilas y de un azul verdoso incomparable, con una transferencia cristalina que permite ver con toda claridad la más maravillosa variedad de flora y fauna acuáticas a muchos metros de profundidad; tienen también sus "pasos", que son la entrada y salida de estos magníficos puertos naturales; y tienen, además, el núcleo, en medio de todo esto, la isla propiamente dicha, con su primera franja, playas y cocoteros; su segunda franja, de leves colinas cubiertas de infinidad de árboles frutales, y su centro, formado de altas montañas de abruptos pinos picos, pero con verdeante vegetación hasta en sus cumbres, de varios metros de altura.

A la hora para la cual el capitán había anunciado la aparición de tierra, todo el mundo a bordo escudriñaba el horizonte con impaciencia. Y pronto las anteojos llegaban a divisar, por la amura de babor, una larga y angosta franja verde: era Tikehau, nuestra primera isla de Oceanía. Con la marcha rápida del barco, pronto empezaron a aparecer los detalles: la verde vegetación y las siluetas características de los cocoteros, con sus esbeltos troncos, tanto erguidos como perezosamente inclinados hacia un lado o el otro, con sus frondosas copas que se ondeaban suavemente en la brisa de los alisios y de entre las cuales parecían sonreír las jugosas nueces, "helas", fuera de nuestro alcance entonces. Por encima de las plantas más bajas se empieza a distinguir la "laguna", encerrada en el anillo de coral; sus aguas son tranquilas como un espejo y centelleantes bajo el brillante sol, con un color azul verdoso de cristal tallado. Algunos pequeños islotes aparecen sembrados en la "laguna", también profusamente poblados de vegetación. Como estos "atolls" se levantan abruptamente de enmedio de las grandes profundidades del Océano sin transición, los barcos pueden acercarse a varios metros de sus playas sin que la sonda acuse fondo. Nosotros también pasamos a menos de un kilómetro de la orilla, y llegamos a distinguir algunas fomas humanas desplazándose a lo largo de la playa, y, más allá, una figura bronceada remando en su característica canoa de tronco excavado, con el balancín a un lado para darle estabilidad; hemos divisado, por fin, aunque a distancia, al primer maorí en su propio elemento. Pronto aparece el "paso", una angosta abertura en la cintura de coral, por la que la laguna comunica con el Océano; la entrada y salida para la gente del "atoll".

Reinaba calma chicha, como casi siempre, en las madrugada polinésicas, y el agua, de una transparencia extraordinaria, parecía una espesa capa de vidrio fundido. Siguiendo la guía de las dos luces rojas, cuyos pilares también se reconocían ahora en la claridad creciente, el vapor adelantaba lentamente hacia lo que pronto se distinguió como el "paso": una angosta abertura, de apenas unos cien metros, marcada por sus aguas tranquilas, en medio de sus dos franjas blancas de rompientes sobre la cintura de arrecifes, a la derecha y a la izquierda.

Una vez dentro de la laguna, a pesar de una profundidad de quince o veinte metros, se podía distinguir claramente el fondo a través de las aguas de maravillosa transparencia. Peces, grandes y chicos, pasaban unos pausadamente y otros presurosos, pero sin mayor temor a la mole que se deslizaba y penetraba en sus dominios. Entre los verdes follajes de la ribera se asomaban techos pintados de rojo vivo—las alegres casitas del pueblo de Papeete, perdido en medio de una exuberante vegetación—. El muelle negreaba de gente, a pesar de la hora temprana; pero no era la muchedumbre que espera la llegada de un gran contingente de viajeros, ya que era yo el único pasajero para Tahiti. Es que la llegada en sí de un vapor es un gran acontecimiento aquí, puesto que solamente pasa uno cada cuatro semanas.

Apenas estuvimos atracados, subió a bordo un enjambre de muchachos en busca de los equipajes. Como eran más de cuarenta, y yo solamente traía unos quince bultos, los tomaban cada uno de ellos entre dos o tres y los llevaban a tierra en medio de alegres risas y cantos, y todo ello por el mero placer de hacer, pues no son changadores, ni aceptan propinas; son, simplemente, alegres maoríes, a quienes toda novedad encanta, y que hacen todo por el placer del momento y por el gusto de ser agradables con los recién llegados. Por suerte, me habían prevenido ya a bordo de esa costumbre; si no, hubiera podido ofenderlos con la oferta de alguna propina, para ellos denigrante.

Pantalón de franela blanca y jersey de lana blanca.
Echarpe de terciopelo anaranjado y marrón.

Modas

Cortes de París por Madeleine Millet

MODELOS DE VERA BOREA
EXCLUSIVOS PARA "CIUDAD"

Hace ya varios meses que ustedes sueñan con las cuestas immaculadas y resplandecientes de esos montes en cuyas faldas sus "skies"—este magnífico deporte que nos viene de Suecia y de Noruega—les conducen a una marcha vertiginosa, a ese deslumbramiento mágico en que nos sumerge este blanco milagro del invierno, que se manifiesta en su múltiple esplendor. En esta época, cada cual encuentra en la montaña lo que más conviene para su gusto. El que busca un reposo moral y físico; lo encuentra, pues la montaña está bastante alejada de los centros tan poblados como son los diferentes puntos balnearios, continuamente invadidos; además, se respira el aire vivificante y límpido del invierno, exento de todo polvo y microbios, y uno se fortalece bajo los efectos de un sol resplandeciente. Y mientras que la llanura se ve sumergida en un mar de niebla densa, en la montaña el sol brilla durante meses y meses, bajo un cielo siempre azul. Una estancia en invierno en estas magníficas altitudes es para la salud física y moral un gran reconfortante para todo el año, y es por eso que cada vez es mayor el número de personas que se dedican a este sport. ¿No es ésta una de las pruebas más grandes del progreso moderno?

El deportista encuentra condiciones naturales ideales para ejercer su arte, bien que se trate de "ski", de "ski-jöring", o bien de un trineo o de "bobsleigh". Y, naturalmente, como la coquetería continúa reinando en todas las señoras, éstas aprovechan siempre la ocasión para llevar vestidos a la última moda y, por cierto, elegantísimos.

Este año, pues, la moda deportiva es más encantadora que nunca, con su línea juvenil y delgada y con su paleta de colores vivos. Si los colores clásicos y oscuros, como son el azul, el marrón y el verde, dominan como base en el traje deportivo, y si, por otra parte, el negro es el más adoptado, es, sin embargo, un verdadero agrado el ver, de vez en cuando, entre todos estos colores oscuros una hermosa silueta vestida de un color claro, pues el conjunto de lo blanco y gris-beige vuelve a la moda, y parece que gana un poco del terreno que había perdido durante las últimas temporadas; pero no hay que olvidar que se tiene que ser muy delgada para permitirse semejante fantasía.

Lo más "chic" es llevar el verdadero pantalón de hombre. Sin embargo, si usted es alta y delgada, no debe titubear en ponerse los "knickers", que tienen un gran éxito. Estos "knickers" deberán ir acompañados de medias de lana gruesa y de polainas de tela espesa, de color claro. También se ve mucho el traje noruego, traje exclusivamente clásico y que es muy adecuado para una mujer baja y algo gruesa.

El "chandail" es casi lo que más se lleva, y deberá ser de lana, de un color vivo—hay predilección hacia el rosa y anaranjado—, mangas largas, cuello doble enrollado, en lugar de echarpe. En lugar del "chandail" se lleva también una camisa de franela, de color, lisa, rayada o escocesa. Encima del uno o de la otra se pondrá una blusa de piel, de pecari o de gamuza, o también de tela impermeable. Asimismo, la chaqueta de lana, adornada con cuero, es muy bonita, y no menos elegante es la chaqueta de piel lisa.

Según sea el conjunto, se puede llevar una boina de gamuza, de pecari o de cuero, una coña o un gorrito de tricot de varios tonos. Algunas elegantes llevan graciosamente una toca hecha del mismo género que el pantalón, o una "gorra" con visera.

Los guantes, que son de gran importancia en la indumentaria de este deporte, deberán ser de tricot, semejantes a la boina. Los "moufles" deberán ser de tela o cuero impermeabilizados, y del mismo tono que el traje.

Están todavía a la moda los echarpes de tricot; pero la última palabra en la elegancia del montañismo es un pañuelo de cachemira de lana anudado alrededor del cuello.

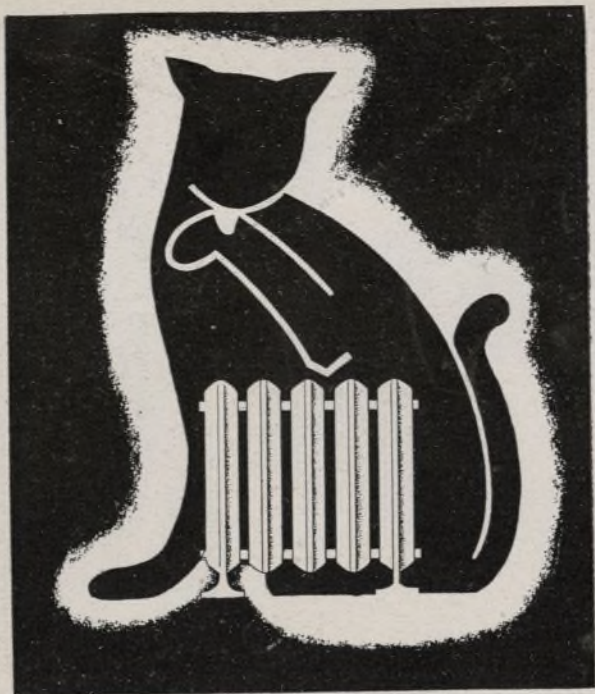
Y desde aquí yo veo, coquetonas lectoras, sus graciosas y elegantes siluetas, de colores armoniosos, destacarse del espeso manto blanco.

Servicio de modas de París, exclusivo para CIUDAD



Vestido de franela verde.
Blusa de terciopelo anaranjado.

Ayuntamiento de Madrid



CALEFACCION, REFRIGERACION Y VENTILACION

Boetticher y Navarro

S. A.

Zurbano, 67.-Teléf. 40070

MADRID

UN CENTENARIO

Mendeleieff, el hombre que señaló propiedades de los cuerpos que aún no se habían descubierto

Decía Emilio Faguet que cuando un autor cualquiera "entra en la escuela", es decir, cuando su doctrina o arte entra a formar parte de los programas de estudios, deja de leérselo. Y, apenado por lo que ocurría con Platón, de quien el comedió francés sólo tenía vagas nociones escolares, escribió un libro que tituló subjetivamente "Para que se lea a Platón".

Otro tanto podría decirse de los escritores u hombres de ciencia a quienes se recuerda en ocasión tan desprovista de sentido como es la de cumplirse un número determinado de años de su nacimiento o de su muerte. Un relámpago ilumina entonces la vida y obra del autor, y el interés del momento se manifiesta en una serie de detalles puramente circunstanciales: se hacen ediciones de sus obras, se publican biografías y los periódicos traen extensos artículos conmemorativos, a base de una somera información de diccionario enciclopédico. Pasado ese instante, el autor vuelve a entrar en el olvido de los anaqueles de una biblioteca erudita.

Las sociedades científicas del mundo entero han recordado hace pocos días el centenario de Demetrio Ivanovich Mendeleieff, el químico que nació hace cien años en un rincón de Siberia, y cuyo genio habría de dar a la humanidad una sensación casi divina de la inteligencia. Cuando se analiza la labor de prodigio que realizó este sabio eslavo, el espíritu queda sobrecogido de admiración. No se trata ya de la "larga paciencia" con que se ha querido definir al genio: se trata de algo puramente especulativo, de una concepción científica, que, aunque basada sobre endebles comprobaciones y fenómenos, tiene un vuelo que sobrepasa el de la más exaltada imaginación.

Tratemos de dar una idea "periodística" de la famosa "escala" de Mendeleieff.

En muchas ocasiones se había intentado hacer una clasificación de los elementos, sin encontrar para ello un punto de apoyo lógico y racional. Mendeleieff no solamente lo halló, sino que, además, dio a los elementos una clasificación *periódica*, es decir, que los agrupó de acuerdo con su valor atómico. Dicho en otros términos, clasificó a los elementos según su parentesco, ni más ni menos que si se tratara de la escala zoológica, dentro de la cual, como se sabe, los seres vivientes están clasificados de acuerdo con su complejidad creciente. Encontró Mendeleieff que, dentro de su clasificación, había algunas casillas que no correspondían a ningún cuerpo conocido. Y esto, que hubiera hecho desistir a cualquiera que no tuviese su firme convicción, lo llevó a comunicar a las academias científicas su creencia de que aún faltaba aislar una serie de cuerpos ignorados, cuyas características y propiedades señaló con maravillosa precisión.

¿No era esto realmente extraordinario? Bien estaba, por ejemplo, que el análisis espectroscópico revelara en los otros astros la existencia de elementos que eran desconocidos en la tierra: tal el caso del helio, que fué descubierto antes en el sol que en nuestro planeta. Pero había mucha audacia en sostener la existencia de elementos que ni siquiera se habían "visto" en los astros. Y las investigaciones comprobaron las previsiones de Mendeleieff. Poco a poco los cuadros vacíos de su escala se fueron llenando con el descubrimiento de nuevos elementos. Y en cada uno de los casos, la ciencia pudo comprobar que la característica y las propiedades de los nuevos elementos eran las mismas que Mendeleieff había señalado. Esos elementos fueron bautizados por él, en 1869, con los nombres de eka-aluminio, eka-boro y eka-silicio; pero no fueron descubiertos sino años más tarde, y rebautizados con los nombres de *galio*, *escandio* y *germanio*, respectivamente.

La ciencia, día a día, trae nuevas y prodigiosas comprobaciones de la teoría del sabio ruso; pero estas comprobaciones se relacionan con los electrones y la teoría de los "cuanta", temas demasiado abstrusos para ser tratados aquí. Limitémoslos sólo a citar los siguientes párrafos del gran químico francés Wurtz, quien se expresó así de la obra de Mendeleieff:

"Esta clasificación no se limita a conseguir ciertas analogías, sino que considera el conjunto de las propiedades físicas y químicas. Esta clasificación es simple en su principio y fecunda en sus consecuencias. Todos los elementos están ordenados en un solo cuadro. Se advierte que las propiedades se modifican gradualmente con el crecimiento de la masa atómica; pero esas modificaciones no progresan de una manera continua desde el primer término hasta el último, sino que recorren varios ciclos o períodos. Es una poderosa síntesis y, de ahora en adelante, será necesario tener en cuenta la escala de Mendeleieff cada vez que se trate de clasificar los cuerpos según sus propiedades o sus reacciones o, en una palabra, cada vez que se quiera contemplar la química desde arriba y en su conjunto."

SILVETRE OTAZU,

Paraísos de los obesos

Contrariamente a los civilizados, que, por regla general, prefieren la esbeltez y las líneas armoniosas a una corpulencia desbordante, los pueblos primitivos optan en un sentido contrario y manifiestan un gusto muy pronunciado por la obesidad.

En las islas Hawai, por ejemplo, nadie puede llegar a convertirse en jefe de una tribu sin ser muy gordo y adiposo, primera condición exigida a quien aspira al respeto y a la sumisión de los demás. ¿Cómo, en efecto, podrías atraer la admiración de vuestros súbditos sin haber alcanzado previamente un volumen que los deje pensativos? En esos pueblos, las mujeres ponen también todo de su parte para llegar a un peso considerable, prueba perentoria de una superioridad social. Eso de ser delgaducha queda para las mujeres sin alcurnia, para las pobres, que para vivir deben trabajar de la mañana a la noche. Por el contrario, la mujer rica no tienen nada que hacer. Es por eso por lo que el verdadero rango de una hawaiana se lo reconoce por su peso. La obesidad de las mujeres en ese país se confunde, pues, con el ideal de la belleza femenina, ya que una hawaiana demasiado delgada corre el riesgo de no encontrar nunca marido.

En las islas de la Lealtad se encuentra el mismo prejuicio en favor de la obesidad. Pero en este caso, por lo menos, el fenómeno se explica porque, habiendo sido antropófagos los antepasados de los indígenas, ha quedado la costumbre de juzgar de la belleza humana de acuerdo con el valor alimenticio del individuo. Habiendo renunciado desde hace dos generaciones a la antropofagia, los habitantes de las islas conservan, sin embargo, quizá por atavismo, su predilección marcada por los obesos. Se observa, así, que mientras los misioneros gordos y obesos obtienen grandes éxitos entre ellos, los flacos son objeto de burlas y sarcasmos. Un cura regordete, o francamente obeso, se les aparecerá como "un verdadero hombre de Dios", bendecido por el cielo; en tanto que uno flaco lleva consigo, por el solo hecho de su flacura, el signo revelador de su desfavor ante el Señor.

"Un cura que tenga, por lo menos, dos veces más vientre que un alcalde holandés": he aquí el santo que realmente puede imponerse a esos melanesios. A su entender, un vientre voluminoso es una garantía de salud y buen apetito, dos gracias particulares del cielo. Por otra parte, el hombre que come mucho da pruebas de serenidad y de buena conciencia. Como su digestión es lenta, ella lo incita a sabias meditaciones, de las que su saber saldrá acrecentado y profundizado.

En la India ocurre otro tanto. Para ser bella una mujer tiene que ser ante todo gorda y de carnes abundosas. Según el libro del Manú, que es en este país el verdadero código de todo lo relacionado con el amor, cualquier joven deseoso de casarse y de conservar mucho tiempo a su mujer, hará bien en elegir una compañera "cuya gracia no ceda en nada a la de un elefante". Esta comparación habla bien a las claras del ideal de la belleza femenina en los bordes del Ganges.

La misma manera de ver preside en Arabia. Se dice que la esposa de Mahoma fué de tal corpulencia, que sus piernas terminaron por no poderla sostener. Por esta razón ella debía ser constantemente sostenida por dos esclavas. El ideal árabe, en cuanto a la belleza femenina, se inspira en ese modelo. Parece que la leche de camello predispone a la obesidad. El caso es que esta leche es muy solicitada por las mujeres árabes, y hacen de ella un consumo enorme. Es el principal producto de la belleza.

Numerosas tribus africanas consideran la obesidad como un privilegio real. Los malabes, en Africa, estiman que es un provocación, un desafío lanzado al jefe, cuando un súbdito se permite engrosar y atribuirse un "vientre de rey". Dejarse engordar así equivale a un acto de sedición. El rey debe reaccionar en tiempo oportuno, antes que los descontentos del lugar tengan ocasión de reunirse alrededor de esta nueva panza provocadora y facciosa.

Un jefe de tribu que se respete y desee realmente ser amado por los suyos no debe hacer otra cosa que comer bien. Hecho esto, ya no tiene más que hacer que acostarse y engordar más. Y las mujeres del jefe, para ser respetadas, no tienen más que seguir su ejemplo. He aquí lo mejor que se ha encontrado para consolidar la situación de una monarquía. Un rey muy gordo, envidiado por las tribus vecinas; un rey inflado y gordo, hasta el punto de que ya no pueda caminar; un rey a quien sus súbditos llevan en palanquín: he ahí algo que hará a un pueblo orgulloso. El jefe que haya alcanzado los doscientos kilos será a los ojos de sus súbditos negros un monarca excepcional, una especie de Felipe II... Basta que sus mujeres sean también muy gordas y todos los dignatarios de la corte de un volumen respetable, para que concibían un orgullo insolente y aplasten a las tribus vecinas cuyos jefes sean menos pesados, sus damas menos adiposas y sus cortesanos menos obesos.

DANGENS NYHEDER

Los "Cock-tails" de Talavera

DEVEY "FLIP"

Póngase en la "cocktelera" un poco de hielo picado.
Una cucharada de azúcar.
Una yema de huevo.
Media copa de marrasquino.
Media copa de Oporto blanco Sandeman.
Agítese bien; se pasa al vaso de "cock-tail" con un poco de nuez moscada.

CHRISTMAS PUNCH BITY PARA 20 PERSONAS

Póngase en una ponchera una hora antes de servirse:

Medio litro de marrasquino.
Medio litro de vino Madera.
Medio litro de curaço rojo.
Medio litro de jarabe de plátano.
Una botella de vino del Rin.
Cuatro limones exprimidos.
Diez rajadas de pepino.
Diez rajadas de naranja.
Diez rajadas de plátano.
Ochocientos gramos de fruta, cortada muy fina.
Se pasa a una heladora durante una hora, y cada quince minutos se mueve con una cuchara de madera, con mucho cuidado de no romper la fruta, y a los cincuenta y cinco minutos se rocian tres botellas de champagne Dry Clicot en el contenido. A los sesenta minutos sírvase en las copas de champagne.

FABREGAS "COCK-TAIL"

Póngase en un gran vaso de cristal un poco de hielo picado.

Un tercio de copa de curaço rojo.
Un tercio de copa de Dry Gin Martini.
Un tercio de copa de vermouth Martini, blanco.
Agítese bien; se pasa al vaso de "cock-tail" con una corteza de limón y una guinda.

"WHISKY" CRUSTA

Bordéese la copa de "cock-tail" con una raja de limón y azúcar.

Póngase al fondo una corteza de limón y una fresa.

Aparte, póngase en la "cocktelera" un poco de hielo picado.

Tres gotas de Angostura.
Seis gotas de curaço.
Ocho gotas de marrasquino.
Un cuarto de limón, exprimido.
Media copa de "whisky" Long Tohn.
Agítese bien. Se pasa a la copa antes preparada.

CHAMPAGNE GABLER

Póngase en el vaso de refresco un poco de hielo molido, una cucharada de azúcar, 150 gramos de fruta cortada muy fina, un cuarto de limón exprimido, seis gotas de curaço, un cuarto de copa de coñac, un cuarto de copa de marrasquino y una raja de naranja.

Llénese de champagne Dry Cliquot.

GIN FIZZ

Póngase en la cocktelera un poco de hielo picado, una cucharada de azúcar, medio limón exprimido y una copa de Gordon Gin.

Agítese bien, se pasa al vaso de refresco, llenándose de agua Borines.

PEDRO TALAVERA



Ayuntamiento de Madrid

CAMISERIA Y NOVEDADES "Samaral" Av. Conde Peñalver, 16 MADRID

El "Kalevala" y Angel Ganivet

Para que un poema de carácter nacional mereciera el calificativo de épico, los retóricos exigían una serie de condiciones. Si el poema no las reunía, quedaba sin su correspondiente etiqueta, descalificado e inominado. Pero los pueblos que poseen un poema nacional, aunque no reúna esos requisitos, se dan por bien servidos, siempre que el poema les satisfaga o vean en él una encarnación de los vicios y virtudes de la raza.

En este caso debe encontrarse el poema nacional de los finlandeses, el *Kalevala*, cuyo centenario el pueblo se apresta a celebrar con toda la solemnidad del caso. Parece extraño que existan poemas épicos que apenas tengan un siglo de existencia, ya que este género literario obedece, por lo general, a una tónica muy anterior al siglo XVII. Por de pronto, el Romanticismo, con su cansancio de la guerra, su individualismo, que tan mal se avenía con la disciplina colectiva del ejército, su anhelo de vida de hogar, le dió un golpe de muerte a la epopeya y creó el gusto por la novela, que alcanzó en el siglo pasado su culminación. Después de la experiencia de Napoleón no estaba el pueblo para oír el relato de gestas tremebundas, él, que tanto había tenido que soportar las consecuencias de la guerra.

Lo cierto es que el poema nacional de los finlandeses tiene solamente cien años de existencia. ¿Es, entonces, una excepción? No. El *Kalevala*, aunque publicado en 1835, tenía una vida varias veces secular. Razones políticas impidieron al pueblo dárlo a la estampa en la forma orgánica con que hoy se lo conoce. Sometido durante largos años a la dominación sueca, soportando el yugo escandinavo, que tiene fama de ser severo y duro con sus subordinados, el finlandés vió en el traspaso de su soberanía a Rusia, a comienzos del siglo pasado, una verdadera liberación y se decidió entonces a recopilar las *runas* que conservaban en su fiel memoria los hombres del interior y del Norte.

Empresa de tanto aliento llevóla a cabo un hombre de humilde condición, Elias Loennrot, hijo de sastres —los sastres en Finlandia deben cortar y coser pieles, en lugar de paños—, que, llevado por su amor patrio, sacrificó su juventud para poder graduarse de médico. Pero su profesión sólo le sirvió para encontrar un medio de vida que le permitiera dedicarse más fácilmente a su gran pasión: el estudio de los usos, costumbres y del lenguaje de los fineses. Toda su larga y fecunda labor lleva un hondo sentido nacionalista: fijó literariamente el lenguaje, estudió su evolución y consagró excelentes tratados a la hechicería y la medicina mágica de los lapones. Su pueblo supo agradecersele y le costeó largos y fecundos viajes al Septentrión y al este del país para que pudiera completar sus investigaciones.

Ha sido un español, el hombre más representativo de la llamada generación del 98, Angel Ganivet, el primer extranjero que leyó el "Kalevala", y dejó acerca de este poema un interesante estudio en sus "Cartas Finlandesas". Como nos es imposible transcribir el interesantísimo estudio de Ganivet, nos limitaremos a citar sus párrafos esenciales, y ver cómo aplica a esta exótica epopeya su teoría del espíritu territorial.

El asunto principal de estos primitivos cantos épicos—escribe Ganivet—era la lucha entre dos regiones del país: una, al Sur, Kalevala, era como la representación de Suomi o Finlandia; otra, al Norte, en Laponia, era el reino de las tinieblas, en territorio de Pohja o Pohjola; y todos los combates tenían un motivo céntrico, giraban alrededor del molino de Sampo, que era un símbolo de la dicha humana, y que, aun después de desvanecerse en el mar, continúa dando días de felicidad a Finlandia. Ligados a este argumento, había numerosos cantos episódicos, como el de la creación del mundo, el de Joukahainen, el de Aino, el de Kullervo, etc.

Comienza el "Kalevala" nada menos que por la creación del mundo, la cual es explicada mediante un esbozo o embrión de teogonía, que participa a la vez de la mitología aria y del panteísmo brahmánico. En un principio, el universo estaba poblado de divinidades: el más grande entre los dioses era Ukko, especie de Júpiter, y la primera de las diosas, Akka, muy semejante a Ceres. No existía la tierra, pero sí el agua, el mar. Una de las diosas, llamada Ilmatar, hija del Aire Azul, símbolo de la pureza y de la luz, desciende del cielo y se hunde en el mar, donde vive largo tiempo sola, hasta que, ansiosa de volver a su antigua morada, pide auxilio a Ukko, el cual le envía un pájaro, que, no hallando donde posarse, hubiera volado eternamente sobre la superficie de las aguas, si la piadosa doncella Ilmatar no hubiera tenido la idea de sacar las rodillas y ofrecer en ellas un descanso al celestial peregrino. El pájaro no fué

desagradecido, pues puso en el acto siete huevos: seis de oro y uno de hierro. A los tres días sintió Ilmatar en la rodilla un dolor como si la quemaran; hizo un movimiento y dejó caer en el mar los huevos, de los que salió toda la creación.

Apenas creado el mundo, aparece en él un hijo de la misma doncella Ilmatar, llamado Waeinaemoeinen, quien, notando que la creación está aún incompleta, se consagra a perfeccionarla con ayuda de Pellervoinen, que viene a ser como un símbolo del trabajo, y bajo la protección de su madre y de los dioses Ukko y Akka; de esta suerte, llega a tener la tierra cuanto hace falta para la vida de la especie humana, y Waeinaemoeinen puede dedicarse al canto, su afición favorita, con la que entretiene sus ocios y mata sus tristezas de viejo solterón.

Supongamos por un momento—agrega más adelante el escritor granadino, después de exponer por lo menudo los diversos episodios de "Kalevala"—, sólo por vía de comparación, que un poeta finlandés hubiera pretendido adaptar a su país una epopeya como la "Ilíada". Tropezaría con una primera dificultad: este territorio no permite que se muevan ejércitos formidables como los descritos por Homero. Antes de salvar la distancia que hay entre las dos regiones antagónicas del país, morirían de hambre y de frío; y en vez de epopeya, tendríamos el relato de una retirada desastrosa. Hay, pues, que simplificar y quedarse sólo con los héroes, y hay que dotar a éstos de un poder sobrenatural para que acorten las distancias volando en algún esquife maravilloso. Y esta primera modificación lleva consigo otra más grave: el héroe principal no será ahora el más valiente, sino el más sabio. Aquiles queda en segundo término, y pasa a ocupar el primero Calcas, el adivino, o el prudente Ulises. He aquí por qué en el "Kalevala" la primera figura es la de Waeinaemoeinen, un viejo cargado de años y de prudencia, mientras que Lemminkaenen, el guerrero, viene después, detrás no solamente de Waeinaemoeinen, sino de Ilmarinen, que, a falta de saber, posee energía y tenacidad para el trabajo.

Además de la interpretación natural del argumento del "Kalevala", hay otra interpretación simbólica, que no destruye, sino que refuerza la primera: Pohjola es el mal, y la lucha de los Kalevas es el esfuerzo titánico de esta raza para vencerlo; y el mal no es un concepto abstracto, metafísico, ni una violación de las leyes morales: es algo tan materializado como el amor, según se ha visto ya; no tienen que inventarlo los hombres, porque existe aquí de asiento: es el frío, la nieve, la miseria, la falta de sol, la fiera que devora al ganado, todo cuanto en el clima éste existe, contrario a la vida del hombre. Y como estos males se agravan conforme se va ascendiendo hacia el Norte, en el Norte imaginaron los de Kaleva un pueblo al que atribuir las causas de sus penalidades, y contra ese pueblo dirigieron todas sus fuerzas. Parece un contrasentido que Suomi o Finlandia busque la felicidad en una región de donde vienen todos los males; pero la idea profunda del poema está ahí: en suponer que en Pohjola estuvo antes la felicidad simbolizada en Sampo, y que en la lucha, Pohjola fué vencida, y Kalevala, no obstante la pérdida de Sampo, ganó una parte de esa felicidad sólo por haber combatido. Lo cual, en términos claros, quiere decir que la prosperidad en Finlandia está fundada en la energía con que sus habitantes han sabido y saben luchar contra una naturaleza hostil, inhospitalaria. Este simbolismo les permitía también explicar muchos fenómenos que, en su ignorancia primitiva, no podrían explicar lógicamente; por ejemplo, las diferencias climatológicas entre el Sur y el Norte del país o la desaparición temporal de los astros.

Si el pobre Ganivet no hubiera cometido la fatal locura, este pasaje del *Kalevala* lo hubiera relacionado con un hecho en apariencia baladí, pero dentro del cual debe haber escondido una vena racial de esas que tanto gustaba él descubrir. Nos referimos a los records mundiales que detentan los deportistas de aquel país: mientras son campeones indiscutibles en distancias superiores a cinco mil metros, no poseen un solo record en distancias menores.

También hubiera sido interesante ver cómo relacionaba nuestro granadino los viejos cantos del *Kalevala* con los nuevos que acaban de descubrirse. Leemos, en efecto, en *Les Nouvelles Littéraires* que el sabio ruso Evceeef acaba de hacer en la Carelia del Sur el mismo trabajo de recopi-

lación que había hecho Loennrot en el Norte, y que ha descubierto ocho cantos nuevos, uno de los cuales muestra al héroe del *Kalevala* transformado en mujer. Según todo parece indicarlo, este nuevo canto pertenecería a un período histórico muy anterior al de los otros cantos.

E. P. M.
E S P E C I A L P A R A "C I U D A D"

NUESTROS COLABORADORES



EDUARDO AVILÉS RAMÍREZ

El lector habrá gustado ya algunas de las crónicas que desde París nos envía este nuevo colaborador de CIUDAD. Le debemos, sin embargo, algunas palabras de presentación que completen el espiritual contacto que dichas crónicas ya han establecido.

Posee Avilés Ramírez un estilo culto sin énfasis, matizado sin rebuscamientos y finamente irónico, que recuerda, como le señalan sus críticos franceses, la deliciosa manera de Gómez Carrillo. Nicaragüense de nacimiento y cubano de vecindad y de vocación, representa en París publicaciones de la mejor prensa hispanoamericana, y es autor de libros que, como "Simbad", le han otorgado gran crédito en el mundo literario de la capital francesa, como lo demuestra el hecho de que Georges Pillement le haya incluido en su "Antología de cuentistas", editada por Pallas, París, 1933. Su obra poética goza de justo renombre, y está vinculada al movimiento lírico cubano de los últimos años.

Sus extensas relaciones en el mundo literario, artístico y político de Francia le permiten dotar a sus crónicas y reportajes de ese ágil tono y esa vivaz sensación de proximidad que sólo puede otorgar la presencia directa de los modelos y el conocimiento previo de su obra o de su significación.

La vida parisense, tan compleja, tan varia y rica de matices, tendrá en Avilés Ramírez, a través de nuestras páginas, un glosador capaz de abarcarla en toda su plenitud y de adoptar en cada momento el tono adecuado a cada tema que, circunstancialmente, pueda atraer su atención.

APUNTE DEL NATURAL POR FOUJITA

"Usted mismo ha empeorado su estómago al no someterse a una medicación adecuada"

ES muy frecuente que los enfermos del estómago traten de combatir el dolor, acidez, etcétera, con el empleo de medicamentos que neutralizan de momento el exceso de los ácidos que se forman, pero sin atacar las causas. Incluso suele ser perjudicial el abuso de estos neutralizantes, pues irritan aún más la mucosa gástrica.

El Elixir Estomacal Saiz de Carlos es un medicamento distinto a todos los demás; no sólo calma los efectos, sino que destruye las causas, combatiendo directamente el origen de las frecuentes dolencias y evitando que así vuelvan a reproducirse.

La confianza que goza entre la clase médica este específico y su éxito mundial durante cerca de medio siglo, garantizan su eficacia.

ELIXIR ESTOMACAL

SAIZ DE CARLOS

* Adquiera hoy mismo un frasco en cualquier farmacia. Su precio es de pesetas 5,85, incluido timbre.

Ayuntamiento de Madrid





Hans Albers en una escena del film.

Cine

Por
GABRIEL
GARCIA
ESPINA

Escaparate de películas nuevas

Jack L. Warner, vicepresidente y jefe de producción de la Warner Bros, cuyos intereses están agrupados a los de la First National y la Vitaphon, confía en que en los Estados Unidos y en todo el mundo se desvanecerán en el año actual los últimos vestigios de la consabida depresión económica. La industria cinematográfica está obligada a ejercer su influjo benéfico en el resurgimiento colectivo. Por eso la mencionada marca americana producirá en 1935 tantos films de largo metraje como en la temporada última, pero con un presupuesto aumentado en cinco millones de dólares. He aquí, a continuación, un anticipo de nombres y repartos:

Max Reinhardt, el célebre director de escena alemán, iniciará sus actividades para el cinema con la versión cinematográfica de "El sueño de una noche de verano".

"Antony Adverse". Película inspirada en una novela de popularidad universal, de complicado montaje para el cinema, tanto por su vasto asunto como por la importancia y cantidad de sus escenarios y personajes. Se ha resuelto que los quince papeles más destacados de ella sean incorporados por quince artistas de primera fila. Su elección definitiva depende de un concurso que se lleva a cabo en los Estados Unidos para decidir por votación popular quiénes serán los intérpretes apropiados.

Nosotros no confiamos mucho en estas selecciones populares. La gente no suele saber nada de matices interpretativos profesionales; se guía de sus simpatías particulares y nada

ADOLF WOHLBRUCK



en "El barón Tzizano".

más. Dudemos, pues, del resultado del film si, en efecto, se va a hacer aquí.

"Música y mujeres", superior en originalidad, según se anuncia, a "Vampiresas 1933". La dirigen Ray Engrith y Busby Berkeley, y son sus principales intérpretes Dick Powell, Johan Blondell y Zasu Pitts.

"Vampiresas 1935", uno de los films de la serie de un millón de dólares, dirigido por Busby Berkeley.

"La dulce Adelina", realizada por el gran Mervin le Roy, ayudado por Bobby Connolly en las escenas coreográficas. Es una opereta de Oscar Hemmerstein y Jerome Kern, con Irene Dunne en el principal papel.

"Casino de París", con Al Johnson al frente de un brillante grupo de actores. Film basado en una novela de Bradford Hopes, autor de "La calle 42".

"El paseo del amor", dirigida por Frank Borzague y con Dick Powell, Ruby Keeler y Pat O'Brien entre sus figurantes.

Bobby Connolly dirige los números musicales de "Dulce música", película realizada por Alfred Green e interpretada por Rudy Vallée, Ann Dvorak, Alice White y Allan Jenkins.

"En caliente", con Dolores del Río. Su acción se desarrolla en la pintoresca localidad mejicana de Aguascalientes, y en su famoso casino.

"Veinte millones de enamoradas", film de ambiente "radiotelefónico", dirigido por Ray Engrith, con Dick Powell, Ginger Rogers, Pat O'Brien y los Mills Brothers, astros de la radio.

"Infierno negro", dirigida por Michael Curtiz; "La vuelta del fugitivo", vinculada en ambiente, corte y situaciones a "Soy un fugitivo", y "Ciudad fronteriza", bajo la dirección de Willian Dieterle, son tres films cuya figura principal encarna Paul Muni, el excelente actor yanqui. Queda otro film, que se proyecta rodar en una escala gigantesca, "Canal de Panamá", historia de un grandioso esfuerzo humano, que corresponderá animar probablemente también al mismo Paul Muni.

"La escuadrilla Lafayette" y "Diablos en el aire", películas de aviación interpretadas por James Cagney y Pat O'Brien, bajo la dirección de Lloyd Bacon, el realizador de "Aquí viene la armada".

Films americanos en español.

En los Estudios de Burbank se rueda actualmente "El cantante de Nápoles", film dialogado en castellano e interpretado por Enrico Caruso, hijo; Alonso Pedrosa, Terry La Franconi, Emilia Leovalli, Mona Maris, Martín Galarra, Carmen del Río, María Calvo y Rosa Rey. La película recogerá, a través de una intriga sentimental, bellas canciones napolitanas de factura popular.

Inevitablemente nos acordamos de "La buenaventura" film interpretado también por Caruso, hijo, y nos asustamos un poco...



CONTROL
CINEMATOGRAFICO

○ "ALTO" Deténgase usted y lea: la película merece la pena.

⊕ "CUIDADO" Un film con determinadas debilidades artísticas.

● "SIGA" Obra deficiente que no merece ni que usted se detenga a considerar su título.

○ *Las vírgenes de Wimpole Street.*—Norma Shearer y Fredrich March llegan a un límite insospechado de perfección interpretativa en este film. Sobre todo, la dulce y admirable estrella norteamericana, que sostiene con la pureza extremada de su personalidad y de su arte el concepto un poco lento y teatral de esta película. El film está tomado, en efecto, de una obra teatral norteamericana. Charles Laughton, aquel estupendo Enrique VIII, salido del cuadro de Holbein por obra y gracia de Alexander Korda, tiene aquí un papel ingrato y acaso el más teatral de todos. La película es buena y francamente recomendable, a pesar de esos virus de teatralidad que se están introduciendo en el cinema.

○ *Sinfonías del corazón.*—Una película a base de Claudet Colbert. Esto es todo. La excelente actriz llena por completo el film en una escala sucesiva de aciertos. Además, canta con agradable voz unos bellos motivos americanos. El film es bueno. Claro que nosotros, con haber limitado este control a tres matices calificativos solamente, nos hallamos ahora, como en otras ocasiones y como volveremos a hallarnos en situaciones futuras, un poco perplejos. Lo mismo calificamos de bueno a *Sucedió una noche*, film de la misma estrella, que está a una respetable distancia por encima de *Sinfonías del corazón*. En fin, comprendan ustedes estos inconvenientes y sepan adivinar los diferentes grados de bondad, de mediocridad y de "maldad" que caben al lado de cada signo.

○ *Desfile de primavera.*—Francisca Gaal tiene ya un sólido prestigio en el cinema; prestigio ganado en poco tiempo y con pocas películas. ¡Aquellos *Párika!* Vuelve ahora la gentil estrella continental a las pantallas de Madrid en este *Desfile de primavera* y de la ilustre mano de Geza von Bolvary. Un calificativo que le va muy bien a este film es el de "bonito". Vamos a dejarlo así y a recomendarle, porque es grato ver, aunque no haya

STANLEY LUPINO-THELMA TODD



en una graciosa escena de "Vaya niña".

resultado el mejor éxito de la señorita Gaal, ni mucho menos la mejor realización del animador de *El último vals de Chopin*.

⊕ *"Cock-tail" de besos.*—Este es el otro film al cual sirvió de relleno *La sombra que mata*. Y verdaderamente, el conjunto del programa resultó así bastante equilibrado. Es cierto que nunca puede ser esta película tan mala como la otra: se queda en regular, y ya está bien. Un motivo musical brevísimo y gracioso; algunas escenas de conjunto bien dirigidas ante un fondo de buena arquitectura; un galán que parece estar llamado a mejores éxitos, y la belleza un poco cansada de Suzy Vernon. Con todo esto y un argumento nada nuevo, ha resultado eso: un film regular.

○ *Oro.*—en el primer número de CIUDAD dijimos algo a propósito de *Oro*. Nos ratificamos en ello e insistimos aquí, aunque con más brevedad: excelente film. Y muy escaso de dimensiones este control para contener, aunque fuera muy apretadamente, el montón de sugerencias que nos trae. Técnica alemana, gran técnica concienzuda y aparatosa al servicio de un tema grande también y apasionado, por el que se precipitan torrencialmente los más descarnados instintos humanos. Hans Albers y Brigitte Helm llevan con admirable precisión artística sus responsabilidades interpretativas. Película digna de verse.

○ *Los miserables.*—La cámara sigue en esta película, con fidelidad meticulosa, todo el proceso literario de la inmortal obra de Victor Hugo.



CAPITOL

presenta

Franco Foresta

(el tenor de la voz de diamante)

y Arthur Riscoe,

Nauton Wayne y Diana Napier

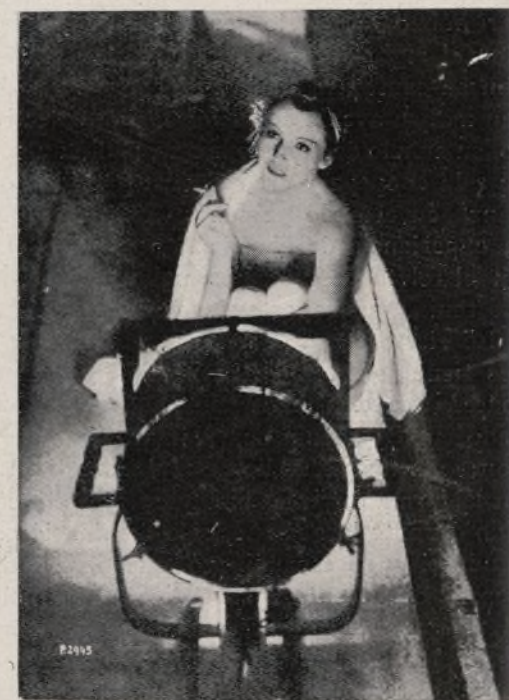
en la comedia musical

POR TU AMOR

Un film de CARMINE CALLONE
Producción de WINSOR-STERLING

GRAN ÉXITO

K A T E D E N A G Y



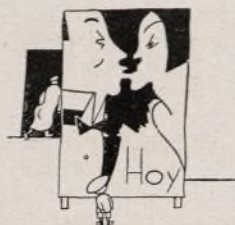
en un descanso "luminoso" en el estudio.

La gran novela se ha hecho film de repente gracias al decidido empeño de Raymond Bernard. Por esta circunstancia, el desarrollo adolece en algún momento de cierta lentitud. Pero nada significa esto ante el formidable resultado del film en conjunto. La interpretación que hace Harry Baur de Jean Valjean quedará en la historia del cinema como un modelo indudable de asimilación de un carácter y de genio. Excelente la arquitectura y la fotografía, y muy buenos también en sus interpretaciones el resto de los actores, entre los que destaca en esta primera jornada del film el enorme sentido dramático de Florelle.

○ *Siempre en mi corazón.*—Bárbara Stanwyck realiza en este film un trabajo perfectamente de acuerdo con sus características. Se trata de una película de hondo acento humano, en la que tal vez el matiz emocional está remarcado con cierta crueldad que bordea el melodrama. En conjunto, es una obra seria, en la que si bien ciertas escenas podrían ser aligeradas, resiste una visión de conjunto de la más exigente crítica.

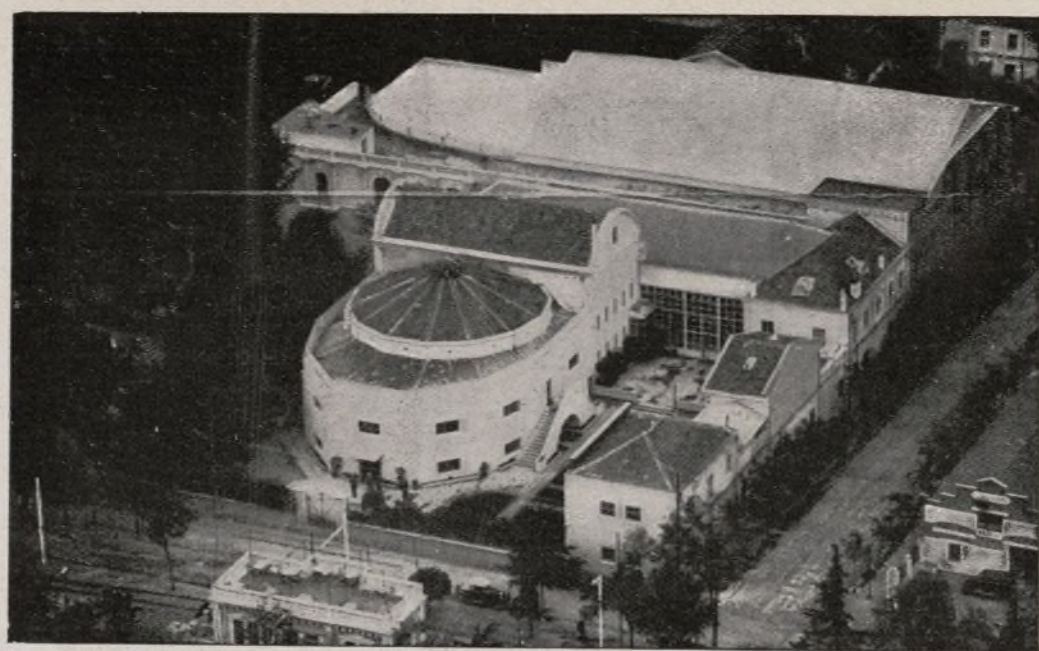
● *La sombra que mata.*—Primero y divertido episodio de esta "tenebrosa" aventura cinematográfica, que, al parecer, pretende resucitar un género fallecido hace mucho. La película no vale nada como película. Alguna acelerada escena de persecución entre "malos y buenos" tiene cierto sabor dinámico bien logrado. La "afición"—también hay "afición" cinematográfica—se ríe ya decididamente de estos films truculentos. Menos mal que esta sombra mortífera, dándose cuenta de su insignificancia, actúa de relleno en una cartelera a base de otro film. ¡Ah! Y nos damos ya por enterados de los episodios que faltan.

⊕ *Tango en Broadway.*—Un film construido con el pie forzado de darle motivos de canto a Carlos Gardel. Ya en alguna ocasión aludimos aquí a otra película parecida. Los devotos de este género criollo están de enhorabuena. Otros valores cinematográficos precisos, no tiene la película.






¡ORO!
EL GRAN FILM DEL AÑO
 Extraordinario suceso ac-
 tualmente en el
CINE DEL CALLAO



LOS ESTUDIOS de la CEA en CIUDAD LINEAL

han producido en su primer año de actividad cinematográfica **OCHO GRANDES PELÍCULAS**: «El Agua en el suelo», «La traviesa molinera» (en tres versiones: español, francés e inglés), «Una semana de felicidad», «La Dolorosa», «Crisis mundial», «Vidas rotas» y «La bien pagada», más numerosos films de corto metraje, documentales, culturales, de propaganda, etc., y gran cantidad de sincronizaciones y doblajes de películas mundialmente célebres ♦ En junto, cerca de **CUARENTA FILMS** al terminar el año.

Los **ESTUDIOS DE LA CEA** están equipados con aparatos de sonido Tobis-klang film y cámaras Super-Parvo y Eclair, uno de los cuales va montado sobre dos magníficos camiones para exteriores sonoros.

La producción que se prepara para el año próximo excederá en mucho a la ya realizada, para lo cual se está construyendo un nuevo Estudio.

Cinematografía Española Americana

S. A.

CEA

Oficinas: Barquillo, núm. 10.—Teléfono 16063
 Estudios: Arturo Soria, núm. 350.—Teléfono
 núms. 53287 - 61329 - 61838

Ciudad
 Lineal
 (Madrid)

BOLETIN DE SUSCRIPCION A

“CIUDAD”

(Recórtese este cupón por la línea de puntos)

Sr. Administrador de “Ciudad”
 Palacio de la Prensa
 MADRID

D. _____
 domiciliado en _____
 calle de _____ (localidad) _____ número _____
 provincia de _____

Se suscribe a CIUDAD por UN AÑO (52 números) y
 adjunta la suma de DIEZ PESETAS, CUARENTA CENTI-
 MOS (10'40 ptas.) importe de la referida suscripción anual
 en _____

(giro postal o cheque)

FECHA Y FIRMA

JOSE MACAZAGA CONTRATISTA GENERAL DE OBRAS



Constructor del edificio Carrión (Capitol).

Colaborador de la obra de Cantería de los Ministerios.



PASEO DE LEÑEROS, 6, TELÉFONO 43339.-MADRID

AUTONOMÍA, 8, TELEFONO 12971.-BILBAO

MES DE LA ROPA BLANCA



ANDRÉS
MEDINA

ALMACENES RODRIGUEZ

AV. C. PEÑALVER, 4

M A D R I D

APARTADO 261

Los precios especiales, reducidísimos, de esta venta extraordinaria, sólo rigen:
del 1 al 16 de febrero, en Madrid, y del 1 al 28 de febrero, en provincias.

Se remite catálogo gratis a quien lo solicite.